



## VIAJE POR ITALIA Y SUIZA <sup>(1)</sup>

---

Camino de Roma.—Una puesta de sol.—Entrada de noche en Roma.—El Panteón.—En busca de posada.—Trabajos para ver al Santo Padre: en los Jesuitas; en los Agustinos; en la embajada.—Una visita al Cardenal Rampolla.—Las tarjetas.—Apuros por un frac.—La misa de Su Santidad.

¡Roma! nuestra mayor ilusión, nombre que sonaba á cada paso en nuestras conversaciones y que desde niños habíamos encontrado escrito tantas veces.—¡Roma! que era el centro y objetivo principal de nuestro viaje y que con tantos días como llevábamos ya en Italia teníamos ansia de contemplar y nos parecía que por fin íbamos á quedarnos sin verla...

Cuando instalados en nuestros cómodos asientos el tren se puso en marcha, fué cuando nos sentimos penetrados de la verdad de que al cabo de unas horas estaríamos en la Ciudad Eterna; cada resoplido de la máquina, cada árbol que pasaba, nos decían: «Roma está más cerca», y poseídos de esta idea hicimos el viaje.

El camino ofrece poco de particular: al poco rato se entra

---

(1) Así se titula una obra interesantísima que pronto saldrá á luz. Generosamente autorizados por su inteligente autor, favorecemos á nuestros lectores con las primicias de este capítulo.—(N. de la R.)

en las marismas, asoladas por la *malaria*, aunque algo ha disminuído con los trabajos de canalización para el desagüe de aquellos terrenos pantanosos, cubiertos de pérvida verdura; antiguas ciudades, de origen etrusco, como Corneto, interrumpen la monotonía del viaje. Lo que tuvimos fué una puesta de sol magnífica y majestuosa.

El astro estaba próximo á hundirse en el mar cuando pasábamos por San Vincenzo y la oblicuidad de sus rayos nos permitía seguirlo por entre los claros de los árboles; luego se despejó el terreno, corría el tren por la orilla del Mediterráneo, y el disco comenzó pausada y majestuosamente á sepultarse en las ondas: veíamos fulgurar con dorados reflejos las aguas del mar, achicarse el astro y desaparecer paulatinamente en medio del silencio de la Naturaleza y de la calma de aquella tarde tranquila. Yo creo que todos los que íbamos en el tren estábamos contemplando aquella puesta incomparable; pero antes de que el sol acabara de sepultarse en las aguas, la locomotora nos arrastró por un terreno más quebrado, en que un bosque de pinos se interponía entre nosotros y el mar, robándonos el espectáculo.

Después, sumergidos en las sombras de la noche, sin más luz que la de los vagones, transcurrieron unas horas en silencio; pero cuando comprendimos que estábamos en las cercanías de Roma, ¡cómo se avivaron nuestros sentidos y el espíritu salió de su letargo! Pegados á los cristales de las ventanillas abríamos los ojos cuanto podíamos, creyendo que Roma iba á contarnos su pasado y su presente, sus glorias y sus grandezas, y sus infortunios y sus luchas en los monumentos que deseábamos que fuesen apareciendo delante de nosotros; pero la escasa luz de la luna no hacía más que engañar nuestro deseo, y de nada pudimos formar juicio; nos sentíamos más cerca cada vez de la gran ciudad, pero no acabábamos de penetrar en ella, como si un poder invisible defendiera su entrada; un edificio importante, que debía de ser San Pablo extramuros, se nos presentó un momento; por fin sentimos el ruido metálico y las trepidaciones de un puente que cruzábamos; luego las arcadas de una de esas maravillas de los romanos para dotar de agua á la ciudad (el acueducto de *l'acqua*

*felice*); unos edificios, y el tren se detuvo por fin en la inmensa estación de llegada, iluminada con gran profusión de luces. Estábamos en Roma.

Casi sin detenernos, montamos en el elegante coche del hotel de la Minerva, que nos condujo á la fonda, alumbrada por focos eléctricos y con cierto aspecto de grandeza que no convenía mucho á nuestros propósitos de vivir bien, pero sin lujos, que en todas partes cuestan caros.

En el camino de la fonda esperé sacar más provecho de lo que viera; al fin íbamos por calles iluminadas, á corta distancia de los edificios y á un paso más lento que el del tren; pero sufrí otra decepción. Calles anchas, plazas espaciosas, seguidas de vías irregulares y estrechas; aquí una subida, luego una rápida bajada, y los caballos siempre al trote, pareciéndome que dábamos vueltas, sin encontrar ninguno de los monumentos cuyos grabados había visto tantas veces y que tenían que descollar.

¿Dónde está San Pedro?—me decía.—¿Y el Coliseo, el Capitolio, la roca Tarpeya, los palacios de los Césares, los arcos de Severo y Constantino qué se han hecho? ¿Nuestra Señora de Araceli, el Jesús, la Trinidad del Monte dónde están? ¿Y el Foro, la columna Trajana, el templo de Vesta .. es posible que no hayamos tropezado con alguno de ellos después de tanto andar? Sumergido iba en estas reflexiones, sin querer decirlas á mis compañeros, porque me asaltaba la sospecha de que nuestras ilusiones iban á evaporarse. Lo que yo veo es una ciudad moderna—pensaba,—y la Roma de los Césares, la Roma de los Papas por lo visto han desaparecido.

Bajo esta impresi3n entré en la fonda y me acosté; cuando á la mañana siguiente abrí los postigos del balcón, lancé una exclamación que hizo acudir á los compañeros; teníamos delante una plaza, y allí cerca, á la izquierda, el Panteón.

—Ese es el Panteón, las termas de Agripa.

—Así parece—decían los compañeros;—su forma, su cúpula, lo están diciendo.

—No puede ser otro—les contesté.

Y allí mismo, á medio vestir, saqué el plano de Roma; nos orientamos y, no había duda, era el Panteón.

La luz del sol nos devolvía nuestra Roma, que la del gas parecía habernos querido arrebatarnos.

Teníamos impaciencia por lanzarnos á la calle, y tan pronto como acabamos de vestirnos salimos con el propósito de tomar el desayuno en el primer café que encontrásemos, que fué el de Italia.

Entablamos conversación con el mozo, á quien preguntamos si sabía de alguna casa de huéspedes, de confianza y buen trato, asegurándonos que sí, y que si el amo lo permitía nos acompañaría con placer. No fué difícil obtener la autorización del dueño, y nos pusimos en marcha en busca de la familia que había de darnos hospedaje.

—Verán ustedes, estarán como en el cielo—nos decía nuestro servicial guía.

Pero ¡válgame Dios, qué entrada, qué portal y qué aspecto el de la casa á que nos llevó! ¡Qué tipo el de la señora, que los recibió á *la negligé*, enseñándonos la habitación que nos destinaba y en la que encontramos todavía en cama al marido, ó lo que fuese, de la patrona!

Pretextamos que no teníamos habitación suficiente y nos apresuramos á salir de aquella leonera, renunciando á visitar nuevas casas de huéspedes; para muestra bastaba un botón.

Buscamos una fonda modesta, promediando la distancia entre el Corso y San Pedro; trasladamos á ella nuestro equipaje, y nos dispusimos á ver Roma y preparar la visita del Santo Padre.

Entrábamos en la Semana Santa; y comprendiendo las dificultades con que habíamos de tropezar para satisfacer nuestro deseo de ver á Su Santidad, pusimos en orden nuestras cartas de recomendación y fuimos á entregarlas.

Á poca distancia de la hermosa iglesia de Jesús está la casa en que reside el procurador general de los Jesuitas, holandés, que conserva muy buen recuerdo de España, donde estuvo siete meses, y que nos acogió con gran cariño y afabilidad.

Había recibido la carta del padre general, y se encargó de dirigir las preces ó instancia para ver al Santo Padre, no ocultándonos que sería difícil, y más en aquellos días; facilitónos también una recomendación de importancia, por lo que

pudiera contribuir al buen éxito de nuestras pretensiones.

De allí habíamos de trasladarnos al palacio de la embajada española, pero antes me fué muy útil avistarme con el hermano sacristán del Jesús, que había sido trasladado recientemente de España y que nos prestó muy buenos servicios, encargándose de dar los pasos para la aplicación de indulgencias y obtención de reliquias para los objetos piadosos que fuimos adquiriendo, y combinando con él la comunión para el cumplimiento pascual.

—Venga usted mañana á las seis—me dijo;—precisamente termina hoy un ejercicio solemne, que se ha tenido durante la semana, de preparación á la comunión general que se dará mañana por mano de un Cardenal de la Compañía; avíseme cuando venga. Yo le llevaré á un confesor español, y en un momento despacha.

Y así fué: gracias á él, á la mañana siguiente recibía la sagrada comunión de manos del Cardenal, en unión de los ejercitantes.

Mi hermano y Sada se reservaron para el día de Jueves Santo; y ciertamente que no podían quejarse, pues que confesaron en San Juan de Letrán, cabeza y madre de todas las Iglesias, como dice la inscripción de su pórtico posterior; y comulgaron en San Pedro.

En la embajada española, donde nos hallábamos entre compatriotas, nos creíamos en nuestra casa. No estaba el embajador, Sr. Merry del Val, para quien dejamos la carta de recomendación que llevábamos. De los á quienes íbamos recomendados no encontramos por de pronto más que al señor Queipo de Llano, que estuvo muy atento; pero poco después llegaba el Sr. Conde de Rascón, primer secretario de la embajada, á quien debimos atenciones que no son para olvidadas.

Lo peor era que todos manifestaban ser muy difícil lograr lo que pedíamos.

—No es esto decir—nos indicaba el Conde—que no esté dispuesto á hacer cuanto pueda en su obsequio; en prueba de ello voy ahora mismo á extender una recomendación eficaz de la embajada (que nos entregó, en efecto, aña-

diendo al margen de su propia letra «Très reccomandée»); pero en el poco tiempo que ustedes piensan estar en Roma tenemos muchas más probabilidades en contra que en favor.

—Malo ha de ser que no lo consigamos—le dijimos,—porque nosotros estábamos más esperanzados.

Á nuestra manifestación de que no traíamos fracs, pues viajábamos llevando por todo equipaje sendas maletas de mano, nos indicaron las dos sastrerías en que podríamos alquilar trajes de toda confianza.

Firmes siempre en nuestro propósito de acumular en el Vaticano tantas más recomendaciones cuantos más inconvenientes parecían presentarse, nos trasladamos á la vía Sixtina, residencia del R. P. Enrique Pérez, procurador general de los Agustinos, que nos trató con un cariño, con una cordialidad y afecto que agradecemos en el alma.

—No hubiera importado que no hubieran ustedes traído recomendaciones—nos decía:—me basta saber que se trata de compatriotas para que haga por ellos cuanto pueda.

Muchas veces estuvimos con él en la temporada que permanecimos en Roma, recibiéndonos siempre con igual obsequiosa afabilidad, siempre dispuesto á ser útil y á prestarnos, como nos prestó en efecto, muy buenos servicios. En la misma casa estaba el hermano Milagro, nacido en Tudela de Navarra, que recibía con intenso placer noticias de su familia y se esmeraba en obsequiarnos.

La mayor parte de estos primeros días en Roma los consagramos á ese anhelo, que había llegado á ser una preocupación para nosotros: no partir de la Ciudad Eterna sin postrarnos á los pies de Su Santidad, sin ver su venerable figura, sin oír su voz, sin recibir su bendición.

Cuando comparo las facilidades que tuvieron los romeros españoles, en la gran peregrinación del año siguiente, para estar con Su Santidad, que materialmente se prodigó á ellos, con las dificultades con que nosotros luchamos, siento que nuestro viaje no hubiera coincidido con la peregrinación.

Y las cosas se ponían cada vez peor. En la secretaría de cámara nos dieron alguna esperanza, que más bien sonaba á palabras de atención y cortesía que á verdadera confian-

za de que en breve fuésemos admitidos á la misa pontificia.

—No se cansen ustedes en traer más recomendaciones—nos dijeron:—la más eficaz de todas es la que ya trajeron de la embajada; lo que no consigan con ella, no lo han de conseguir con otras.

El padre Pérez, con triste sonrisa, nos entregó la carta en que el embajador contestaba á sus instancias en favor nuestro: «Se les ha recomendado con todo empeño; pero es casi imposible lograrlo. Si se aguardasen siquiera un par de meses, en que se ha de celebrar una fiesta de beatificación, que tendrá lugar en un gran salón, me atrevería á responder de que asistirían á ella; pero en esta época, y no proponiéndose permanecer más que quince días, es punto menos que imposible. Que tengan en cuenta que no bajan de 10.000 extranjeros católicos los que hay en la Semana Santa en Roma; que todos aspiran á ver á Su Santidad; que en el oratorio donde celebra misa no caben más que 24 convidados, y comprenderán que al cabo de un mes, y según el orden de turno, son unos 700 los que asisten á ella, y que millares de católicos tienen necesariamente que volver á sus países sin alcanzar lo que se proponían».

Tal era, en substancia, la carta, que cayó sobre nosotros como una bomba.

—Sea como sea, padre, nosotros no nos vamos de Roma sin ver á Su Santidad.

—Pero ¿cómo?

—No lo sé—le repliqué.—Aunque sea ocultos detrás de una puerta, ya hallaremos medio de verle pasar. Y ¡quién sabe!...

El procurador general se sonrió bondadosamente, y quedamos todos en redoblar nuestros esfuerzos.

El Miércoles Santo, estando en los oficios de San Juan de Letrán, se nos acercó el Conde de Rascón.

—¿Qué tal va eso?

—Mal, señor Conde: no hemos recibido aviso, ni señales de ello; pero no cejamos.

—Es poco tiempo todavía: ¡quién sabe!

Y con esta palabra de esperanza nos despedimos.

Sin embargo, cada vez iba sintiendo más desconfianza, y al salir de San Juan propuse á mis compañeros visitar al Cardenal Rampolla, entregándole una carta que teníamos para él.

No había tiempo que perder, y tomando un coche nos dirigimos al Vaticano, con los trajes que llevábamos puestos.

Llegábamos á tiempo: allí, en un quinto piso de palacio, acaso por vivir alejado de los ruidos de la plaza, están las habitaciones del Cardenal, que con frecuencia es llamado por Su Santidad, y que tiene sobre sí un trabajo insoportable para cualquiera otro.

Cuando después de un día consagrado á los arduos asuntos de todo el mundo católico, que naturalmente pasan por las manos del secretario de Estado, llega el crepúsculo, pareciendo que debía venir con él la hora del descanso, comienza otra función no menos fatigosa: la de recibir á los visitantes, escuchar sus largos relatos, sus recomendaciones; y como cada cual no se preocupa más que con su asunto, sin reparar en que son muchos los que se hallan en aquel caso, y uno solo y fatigado el que ha de recibirlos, tiene que salir rendido el Cardenal.

De esto hablábamos en la antesala con el buen *Giuseppe*, antiguo criado que Rampolla trajo á España cuando estuvo aquí, y á quien le enterábamos de nuestras pretensiones, proponiéndole que, si no éramos afortunados, era preciso que nos facilitase ocasión para que, confundidos entre la servidumbre ó como fuese, lográsemos ver á Su Santidad.

Mientras tanto iban despachando las señoras y señores que, correctamente vestidos, aguardaban audiencia. Veíamos que por el orden de llegada el secretario tomaba la carta ó tarjeta de recomendación que llevaban; y unas veces esperaban, y otras les hacía un signo para que le siguiesen por el corredor que conducía á la habitación del Cardenal.

Cuando llegó nuestra vez, dimos la carta, y en vista de su indicación de que le siguiéramos, marchamos detrás. El secretario se había adelantado, y Su Eminencia, de pie, junto á una mesa y á la luz de un quinqué, estaba leyendo nuestra carta, por lo que nos detuvimos en el umbral, aguardando que concluyese su lectura.

Terminada que fué, hizo una seña para que pasásemos, pero se halló con que ya estábamos en la puerta, lo que originó un pequeño *quid pro quo*; pero decidido á exponer en pocas palabras nuestra súplica, le dije:

—Somos españoles que venimos de un rincón de Navarra con el afán de postrarnos á los pies de Su Santidad: la Embajada española, algunas comunidades religiosas y otras personas se interesan por nosotros; pero las dificultades aumentan cada vez, y apelamos al último recurso acudiendo á Vuestra Eminencia, en el que vemos, no al Cardenal Rampolla, ni al Ministro de Estado de Su Santidad, sino á su antiguo Nuncio en España, que tan gratos recuerdos dejó en ella, y en el que ponen su confianza estos tres españoles.

Nuestra entrada, nuestra actitud, respetuosa pero decidida, nuestros trajes de color, debieron causarle impresión agradable, rompiendo la monotonía de aquel ceremonioso desfile de visitantes.

Lo advertimos desde luego en su sonrisa, que se acentuó y convirtió en risa franca cuando, al preguntarnos si teníamos mucho interés en ver á Su Santidad, le dijimos que, á pesar de todos los pesares, no nos íbamos sin verlo, siquiera tuviéramos que escondernos tras de una puerta, é ir después á la prevención, como hacía poco se lo indicábamos á José, su ayuda de cámara.

Nos habló entonces de España; de nuestra provincia de Navarra, en la que sus hijos son muy constantes y firmes; nos preguntó por la diócesis á que pertenecíamos y Prelado que la gobernaba, y nos significó el placer que tendría en ayudarnos.

Nosotros contestábamos brevemente, porque llevábamos propósito decidido de no estorbar, y así se lo indicamos alguna vez; pero él prolongaba la audiencia, que por lo nuevo é inusitado del caso debía ser para él rato de solaz y entretenimiento.

—¿Cuánto piensan detenerse?—nos preguntó.

—Nuestro ánimo era permanecer en Roma diez ó doce días; pero si fuese menester más tiempo, estaríamos.

—Pues bien, tengan paciencia por toda esta semana. No

es mucho pedirles, ¿verdad? Y malo ha de ser que no logren sus deseos, aunque no me atrevo á asegurarlo.

Á nosotros se nos abrió el cielo, y en nuestros semblantes debió de leer nuestra alegría y gratitud, porque nos despidió bendiciéndonos con palabras afectuosas.

¡Ah! Ciertamente: el cariño y afabilidad con que nos acogió, cuando ninguna obligación tenía para con nosotros; la familiaridad á que se dignó descender; la manera como nos retuvo, no son para olvidados; y semanas después se lo escribíamos así desde Loreto, recordándole la audiencia de los tres españoles, que no querían partir de Italia sin hacerle saber la gratitud que sentían por sus favores, y que pedían á Dios se los recompensase.

No hay que decir cuán gozosos saldríamos: por más que no nos había dado palabra, comprendíamos que era seguro que veríamos á Su Santidad.

Nuestros presagios se realizaron antes de lo que pensábamos, porque dos días después teníamos en la fonda los billetes de invitación para la misa del día siguiente, domingo de Pascua; pero aquí entra lo más cómico y doloroso.

Ese día (el de Sábado Santo) habíamos salido como de costumbre á los templos y visita de la ciudad; desayunábamos en cualquier café, almorzábamos donde nos venía al paso, y comíamos generalmente en un restaurant, junto á la plaza de Venecia, de donde á eso de las diez volvíamos á la fonda. Habíamos tropezado con dificultades para comer de vigilia, y no promiscuar, pues en la mayor parte de los restaurants son poco cuidadosos en la materia; así es que estábamos deseando que acabase la Cuaresma; y como aquel día era el último de ella, y se inauguraba el Circo, decidimos ir á él, pues hacía tiempo que no habíamos asistido á ningún teatro. Á punto estuvimos de llegarnos primero á la fonda para tomar el abrigo de mi hermano, que había salido sin él; pero dijo que no sentía frío, y nos fuimos al espectáculo sin haber puesto los pies en la fonda desde la mañana.

Cuando después de la una de la noche volvíamos á ella, terminada la función, encontramos la esquila dirigida al Illmo. Sigr. Gregorio Iribas, y dentro de ella los tres bi-

lletes, de que hé aquí un ejemplar. Arriba las armas pontificias.

*86. Anticamera Pontificia.*

*Biglietto d'ammissione alla Sala del Concistoro per assistere (senza fare la Santa Comunione) alla Messa di Sua Santità il giorno 2 Aprili 1893, alle ore 8 ant.*

*Il Ministro di Camera di Sua Santità.*

Una rúbrica.

—Es decir, que mañana á las ocho; mejor dicho hoy, á las ocho, dentro de siete horas, tenemos que estar en palacio.

—Así lo dicen las invitaciones.

—Pero ¿cómo entramos sin fracs? ¿No es preciso traje de etiqueta?

—Sí que lo es; pero ya veremos.

Llamé al fondista y le enteré del caso.

—Cueste lo que cueste le dijimos,—es preciso que á las siete tengamos tres fracs.

—Pero ¿cómo quieren ustedes?...

—Nada, nada—le interrumpimos;—eso es cuenta de usted. Tiene usted carta blanca, pero los fracs han de estar aquí sin falta.

Y materialmente le sacamos de la habitación, á pretexto de que no había tiempo que perder.

Pocos minutos después sonaban unos golpecitos á nuestra puerta; era el fondista que se deshacía en excusas, manifestándonos su sentimiento por no poder servirnos.

Es imposible—decía,—de todo punto imposible: si esto hubiera sido hace dos horas, todavía se habrían podido proporcionar; pero á esta hora, y siendo mañana día de fiesta, no hay posibilidad. Por lo demás, mi frac está á su disposición.

Pero con uno no hacíamos nada.

Eran de oír las quejas de los compañeros.

—¡Maldito sea el Circo, que nos va á hacer perder lo que tanto nos ha costado!

—Si hubiéramos venido por el abrigo, todo estaría arreglado ..

Y así por el estilo.

Yo había concebido un plan, que les dije les revelaría al levantarnos, anunciándoles que á las seis en punto debíamos saltar de la cama y vestirnos de negro, con las mejores ropas que tuviéramos.

Pocas horas quedaban de sueño; y á las seis, en efecto, estábamos en pie, Cristóbal y yo teníamos traje negro de levita cerrada; Sada había venido sin levita y se puso un gabán obscuro sobre la americana. De guantes estábamos bien: en corbatas pudo también arreglarse el asunto, tanto con blancas como con negras.

—Tenemos hora y media—les dije,—y mi plan es tomar un coche, hacer que nos abran alguna de las sastrerías, y proveernos de fracs.

—Pues en marcha.

Pero ¡ay! á las seis y media de la mañana todo estaba cerrado: la sastrería del Corso no era más que una tienda y, por fin, pudimos averiguar dónde vivía el dueño. Fuimos á la casa y lo sacamos de la cama con el mal humor consiguiente; pero nos contestó que él no tenía las llaves, sino el dependiente principal, que vivía al otro lado de Roma. En la otra sastrería nos pasó una cosa parecida. Los cafés estaban cerrados; sólo vimos uno en que estaban haciendo la limpieza, y al que acudimos para ver si lográbamos proporcionarnos los dichos fracs, aunque fuesen de camareros; pero no había más que un dependiente que sólo pudo ofrecernos el suyo.

Entretanto, el tiempo pasaba, y renunciando á nuevas tentativas, dijimos al cochero que nos llevara á escape al Vaticano.

—¡Sea lo que Dios quiera!—dijimos.

Sada nos miraba con envidia.

—Ustedes van bien—nos decía—y creo que les dejarán pasar; pero yo...

—¡Quién sabe!

—¿Creen ustedes que no me harán quitar el gabán?

—No sabemos; pero resistase usted: diga que tiene frío.

Cuando penetramos en el vestíbulo del Vaticano, comenzaron por invitarnos á dejar los sombreros y abrigos.

Sada nos miraba, como diciéndonos: *nulla est redemptio*, y se quedó en americana.

Para ver si lográbamos salvarle rompimos la marcha yendo uno en pos de otro, llevando en medio á Sada, á quien cubríamos: así subimos las escaleras, atravesamos el patio de San Dámaso, subimos la escalinata de mármol construída por Pío IX, cruzamos un puesto de alabarderos que anunció nuestra presencia con un golpe de alabarda, luego el cuerpo de guardia, penetrando por último en la sala del Consistorio, casi llena de fieles que esperaban la salida del Papa.

—En mi vida he pasado más vergüenza—nos decía Sada al oído.—No sabía adónde mirar, porque estaba aguardando el momento en que alguno me agarrase de la americana para despacharme.

—Pues, gracias á Dios, ya estamos á salvo; porque aquí ocupamos nuestro puesto, y aunque no fuese más que por evitar el escándalo, nadie nos había de despedir.

Una vez tranquilos, nos dedicamos á examinar el salón y as gentes que lo poblaban.

La sala del Consistorio es una pieza rectangular de unos 25 metros de longitud por siete de anchura, con cuatro grandes balcones-ventanas. Un ángel de tamaño natural (quiero decir del tamaño de un hombre) sostiene la Cruz con el Redentor, y enfrente un altar sencillo con un cuadro de la Resurrección, que resultaba adecuado á la solemnidad del día.

Junto al altar se hallaban seis oficiales con casco; cuatro alabarderos en la sala, nobles romanos con condecoraciones, domésticos con ropas de damasco, y unas 300 personas de distintas nacionalidades, dominando los rumenios y franceses. Sin duda por la festividad del día había dispuesto el Padre Santo celebrar la misa en el Consistorio, y esto permitió una concurrencia tan numerosa é inusitada.

Se acercaba el momento del Santo Sacrificio, y la expectación, siempre viva, se acreció á la llegada del Papa, que apareció por una puertecita lateral; dos sacerdotes y varios do-

mésticos lo revistieron, y en seguida empezó la misa en medio del mayor silencio.

¿Quién no conoce la venerable figura de León XIII? Tal como lo representan los retratos, así es: aquellos ojillos penetrantes que, unidos al *victus* de sus labios, le darían cierto tinte de ligereza ó travesura si no fuera por lo respetable del conjunto, por la serenidad de la frente, por las arrugas del rostro y por su cuerpo demacrado, aunque no enfermo.

Su voz es clara y potente, de entonación dulce y un poco quejumbrosa, que eleva al terminar el período, á la vez que se yergue un poco, como dando un saltito. Su encorvado cuerpo, su cabellera blanca y escasa en las sienes y su calvicie en la parte superior de la cabeza, en que sólo le queda un poco de pelo en el centro y hacia la coronilla, denotan su ancianidad. Los ayudantes le auxilian para subir, y le levantan el vestido para que no lo pise; él, en el altar, se apoya con una mano para ir del uno al otro lado; lee sin gafas, y bien, y se oyen perfectamente las oraciones de la misa, que suenan en nuestro oído con el acento italiano, á que estamos poco acostumbrados.

Dice la misa con gran unción, y especialmente en el canon infundía veneración y respeto; pocas veces he sentido como en aquellos momentos la grandeza y majestad de ese acto incomprendible de amor en que Dios renueva su sacrificio por el hombre.

Me conmovió también la manera con que invocaba á Dios en el Padre nuestro, y la fe, el calor, la sinceridad con que pronunciaba las palabras «et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris». Se notaba que ponía en ellas toda su alma, y á mí se me arrasaban los ojos contemplando á aquel venerable anciano, blanco de tantos odios, combatido por tantos enemigos, y que rogaba por ellos con la efusión de amantísimo padre.

Y luego pensaba en el contraste que ofrecía aquel cuerpo caduco con aquella alma tan grande; aquella debilidad física, que requería ayuda para subir la pequeña grada del altar, con aquel poderío moral y aquella autoridad tan alta que adoctrina reyes y pueblos, que traza á todos los senderos de la moral,

y cuyas palabras de vida se extienden á todo el universo.

Pronunciado el «ite, missa est» con el «alleluya» de la festividad, y terminado el sacrificio, dió la comunión y se lavó, sirviéndole el agua en una jarra de oro. Después, revestido de una ropa blanca, con builones, y cogida por detrás, nos dió, en afectuosísimo tono, la bendición solemne, y comenzó otra misa, dicha por uno de los camareros, que oyó el Papa.

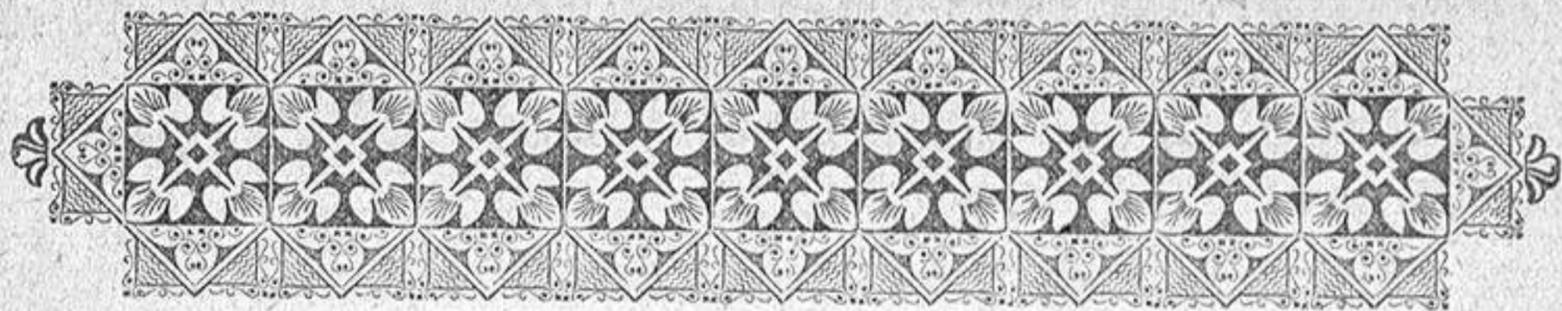
Últimamente se desnudó, quedando con sus blancas vestiduras y el capelo blanco, de que se había despojado durante la misa, y cuando regresaba á sus habitaciones, le pusieron sobre el capelo otra caperuza de piel blanca del corte de la que se ve en algunos retratos de Julio II y otros Pontífices.

Los circunstantes nos fuimos retirando poco á poco en silencio, llevando todos la impresión profunda del acto á que habíamos asistido.

GREGORIO IRIBAS,

Abogado.





## CAMINO DEL POLO NORTE <sup>(1)</sup>

---

### RESULTADOS CIENTÍFICOS DEL VIAJE DEL «FRAM»

Desde hace una quincena de años está demostrado que los vientos son la causa dominante de las corrientes marinas. Siempre que sopla una corriente de aire de dirección suficientemente invariable arrastra á la capa de agua con la que está en contacto; esta capa por el rozamiento comunica su movimiento á la inmediata y continúa así de arriba abajo hasta profundidades de cientos de metros. Así los vientos alisios que soplan todo el año, y esto desde tiempo inmemorial, han engendrado las grandes corrientes por las cuales el agua de los trópicos es regularmente arrastrada del Este al Oeste.

Pero si el contacto del aire en movimiento es suficiente para empujar al agua del mar, ¿cuánto más eficaz no será este efecto en la región de los bancos polares, en que cada témpano que se yergue sobre los otros es como una vela que recoge la impulsión del viento? Si pues los vientos árticos soplan más frecuentemente y con más fuerza en dirección de Este á Oeste, el banco de hielo recibirá un movimiento

---

(1) Véase la pág. 5 de este tomo.

de conjunto desigual de una estación á otra, que puede algunas veces invertirse, pero suficiente para hacerle avanzar poco á poco hacia el Atlántico.

Tal es la idea á la cual la teoría justificada hasta nueva orden por el recorrido de la *Jeannette* había conducido á Supan, y en razón de la cual se pronunció en favor del proyecto de Nansen, cuando los más eminentes exploradores árticos, el General Greely en América, los Almirantes Nares y Markham en Inglaterra y hasta Nordenskiöld en Escandinavia opinaban resueltamente contra la tentativa del intrépido noruego.

Esta oposición de opiniones merece consignarse, porque desdichadamente los exploradores tienen cierta tendencia á desdeñar á los que ellos llaman *geógrafos de gabinete*. Y, sin embargo, cuando éstos unen á una instrucción sólida una dosis suficiente de perspicacia, tienen la ventaja de poder ver las cosas desde lo alto, libres de ciertos prejuicios locales, y son capaces de inducciones notablemente fecundas. Supan nos da una prueba de ello porque la deriva del *Fram* con sus series de avances y retrocesos, formando curvas cerradas á veces, traduciendo los caprichos pasajeros del viento, pero dejando apreciar los retornos regulares de las corrientes atlánticas dominantes dan absoluta razón á las previsiones del sabio de Gotha.

La cuestión parece ya juzgada. El régimen de los vientos es ahora conocido hasta el paralelo 86°. Su acción y no la de la corriente marina verdadera es la que origina la deriva del banco de hielo, y si á lo largo de la Groenlandia el convoy de témpanos marcha hacia el cabo Farewell y parece independiente del viento y animado de tan gran velocidad, débese á la lucha que se empeña en dicho punto entre las aguas calientes y las frías que afluyen del Norte para compensar las que la prolongación del Gulf-Stream envía hacia el Spitzberg (1). Hé aquí, pues, resuelto con motivo del viaje del *Fram* un importante problema de física terrestre y de circulación á la vez atmosférica y oceánica.

---

(1) Zimmermann, obra citada.

¿No se puede ya juzgar de rechazo el proyecto de Andrée de llegar al Polo en globo, que debe relegarse á la categoría de las empresas irrealizables?

En efecto, no es posible tratar de abordar el Polo antes de que la noche invernal finalice. Por lo tanto, solamente á partir del mes de Marzo podrá intentarse que se eleve el globo.

Pero precisamente en este momento los vientos, constantes hasta entonces, soplan inciertamente y aun tienden á orientarse en sentido inverso. Se tiene, por lo tanto, el derecho de decir, aparte de las objeciones á que se presta la idea de una ascensión á través de la atmósfera ártica, que una tentativa de este género ofrece, por lo que respecta á la dirección de los vientos, todas las probabilidades en contra. Sólo por feliz casualidad podría triunfar.

¿Hablabamos ahora de los innumerables datos que sin cesar han sido consignados durante la travesía del *Fram* referentes á la temperatura, presión atmosférica, estado higrométrico del aire, salinidad del agua, auroras boreales, variaciones de la aguja imanada, etc.?

El sabio profesor Mohn, de Cristianía, se ocupa en coordinarlos y discutirlos. Los resultados obtenidos serán importantísimos, de una parte, porque la lentitud de la marcha del barco ha permitido observar bastante tiempo en los mismos parajes, y de otra, porque estas observaciones, en lugar de ser aisladas, podrán combinarse con las hechas simultáneamente y á distancia en las mismas regiones.

Pues, por fortuna extraordinaria, á la vez que el *Fram* recogía abundante cosecha de todo género de medidas, la expedición Jackson trabajaba en la tierra de Francisco José con toda la perfección que le consentía su notable instalación; los Sres. Ekroll y Geer operaban en el Spitzberg y, en fin, Peary continuaba sus estudios en el Norte de la Groenlandia. Nunca, seguramente, han estado las regiones árticas envueltas en semejante red de observaciones simultáneas ni se han recogido tal cantidad de datos para poder trazar curvas isotermas ó de igual temperatura media, isobaras ó de igual presión barométrica é isógonas ó de igual desviación de la aguja magnética.

Es preciso esperar algún tiempo todavía para que se puedan utilizar todos los resultados. Sin embargo, los hay ya que resaltan con claridad suficiente para afirmarlos sin temor.

Desde luego la temperatura no es tan baja en la proximidad del Polo como hubiera podido creerse. Dista mucho de ser clemente, sin duda, y Nansen y Johansen lo han experimentado á su costa durante catorce meses; pero en los tres años que ha durado el viaje del *Fram* el termómetro no ha descendido nunca más allá de los 51 ó 52 grados bajo cero. Ahora bien: solamente en el mar de Kara se le ve descender por lo comun á 53, y bajo el paralelo 73, en la desembocadura del Lena, distante 2.000 kilómetros del Polo, la estación rusa ha registrado fríos de 70 grados. Esto debe depender de que, á pesar de la larga noche polar, el banco de hielo, poco grueso y siempre en movimiento y superpuesto, como hemos dicho, á un mar relativamente templado, no puede ser jamás un refrigerante comparable á las inmensas soledades de las llanuras siberianas. El polo del frío, ó mejor dicho uno de los polos de frío (porque hay varios) del hemisferio boreal no debe buscarse en los parajes visitados por el *Fram*, y sin embargo, cosa curiosa, á Nansen estaba reservado dar á conocer al mundo la situación de uno de estos puntos singulares que en 1888 descubrió en el interior de la Groenlandia (1), es decir, en un sitio ni aun sospechado por los meteorólogos.

Se han registrado sin cesar desde Marzo de 1895 hasta el verano de 1896 observaciones meteorológicas de precisión, lo mismo á bordo del *Fram* que en el observatorio de Jackson. Comparándolas con las recogidas por Nansen durante su internada en la tierra de Francisco José (donde tuvo que instalar el termómetro en la extremidad de una pértiga para defenderlo de las zorras), y añadiendo las observaciones hechas por la misma época en el Spitzberg, se podrán trazar para la región curvas cotidianas del tiempo como no se han tenido nunca.

---

(1) Mohn.—*Dr. Nansen's north polar expedition and its scientific results.* (*Geographical Journal*, Octubre de 1896.)

La comparación con las correspondientes de Europa servirá para ver si hay relaciones entre las circunstancias meteorológicas de la zona polar y las de nuestras regiones, y la comparación será de tanto más alcance porque en este período de dos años hemos tenido precisamente un invierno suave y otro riguroso (1).

El *Fram* se había provisto, merced á las indicaciones de Neumayer, jefe de la Hidrografía alemana, de los instrumentos más perfeccionados para el estudio del magnetismo terrestre. La discusión de las observaciones de este orden hechas durante los años 1882 y 1883 en las estaciones circumpolares internacionales había hecho resaltar la insuficiencia de nuestros conocimientos sobre esas dificultosas materias y la necesidad de recoger nuevos datos tan cerca como fuese posible de los polos. Este *desiderátum* será en parte satisfecho por los estudios que el teniente Scott Hansen ha proseguido constantemente á bordo del *Fram*.

El asunto es de capital importancia, no solamente para la física del globo, sino por lo que se refiere á las necesidades de la navegación. Se sabe que en cada punto la aguja imantada se dirige hacia el Norte, no exactamente, sino formando un cierto ángulo variable con los lugares y en cada sitio con el tiempo. El conocimiento de esta variación es de absoluta necesidad para los marinos; además, el uso de los barcos de hierro impone otra corrección adicional para rectificar el error debido á la perturbación que el metal del barco ocasiona en el funcionamiento normal de la brújula, incertidumbres todas que sólo el exacto conocimiento de las leyes del magnetismo terrestre podría remediar, por lo cual las observaciones del *Fram* ofrecerán, aunque sólo fuese desde este punto de vista, un interés de primer orden.

Nansen era ya conocido antes de su viaje como biólogo eminente, por lo que, á pesar de la extrema pobreza de la vida orgánica en los parajes que ha visitado, es casi seguro que habrá encontrado ocasión de hacer más de una observación notable. En cuanto á la geología, no ha dejado de

---

(1) Mohn.—Obra citada.

hacerlas apenas desembarcó. Reconoció que la isla donde estaba situada su choza de invernada se componía exclusivamente de formaciones volcánicas de naturaleza basáltica. Estos mismos basaltos forman la cresta del cabo Flora, donde se detuvo la expedición Jackson; pero debajo aparecían capas de origen marítimo pertenecientes á la época jurásica de los geólogos, con ciertas formas de conchas idénticas á las que se recogen en las mismas capas en el centro de Rusia.

Este hecho tiene el mayor interés porque, añadido á lo que se sabía ya del Spitzberg, demuestra que el mar polar ha existido siempre, probablemente, apoyándose al Sur en una faja de tierra firme que en otro tiempo se extendía sin solución de continuidad desde el Canadá á Escocia y Noruega y de la que no subsisten hoy día más que fragmentos. El fraccionamiento de esta faja ha debido de coincidir con la formación de fisuras, origen de los volcanes de Groenlandia, de Islandia, de las Feroes y de la tierra de Francisco José, etc.

Por lo demás, este capítulo importante de la exploración ártica pertenece sobre todo á la expedición Jackson, y los geólogos aguardan impacientes á que se termine el examen de los ejemplares enviados desde el cabo Flora por aquel explorador. Porque parece que hay en ellos numerosas plantas fósiles cuyo estudio podrá dar á conocer las condiciones físicas de las altas latitudes en los tiempos geológicos. Según la impresión recogida por Nansen, allí se encuentra la confirmación de la estabilidad del Polo, que ya en épocas antiguas debía de ocupar la misma situación del presente. Se han aficionado tantas gentes, para explicar las particularidades de la historia de la corteza del globo, á fundarse en fantásticas desviaciones del eje terrestre, paseando el Polo por todas las latitudes, que es de desear que observaciones perentorias resuelvan definitivamente la cuestión.

Como se ve, la cosecha recogida promete ser fecunda bajo todos sus aspectos, y aquellos que censuraban á Nansen por haber realizado un *tour de force* sin utilidad alguna, se convencerán de lo infundado de su reproche. Pero no basta mostrar lo que la ciencia puede esperar de este viaje; quere-

mos terminar indicando hasta qué punto nos importa á nosotros los europeos la solución definitiva de los problemas cuyo misterio ha comenzado á penetrar el *Fram*.

De todos nuestros intereses materiales el más vital es el de la agricultura. Ahora bien: el resultado de los trabajos agrícolas depende, sobre todo, de las circunstancias climatológicas, las cuales en la Europa occidental son notables por su extraordinaria variabilidad. Ninguna época es más oportuna que la presente para hablar de ello, porque se han visto las lluvias incesantes de 1895 suceder á la sequía excepcional de 1895, y este año mismo, después de un invierno particularmente benigno, y cuando todo brotaba con un mes de adelanto y París había revestido un aspecto absolutamente primaveral desde los primeros días de Marzo, como para festejar dignamente al vencedor de los rigores polares, el comienzo de Abril se señaló por importantes nevadas que causaron á la vegetación un daño tan cruel como inesperado.

¡Qué ventajoso sería para la agricultura el prever tales variaciones, por lo menos en conjunto, y que algún síntoma permitiese, no solamente tomar á tiempo algunas precauciones contra las tormentas desencadenadas, sino suponer cuál pudiera ser la tendencia general de la estación próxima!

¡Qué lejos estamos todavía de tal resultado! Los meteorólogos, á pesar de su buena voluntad, llegan apenas á vaticinar el tiempo con algunas horas de antelación, y aparte de los charlatanes ó de los ilusos, no hay quien crea poder anticipar, con apariencia de fundamento, si es frío ó calor, sequía ó humedad lo que se espera en breve plazo.

¿Es quimérico confiar en que se pueda conseguir algún día un resultado mejor? Nosotros creemos que no, y nos parece que las últimas expediciones polares nos indican el camino que debe seguirse para alcanzar un conocimiento más preciso de los elementos que determinan los climas de la Europa occidental. Para comprenderlo bien, recordemos en pocas palabras la frágil base sobre la que descansa el equilibrio de la temperatura en nuestras regiones.

Si el globo terrestre tuviese en todas partes el mismo relieve y la distribución de la tierra y de los mares fuese exac-

tamente uniforme, la temperatura de cada punto dependería tan sólo de la latitud. El clima sería tanto más frío cuanto más nos alejáramos del Ecuador, primero porque las noches de invierno son más largas y además porque la oblicuidad de los rayos solares va aumentando hasta los polos. Pero todos los puntos situados en el mismo paralelo hallaríanse en condiciones idénticas, y á igual latitud en las dos orillas del mismo mar se disfrutaría, aproximadamente, el mismo clima. Desde este punto de vista, París, en particular, no debería estar más favorecido que Terranova y la extremidad meridional de la costa del Labrador.

Y sin embargo, á Dios gracias, la temperatura media es para nosotros superior cerca de diez grados á la de Quebec, y nuestro clima, esencialmente templado, contrasta con los fríos canadienses, lo bastante rigurosos para congelar todos los años el San Lorenzo. La diferencia es mucho más sensible todavía cuando se compara la Noruega con la Groenlandia, porque en las mismas latitudes una orilla en donde no se congela nunca el mar contrasta con un país totalmente enterrado bajo centenares de metros de hielo, en cuya superficie se halla uno de los polos de frío de nuestro hemisferio.

¿De qué depende esta diferencia? De una cosa insignificante al parecer, de una barrera apenas visible que impide al mar el paso entre las dos Américas, del istmo de Panamá, para darle su nombre.

Desde hace bastante tiempo este nombre Panamá se ha hecho odioso para los franceses, y por esto aprovechamos gustosos la ocasión de rehabilitarle, mostrando los beneficios inmensos que procura á Europa esa lengua de tierra aparentemente insignificante.

Bajo la influencia de los vientos alisios que durante todo el año soplan de Este á Oeste en la proximidad del Ecuador, se produce una corriente que arrastra de un modo constante las aguas tropicales en la misma dirección. Si hubiese paso franco entre las dos Américas, la corriente continuaría por el Océano Pacífico y daría la vuelta al mundo. Pero el dique del Panamá impide que sea así y el agua se arremolina en el golfo de las Antillas y Méjico, el cual se convierte en una

verdadera caldera de concentración, pues allí se observa la mayor temperatura á que la superficie del mar puede estar sometida.

Así es que las aguas calentándose se hacen más salinas y, por consiguiente, más densas, y como la corriente continúa aumentando el caudal de agua del golfo, resulta éste bien pronto en desequilibrio con el mar próximo, lo cual obliga á sus aguas á buscar una salida hacia fuera.

La única que se presenta es la estrecha garganta, en parte obstruída por los corales, que separa La Florida de las islas Bahamas.

Por esto se escapa por ese orificio un torrente verdadero de agua caliente, el Gulf-Stream, que desemboca con violencia en el Atlántico, con el cual tarda mucho tiempo en confundirse.

Esta impulsión originaria tiene por necesidad que disminuir, y el Gulf-Stream terminaría por desparramarse en mil trozos en la parte central del Atlántico si precisamente en el momento en que esto va á ocurrir no recibiese nuevos refuerzos.

Éstos son los vientos del Oeste, que en virtud de las leyes generales de la circulación atmosférica soplan en la zona templado fría del Océano. Estos vientos vigorizan en cierto modo la fuerza, pronta á extinguirse, de la corriente, y bajo su influjo las aguas tibias llegan no solamente á Noruega, sino hasta á la punta del Spitzberg y á la de Nueva Zembla.

Así es que la suavidad de clima de que gozan nuestras costas europeas es una especie de regalo de las Antillas que llega á nosotros merced á la acción combinada del istmo de Panamá, del obstáculo de las Bahamas y de los vientos del Oeste.

Pero la corriente benéfica que nos trae tal obsequio es flanqueada por un enemigo dañoso, el río de agua helada que empuja hacia sus costados la deriva continua de los bancos polares y que desde Groenlandia adquiere en la dirección Sur una fuerza de impulsión temible. Y por esto á lo largo de Terranova se empeña una lucha constante entre las

masas de agua caliente procedentes del Atlántico central y las corrientes frías, que acarrearán *ice-bergs*, por las cuales la costa americana está continuamente surcada.

Las circunstancias de esta lucha han sido recientemente estudiadas en detalle por un geógrafo americano, el profesor Libbey (1). Este sabio ha demostrado que cerca de la isla de Nantucket, próxima á Boston, se veía la extremidad del Gulf-Stream resolverse en una serie de prolongaciones, de dirección y espesor variables con las estaciones, que se pasean en cierto modo por cima de los regueros de agua fría, igualmente variables, que proceden de la corriente de la costa del Labrador. Entre los 40 y 120 metros de profundidad se verifica el contacto de las dos series, que se entrelazan entre sí más ó menos tratando de arrollarse recíprocamente.

Una cosa semejante sucede frente á Terranova y en general en todos los sitios donde la influencia meridional se pone en contacto con la que procede del Polo. Sus variaciones son sensibles, sobre todo cuando las corrientes septentrionales en lugar de contentarse con llevar agua fría acarrearán grandes *ice-bergs*, cada uno de los cuales se convierte para la atmósfera ambiente, en un centro refrigerante que altera por completo las condiciones de la presión del aire. Allí donde reinaba, gracias á las aguas tibias, una temperatura suave, la irrupción de una multitud de *ice-bergs* determina el establecimiento de un centro de presión, y el trastorno así producido bastará para originar á su lado un ciclón que, según los casos, se desencadena en Noruega ó en España.

En el primero, el ciclón será compensado por la presencia de los vientos del Sur que templarán la región francesa; en el segundo, la compensación llegará del Norte y resultará en nuestras regiones un descenso notable de temperatura.

En una palabra, las condiciones meteorológicas de nuestras costas dependen, si así puede decirse, de un hilo tenue. Su equilibrio es necesariamente inestable y todo aquello que modifica las últimas ramificaciones del Gulf Stream debe in-

---

(1) Véanse las actas del Congreso geográfico de Londres en 1895.

faliblemente traducirse por un cambio de tiempo en nuestros países. Y si en ciertos momentos las influencias polares se hacen bastante fuertes y paralizan durante algún tiempo la benéfica acción de la corriente templada, inmediatamente Europa cae bajo el imperio de las condiciones de su latitud y puede verse amenazada con el clima de Terranova, que es el único que le corresponde por aquélla.

Después de lo dicho no será preciso insistir sobre el interés que presentaría la atenta vigilancia de todo lo que sucede en el Atlántico Norte. Hoy día que la campaña del *Fram* ha puesto fuera de duda la constancia de la deriva del banco polar en dirección de la Groenlandia, no es una hipótesis aventurada el suponer que los grandes movimientos de este banco es una de las causas, ya que no la principal, que influye sobre nuestro clima. No es admisible que la deriva se verifique siempre en la misma medida; debe de estar sometida, según los años, á fases de mayor ó menor intensidad. Darse cuenta de estas circunstancias, por lo menos determinando sistemáticamente las posiciones sucesivas del extremo libre del banco, no sería únicamente una curiosidad científica, sería quizás llevar á la previsión del tiempo el auxilio más eficaz que haya recibido nunca.

Tentados estamos á ir más lejos aún y entrever el momento en que el hombre con su industria sea capaz de combatir á lo menos algunos de los efectos secundarios de la deriva de los hielos.

En efecto, en el discurso que pronunció en 1894, ante la Asociación Británica convocada en Oxford, el eminente jefe de la Hidrografía inglesa, el Almirante Wharton, se menciona un hecho extremadamente curioso. Más de una vez, á lo largo de Terranova, un barco arrastrado hacia el Norte por una corriente bien definida ve aproximarse á él y caminar en sentido inverso un grueso *ice-berg*.

La cosa es fácil de explicar, pues en virtud de la pequeña diferencia que existe entre la densidad del hielo y la del agua del mar, para que un *ice-berg* pueda elevarse sobre la superficie unos 30 metros es preciso que la porción sumergida alcance lo menos á 200 ó 250 metros de profundidad; y

como, por otra parte, el pie del *ice-berg* es siempre más extenso que su cabeza, expuesta á una fusión constante, se comprende que lo que determina el movimiento de la mole es la corriente fría profunda que camina en sentido contrario de la delgada capa de agua templada que la cubre.

Así, pues, si los inventores de explosivos aplicasen sus facultades á la fabricación de proyectiles apropiados al hielo, una artillería especial que funcionase á bordo de buques defendidos por su coraza del choque de los hielos flotantes, podría emplearse en cañonear estas clases de *ice-bergs*. Obligándoles á emerger á medida que su cabeza fuese demolida, se acabaría por hacerles flotar enteramente en la corriente templada, y al cabo de un instante se tendría el placer de verles retroceder caminando hacia las playas inhospitalarias de donde partieron. De este modo se evitaría el trastorno atmosférico que su irrupción en la región de las aguas templadas tiene que producir, y puede ser que Europa se economizara con ello una tempestad.

¿No es agradable desde luego presumir la posibilidad de un empleo pacífico de nuestras grandes máquinas de guerra? Cuando se aboga en favor de la paz universal no se descontenta solamente á los militares y marinos, se está expuesto á provocar ciertas alarmas en los industriales, porque vivimos en una época en que la metalurgia, por lo general, no está alimentada en todos los países de Europa más que por los encargos de guerra y marina. Pues bien: si nuestra idea se adoptase, la metalurgia no tendría nada que temer aunque la paz imperara. Se continuaría fabricando corazas y cañones; solamente que las primeras servirían para proteger el casco de los cruceros empleados en la vigilancia del banco de hielo y los segundos en destruir los proyectiles de hielo que el Polo nos envía.

Pero no insistamos en tan hermosas perspectivas porque pudieran motejarnos de utópicos y soñadores. Nos basta haber demostrado que la excursión polar de Nansen no ha sido un simple alarde de resistencia; que ha conseguido resultados científicos de primer orden y que nos autoriza á ver en ella el germen de preciadas conquistas para la previsión de

los climas europeos. ¡Ojalá que nuestra exposición llegue á calmar las suspicacias, algún tanto mezquinas, de ciertas personas á quienes ha parecido ver en el homenaje rendido al explorador noruego algo así como el decaimiento del patriotismo francés! No solamente no hay más que un verdadero patriotismo, el que consiste en trabajar con todas sus fuerzas para elevar á su país sobre los demás en todos los ramos de la actividad humana, sino que con entera justicia, Francia, foco de las ideas generosas, ha saludado con sus aclamaciones y premiado con sus más preciadas recompensas al hombre que, enriqueciendo con sus hazañas el campo de la ciencia universal, ha preparado para lo porvenir resultados que nosotros seremos los primeros en aprovechar.

A. DE LAPPARENT,

Profesor del Instituto Católico de París.





## LA FUTURA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

---

### I

#### Causas de la revolución (1).

Bajo dos terribles amenazas concluye en Europa el siglo XIX: en el orden político, la rotura del equilibrio europeo; en el orden social, la interminable y embrollada cuestión obrera.

Es imposible adivinar cuál será el punto de partida de la rotura de ese equilibrio, ni cuáles serán sus consecuencias más probables; y únicamente es de presumir que, cuando se efectúe, ciertas naciones pequeñas y otras mal administradas saldrán con mayores quebrantos que las grandes potencias, de las cuales se excluye á España constantemente, por las dolorosas razones de todos conocidas.

Injustamente se ha clamado mucho contra nuestro aislamiento en lo que llaman concierto europeo, donde, por un lado, se ve la alianza de las tres naciones más famélicas, con quienes poco tendríamos que ganar, y por otro lado, una inteligencia franco rusa, cuyo principal objeto es oponerse al predominio germánico, más imaginario que efectivo para

---

(1) Véase el núm. 519.

nuestra Península, subyugada fatalmente al predominio británico en los tiempos modernos. Por ahora, excesivamente quebrantados con las consecuencias desastrosas de la guerra de Cuba, no se distingue claramente el sitio indicado para España en ese juego de alianzas é inteligencias, ni se concibe que se nos reserve un mediano papel de otra tercera combinación de fuerzas favorables al equilibrio, y más seguro parece que nuestro aislamiento continúe largo tiempo indefinido.

Se explica y se justifica de sobra nuestro aislamiento, pues para nada se relacionan con España las dos amenazas más próximas de la rotura en el equilibrio. Nada tenemos que ver con los rencores que laten sosegados junto á las márgenes del Rhin, ni nadie habría de invocar nuestro auxilio en las futuras complicaciones de Oriente. Mucho más prósperas habían de estar las Filipinas para motivar y que se nos concediera alguna intervención; y tal es nuestro lastimoso estado que, aun deseando tomar parte en las próximas contiendas, con casi seguridad, se nos invitaría cortésmente á no salir del aislamiento, por temor de que nuestra Península fuese una complicación inútil en los problemas internacionales que, según las trazas, se pondrán mas pronto á la orden del día.

Las contingencias imprevistas del futuro período de conflagración general, tan temido como aplazado, nos arrastran, sin embargo, y nos seguirán arrastrando á esa paz armada, ante la cual sacrifica Europa todas las ventajas y utilidades de los inmensos adelantos materiales de nuestro siglo. El militarismo dominará largo tiempo en todo el continente y jamás podríamos ser una excepción, como no podríamos vivir sin ferrocarriles, sin telégrafos y sin marina de vapor. Nadie negará que aquél es uno de los mayores males que afligen á la humanidad por luengos siglos; pero hay que resignarse, pues prevalece y prevalecerá contra las utopias y bondadosas predicaciones de los partidarios de los Congresos internacionales.

Esta paz armada no es relativamente tan gravosa á las naciones de grandes recursos y de grandes industrias de

pertrechos militares como á las atrasadas, cual la nuestra, á las de importancia secundaria y á aquéllas cuya situación política interior se presta á sangrientas revueltas. En este último caso se hallan también Portugal, Bélgica é Italia, nuestras hermanas de raza. Los elementos revolucionarios de las tres tienden, con sobrado arranque, á la destrucción de las instituciones monárquicas, con las pretensiones, no se sabe hasta qué punto fundadas, de que con esa destrucción se encontrará mucho alivio á las dolencias de índole económica y social que, con tanta gravedad como nosotros, tales países sienten.

Aparte de esto, de cuando en cuando se nota en todos los pueblos cierta sed de novedades y mudanzas con las cuales se aspira á mejorar la condición de los habitantes. No parece sino que en todas partes la gente nueva anhela disfrutar las emociones dramáticas de los disturbios y ser arrastrada, con inexplicable gozo, por el espíritu de rebelión y discordia. Esa sed solía apagarse con aventuras exteriores que distraían á las grandes masas; pero ya hoy más bien se aviva en largos períodos de calma, cuando los Gobiernos no logran satisfacer las aspiraciones generales con una administración justa y acertada, de la que siempre estamos desterrados, por nuestra sempiterna infelicidad.

Podría ocurrir el día menos pensado; mas, por ahora, no se vislumbra próxima la rotura del equilibrio, uno de cuyos efectos será probablemente un cambio general en las seculares formas de gobierno con que Europa se viene rigiendo. Y así como dentro del régimen anárquico fué general el paso de los poderes absolutos á la fórmula intermedia de los reinados constitucionales, la marcha progresiva de la humanidad conduce á las naciones civilizadas hacia la fórmula más lógica de la democracia, cual es la república. ¿Quién sabe distinguir con qué velocidad se camina á este cambio radical? Un gran paso se dió hacia él desde el momento en que se dijo que el rey reina y no gobierna. ¿Es imposible volver á los buenos tiempos de los reyes absolutos? Pues el porvenir de todos los pueblos cultos no puede ser otro más que el de la república. Cuando hay una gran nación en Eu-

ropa y otra gran nación en América con un poder moderador exento de trono y de corona, se demuestra al mundo entero que la monarquía va siendo un emblema anticuado é innecesario, que cumplió su misión en las edades pasadas y que sólo se sostiene por endeble y medio deshechas raíces. Aun así y todo, el régimen monárquico predomina en Europa, sin que nadie se atreva á fijar el plazo de su desaparición. Se adivina, sin embargo, que las monarquías, á partir del siglo XX, únicamente se podrán mantener en medio de grande prosperidad material y con excelente administración.

Seguro es también que la inmoralidad pública y el desbarajuste administrativo, agregados ó productores de crisis económicas deplorables, comprometen seriamente la continuación de las dinastías en las naciones latinas, las más inmediatamente preparadas y dispuestas al cambio de instituciones que las amenaza desde larga fecha. Tal vez no será España el primer pueblo que, detrás de Francia, rompa radicalmente con la tradición; pero ensanchadas las grietas de los cimientos en que se asientan los tronos, tampoco sería España de las últimas en que se efectuase tal cambio.

Más próximas que la rotura del equilibrio europeo se ven entre nosotros las revueltas motivadas por el malestar general y por los clamores incesantes de los contribuyentes y de las clases trabajadoras. ¿Adónde irán á parar las grandes masas, hoy inertes, el día en que sean profundamente agitadas por un fermento de discordia? ¿Se dividirán entre los dos extremos opuestos, la república y D. Carlos? ¿Cuál de éstos arrastrará á la plebe armada con mayor empuje? Si se juzga por las apariencias, probablemente el segundo, pues al propio tiempo que nuestros malavenidos y peor acaudillados republicanos trabajan por demostrar que España sería incapaz de subsistir sin monarquía, los carlistas no pierden un ápice de su cohesión ni de su disciplina, cuentan con más recursos materiales y están mejor preparados para recibir el fermento que presto ha de venir de Cuba. Y si las insurrecciones peninsulares que se dibujan á lo lejos llegan á realizarse, ¿qué dirá Europa de nosotros? ¿Quién nos había de decir que, después de las dos guerras sangrientas que motiva-

ron los carlistas, cuando los suponíamos aniquilados para siempre, reviven con mayor brío, como si fuese hoy el único organismo político de más profundas y más extensas raíces? ¿Quién nos había de decir que á fines del siglo XIX llegase á su máximo el descrédito de los republicanos y retrocediésemos á una reacción que todavía nos parece increíble?

¿Quién había de decir que millares de ciudadanos, ayer tan entusiastas de la libertad y de la democracia, volviesen hoy sus ojos fatigados hacia el partido carlista, como para preguntarle si tiene el secreto de gobernar la Nación con mayor tino y mejor fortuna? Necesario ha sido, para tan estupenda mudanza, que se enroscase al débil cuerpo de la Nación esa abominable y ponzoñosa serpiente que comienza en las inmundas farsas del sufragio, continúa por las charlas insustanciales del Parlamento y termina en las desventuras de nuestros desdichados gobernantes. Y necesario ha sido también que aún conserve el país el triste recuerdo de aquel grotesco ensayo de caótica república que terminó forzosamente en la restauración.

Entre los dos partidos extremos, carlista y republicano, abiertos como dos tenebrosos abismos, la patria y la regencia se hallan hoy expuestas á mayores peligros que nunca, por la evidente descomposición de los dos partidos imperantes que, desde el reinado anterior, turnan en el poder. ¡Qué tiempos alcanzamos! Como si fuese acuerdo tácitamente convenido, nadie diría si para mayor honra ó para mayor desdoro de la monarquía, de igual modo que los presidentes de las repúblicas, los jefes de ambos partidos se relevan, poco más ó menos por quinquenios, en la dirección de los negocios, mudando repetidas veces sus ministerios, cuando hay cierto número de individuos de cada gabinete suficientemente desacreditados á los miopes ojos del Parlamento. Y á fuerza de descréditos y desaciertos los dos partidos corren parejas ante el país. Ambos son igualmente desdichados en la dirección de la política española, igualmente torpes en conjurar los peligros y las ruinas, igualmente incapaces de corregir el desbarajuste administrativo, igualmente culpables del incremento de la inmoralidad pública, igualmente responsables

de comprometer el porvenir del inocente niño que deseamos ver coronado de Rey en su mayor edad. Á ambos alcanzarán por igual las acusaciones por los desastres de Cuba, ambos son de igual modo censurables por la desbaratada gestión de la Hacienda pública, ambos serán juzgados por la historia con igual severidad y dureza.

También de ambos por igual está cansado y hartó el país, pues más bien que partidos ve en ellos unas agrupaciones en cuadrillas de insaciables ambiciosos y de vanidosos inútiles, que toman parte activa en embrollar hasta el caos la administración del Estado. No tienen ellos toda la culpa; pero bien se aprovechan de la apatía nacional, sin la cual no resultarían unos Parlamentos del color y de la facha que más agradan al ministro de la Gobernación á quien toca la entretenida faena de medir la codicia de los pretendientes sin escrúpulos y la fatuidad de los ricos advenedizos desprovistos de sentido común, para encasillar constantemente á lo peor.

Si España no es indigna de la libertad y de la democracia, si España merece ser gobernada como los demás pueblos civilizados, llegada es la hora de una nueva agrupación de los partidos de la monarquía. Pues si es de todo punto evidente que á los republicanos hacen falta hombres nuevos para avanzar hacia la satisfacción de sus ideales, no es menos evidente que, con mayor urgencia, conviene á la monarquía la fundación de otros dos partidos nuevos en sustitución de los que hay, caducos, desorganizados é incapaces de mejorar la situación de la patria.

La señal está dada. Un estadista ilustre, con clara inteligencia y con profunda previsión, en vista de los graves peligros que se ciernen sobre la patria y la monarquía, acaba de dar la voz de alarma. ¿Agrupará á su alrededor suficientes fuerzas para su empresa? ¿Desatenderá su llamamiento la masa apática del país? ¿Saldrá éste de su letargo sin perder preciosos instantes? Urge mucho, en bien del sosiego público, que detrás de las banderas de la regeneración administrativa y de la moralidad se congreguen todos los hombres de recto juicio y sano corazón, y urge tanto y de tal modo,

que si la Nación es incapaz de dar rápidamente elementos sobrados al tercer partido, fundado para revivir sobre las cenizas de los otros dos, amigos y adversarios de la paz y de la dinastía pronunciarán dentro de poco estas fatídicas palabras: ¡Ya es tarde! Esas banderas de la regeneración administrativa y de la moralidad las han arrebatado, furiosamente indignados, los republicanos y los carlistas. Ya no quedan alientos para resistir el empuje de la inmediata revolución.

L. MALLADA.





# EL ANARQUISMO EN ESPAÑA

Y EL ESPECIAL DE CATALUÑA (1)

---

## CAPÍTULO II

EL ANARQUISMO, SUS TEORÍAS Y SU FINGIDO IDEAL

### I

Á la doctrina del anarquismo, que es de considerar como esencialmente *utópica*, como engañosa é irrealizable, según hubo de reconocer Juan Grave, al decir que no podía realizarse inmediatamente, puede contraponerse otra que también sustenta, y es la que á juicio nuestro pretende llevar al terreno de la práctica, la que han desarrollado más clara y terminantemente sus publicaciones, la que han puesto de relieve los hechos y á la que por modo cierto se refieren varios publicistas de indiscutible valer científico.

«Los anarquistas se distinguen, según expresa Mr. Berard en los *Archives de l'Anthropologie criminale*, de todos los partidos, en que no piensan en mejorar ni en reformar, sino en destruir, mientras que las demás escuelas se proponen un

---

(1) Véase la pág. 33 de este tomo.

ideal más ó menos realizable; ignoran por completo lo que se proponen hacer; lo que quieren es deshacer, pero deshacer por todos los medios posibles, el robo, el asesinato, el incendio; lo que quieren es hacer tabla rasa de todo lo existe, sin cuidarse de reconstruir sobre las ruinas universales. Su pensamiento no va más allá de la destrucción de los monumentos públicos, fábricas y ciudades, del odio salvaje y la rabia furiosa, del aniquilamiento de todo cuanto existe: del día siguiente nunca se han ocupado. Destruir por destruir, borrar en un cataclismo la civilización entera, es su fin. Pero no saben lo que nacerá en medio de las cenizas amontonadas, en el terreno regado con la sangre de innumerables víctimas: para esto se remiten á la fuerza de la naturaleza.»

«Por cima de los partidos republicano y socialista, que tienen una justa razón histórica, dicen los doctores Lombroso y Laschi en su *Delito político y las revoluciones*, hacen de cabeza el comunismo y el anarquismo, que son y se declaran la negación más completa del Estado, renegando además de los deberes del ciudadano, y queriendo también deshacer de un golpe los lazos que hacen al hombre de hoy relativamente feliz.»

Max Nordau, cuyo exagerado radicalismo y profundidad de juicios son bastante conocidos, se expresa en los siguientes términos: «La anarquía, la ausencia de gobierno, es un invento de espíritus inquietos y ciegos: desde que los hombres entran en relaciones durables de vida común, se establece entre ellos un gobierno, es decir, formas de tratos, reglas de conducta, respetos y relaciones claramente establecidas. El estado natural de la humanidad no es sino el de una aglomeración, mejor, si se me permite decirlo así, el de una cristalización por consecuencia de una disposición determinada y regular de las moléculas: entre aquel caos social se forma inmediatamente, por sí mismo, un organismo político. La crítica razonable no reclama, por consiguiente, la anarquía, que es en absoluto imaginaria, pero sí la *oligarquía*».

«El apóstol del anarquismo, escribe el Sr. Sanz y Escartín, fué Proudhon; la base de sus doctrinas es la negación

más absoluta de toda autoridad, la afirmación más categórica de que el hombre no debe sufrir otra ley que la de su propia naturaleza, tal como cada uno alcanza á comprenderla con ayuda de la ciencia y de la razón. Resueltamente materialista el anarquista, niega toda idea de Dios, todo sistema no fundado en la realidad tangible; se rebela contra toda autoridad, contra toda legislación, contra toda influencia, siquiera procedan del sufragio universal.» (*El Estado y la reforma social.*)

Por último, el Sr. Azcárate dice: «Atendiendo á la doctrina anarquista tal como la predicaba Bakouñine inspirándose en el nihilismo ruso y en los principios de Proudhon, en cuanto significa el *amorfismo*, esto es, una sociedad sin forma alguna, implica por necesidad la destrucción de todas las instituciones existentes. Es verdad que, como el absurdo detiene en su camino á los espíritus más fanáticos, resulta que el Estado cuya desaparición se pretende es el nacional, pero no todo Estado, porque reaparece por necesidad en el gremio, en el oficio, en el común industrial, es decir, en la organización local. Pero de aquí surge la diferencia profunda entre el socialismo radical y el anarquismo, puesto que aquél deja en pie al Estado nacional, y lo ensancha y robustece, y por eso puede celebrar la concentración del capital en pocas manos, esperando que eso facilitará la transición del régimen existente al nuevo, en el que será un capitalista el Estado».

(*El problema social.*)

Tal es, á juicio de dichos escritores, el verdadero *ideal* anarquista, ideal tan opuesto al *humanitario*, al *idílico*, hecho creer á los adeptos *no iniciados*, tan distinto del que se desprende de algunos pasajes de los escritos de propaganda: destruir, aniquilar cuanto existe, llevar adonde quiera la desolación, no dejar en pie ninguno de los organismos, ninguna de las instituciones que determinan y caracterizan la vida actual de la sociedad, y después, consumada la obra, la *anarquía*, esto es, el caos, el hombre entregado á los mandatos de la naturaleza, no tal cual es, sino tal como la comprenden ó quieren que sea. ¿Qué produce este ideal sino el deseo invencible de destruir? ¿Á qué conduce sino á la pro-

paganda *por el hecho*, por *la acción*? ¿Qué es esta propaganda sino el crimen sistematizado? ¿Qué es el odioso culto tributado á los sectarios que suben al cadalso, más que la continuación de este ideal, que la glorificación del crimen por la adoración del criminal?

## II

Confirman la efectividad de ideal semejante, ó si la palabra *ideal* parece impropia de dicha doctrina, algunas teorías que, por decirlo así, han constituído la especial obsesión de los principales anarquistas: se descubre hasta en lo que es de considerar como accidental ó secundario. Cada uno de los que, á nuestro entender, han sido llamados equivocadamente *teóricos*, puesto que á la propaganda de la *idea* han unido siempre de un modo más ó menos directo la de *acción*; cada uno de estos funestos apóstoles se ha encariñado con alguna parte especial del sistema, haciendo su defensa con tal calor, con tanto entusiasmo, que puede asegurarse que la consideraba como de mayor significación, como más esencial que todas las demás. Esas ideas ó teorías especiales se refieren sin excepción al ideal verdadero ó doctrina efectiva que acabamos de señalar.

Basta la más ligera lectura de las producciones anarquistas para persuadirse de la exactitud de nuestra afirmación. Así vemos que Kropotkine dirige sus más rudos y apasionados ataques, constituyendo la parte más saliente de sus escritos, á las leyes sociales, cuyo origen, según él, no puede saberse, ni el por qué se pretende que se las respete; que Merlino combate con no menor violencia á la propiedad; que Faure se revuelve contra la familia; y que Melas rechaza la patria.

Para Merlino el derecho de propiedad es «*un pedazo de pan*, único que los capitalistas conceden al pobre», «no es sino *el derecho al hambre*,» derecho que «desaparecerá cuando la humanidad sea libre», esto es, cuando se haya realizado la destrucción, cuando reine la anarquía, impuesta, no obstan-

te la aseveración de que será resultado de las voluntades no cohibidas, por los medios tan contrarios á la libertad que el anarquista emplea, «pues cada hombre, con la mayor suma concebible de *altruismo*, ofrecerá á los demás los productos de su trabajo y tomará del de ellos lo que le haga falta».

Para Malato las religiones, desde las rodeadas de misterios y envueltas en las obscuridades de la fábula, desde las de los Indios, los Egipcios y los Persas hasta las modernas sectas derivadas del Cristianismo, no son sino «necias imposturas, engaños y farsas cuyo objeto es la explotación, la sujeción y el avasallamiento de los hombres, todas peores, todas producto de la ignorancia, todas formas de la codicia».

Para Faure, la familia, miniatura de la sociedad, verdadera célula social, adolece de los numerosos vicios de ésta, «no es sino una opresión dentro de la morada humana, un yugo bajo el que todos sin excepción gemimos, un instrumento de tortura».

Para Melas, la patria «es el más imbécil de cuantos sentimientos se conocen, la veneración á una bandera, la entidad que mata la personalidad del ciudadano».

Se ve, pues, que siempre tienen presente su verdadero ideal, la destrucción de las creencias, de las instituciones, de los organismos, de todo lo existente. Por eso, para concluir con todas esas que llaman idolatrías, con todos los que conceptúan residuos de la barbarie, es necesario derribar las religiones, las leyes, la propiedad, la patria y la familia. Tal es la conclusión á que dichos escritores anarquistas llegan: al efecto agotan su ingenio, su inteligencia y sus conocimientos, encargándose cada cual de desmoronar una parte del edificio, pero teniendo una mira única. Semejantes ideas, contrarias á los más naturales, arraigados y grandes sentimientos del hombre, que destrozan sus más caras afecciones, y que, á triunfar, desharían la obra perseverante de los siglos, el trabajo fructuoso de miles de generaciones, son hasta cierto punto una amplificación exagerada de las de Pedro Leroux, que ocupa el puesto más eminente entre los *humanitarios*. Con efecto, según Leroux, «en la familia hay el padre y el hijo, es decir, la *autoridad* y la *obediencia*; en la patria

los jefes y los meros ciudadanos, es decir, la *jerarquía, madre de la opresión*; en la propiedad hay los ricos y los pobres, es decir, la *servidumbre de la necesidad*, y por eso la familia, la patria y la propiedad se han convertido en un mal para el hombre, y lo que debiera darle la libertad le condena á la esclavitud». El principio es, por lo tanto, el mismo; pero si, partiendo de él desarrolla Pedro Leroux toda su teoría *humanitaria*, Kropotkine, Faure y sus demás compañeros, después de ampliarlo con violentísimos ataques, no presentan sino sus planes de destrucción, y después, más allá, para el porvenir, como ha dicho el distinguido escritor Sr. Posada, el vacío.

Bakounine dió á comprender cuál era su pensamiento íntimo, el espíritu que le animaba, y reveló que su ideal único era la destrucción, en el retrato que hizo del verdadero revolucionario, esto es, del anarquista; retrato que con extraordinaria fruición reprodujo en todas las ocasiones, pudiéndose decir, sin que á malicia se atribuya, que es el suyo propio. Su revolucionario debe ser un tipo mucho más especial y anómalo que el del individuo encontrado en la puerta de la Inclusa y que muere célibe, que, según Renan, tuvieron á la vista los redactores del Código de Napoleón; más especial que el del *bohémio*, siempre errante, sin Dios, patria, familia ni casi afecciones, pues debe hallarse desligado por completo de toda clase de vínculos y de afectos, desprovisto de cuantos sentimientos y relaciones puedan obrar y cohibir, impulsándolas en determinado sentido ó limitándolas en sus expansiones, las libres manifestaciones de su voluntad. Conforme dice Nitti en su *Socialismo cristiano* y Laveleye en su *Socialismo contemporáneo*, el revolucionario de Bakounine «no debe tener más que una sola pasión, la *revolución*; un solo fin, la *destrucción*; debe despreciar la moral natural, y *perseguir á la sociedad presente con odio implacable é incesante*. La ciencia moderna no es más que una retórica; el bandido es el verdadero *héroe*, el *vengador popular*, el *enemigo implacable del Estado*».

A continuación de esta exacta pintura del revolucionario de Bakounine, reproducida por la generalidad de los anar-

quistas, dicen los mencionados escritores que «infatuado con sus proyectos de *Pan-destrucción*, el criminal apóstol no admite más *actividad* que la de la *destrucción*, ni más fin que la *revolución*,» y que para despertar al pueblo «no quería una agitación leal y honrada, sino una serie de asesinatos y atentados que pudieran convencer á las masas del triunfo de la revolución».

Estas ideas, de por sí bastante precisas, y que revelan cuál es el *ideal* á que realmente aspiran los anarquistas, las aclara más todavía Juan Grave en su citado escrito, pues manifiesta «ser probable y de presumir que en la revolución que se prepara habrá venganzas particulares, degollinas y actos de salvajismo, lo cual no solamente nadie podrá impedir, sino que no deberá impedir, siendo mucho mejor que los propagandistas sean sobrepujados por la multitud, no debiendo haber sentimentalismo imbécil, aunque el furor de las multitudes alcance á personas más ó menos inocentes»; que «por el pronto deben renunciar los anarquistas á la guerra de ejército contra ejército, á las batallas campales, debiendo encaminarse principalmente la lucha á *destruir* las instituciones, *quemar* los títulos de propiedad, los libros del catastro, los protocolos notariales, los registros de tributación, echar por tierra los *hitos* de las divisiones, hacer trozos las inscripciones del registro civil, etc.», y que «expropiación de los capitalistas, toma de posesión de los objetos de consumo en nombre de todos y poniéndose á disposición de la masa, es la obra de los grupos pequeños y diseminados, obra de escaramuzas y no de batallas regulares».

Kropotkine complementa la personalidad de Bakounine: lo que al uno faltaba lo poseía el otro; puede decirse que han sido dos cuerpos y un solo espíritu; ambos pensaron y aspiraron á lo mismo. Sus ideas han sido iguales, idénticas sus aspiraciones, uniformes sus propósitos. Nacidos bajo un régimen asfixiante, bajo el régimen *autocrático* y *burocrático* de Rusia, educados en los mismos centros, respirando igual ambiente, impresionados y heridos por idénticas desgracias, fortalecidos y exasperados por las persecuciones, empapados

en el odio á sus adversarios, obligados á expatriarse para huir del suplicio ó de las torturas siberianas, y teniendo siempre á la vista la imagen de los compañeros, de los amigos sacrificados, agregábanse en ellos á estas causas de unión, á esta especie de hermandad, la identidad de caracteres y la mancomunidad de ideas.

Así se comprende leyendo la *Conquête du pain* y las *Paroles d'un revoltee*, cuyo complemento, ó más bien desarrollo, se encuentra en el *Droit sociale* y en el *Standard revolutionaire*. En estas publicaciones, expositivas de las doctrinas de la secta las unas, órganos oficiales de la misma las otras, se consignan las ideas de sus dos principales inspiradores, ideas que no tardaron en esparcirse por todos los países, y que en España fueron expuestas y defendidas públicamente, como lo hizo el mismo Bakounine á continuación de las huelgas tumultuosas provocadas por la *internacional* y de los horrores de la *Commune* de París.

Kropotkine, cuyo pretendido *idealismo*, que también se inclina á concederle nuestro distinguido amigo el Sr. Moret, se cierne en una atmósfera formada por los vapores de la sangre, el humo de los incendios y el polvo de los edificios y monumentos destruídos, pone de manifiesto que su ideal no es otro que el de Bakounine, en el plan que trazó del *despojo universal*, de la *expropiación general*; plan tan absurdo y repulsivo que ni refutación merece y que el Sr. Sanz y Escartín expone en los siguientes términos:

«Triunfante la anarquía, grupos de ciudadanos se encargarán voluntariamente de formar listas y estadísticas completas de las habitaciones desalquiladas y capaces para más de una sola familia: estos ciudadanos, sin esperar nada de nadie, invitarán á los que vivan en infectas covachas á instalarse cómodamente. El pueblo armado les mantendrá en sus nuevas casas. Y no hay que temer las discordias ni que el pueblo se muestre demasiado exigente. Eso sucedería si se encargase de la cuestión de alojamientos á un centro, á una oficina cualquiera: entonces todos querríamos tener influencia con los encargados de este servicio, las malas pasiones surgirían. Pero si el pueblo mismo, reunido por ca-

lles, por barrios, por distritos, se encargaba de albergar á los habitantes de casas insalubres ó insuficientes en las demasiado espaciaosas de los ricos, entonces todos los inconvenientes desaparecerían con facilidad: cuando se apela á los buenos instintos de las multitudes, éstas responden con la abnegación y el desinterés.»

Un plan semejante, basado también en los *buenos instintos de las multitudes*, aplica Kropotkine á las propiedades rurales, á los medios ó instrumentos de la producción, acercándose bastante á las doctrinas del *colectivismo*, más todavía, á las del *nihilismo* ruso, y entrando de lleno en el *comunismo* radical. La imposibilidad de la realización de dicho plan salta desde luego á la vista. En su clarísima inteligencia así lo comprendió Kropotkine, y no le da mayor importancia de la que concede á la sociedad idílica futura. En lo que insistió fué en la parte crítica de la sociedad, en lo que tendía á la destrucción, que es lo que constituye el verdadero ideal del anarquismo.

### III

No seguiremos en esta exposición de las ideas especiales de algunos de sus apóstoles, pues lo dicho basta á confirmar nuestra tesis. Apartando algunas generalidades ofrecidas sin más objeto que el de deslumbrar y hacer menos sensible la falta de soluciones, lo que se encuentra es la destrucción, el deliberado propósito de llegar á ésta por el terror, por una serie de actos semejantes, ya que no iguales, á los que señalaron la sublevación de los aldeanos alemanes, la corta existencia de los anabaptistas de Tomás Muncer y Juan de Leyden, la Jacqueria francesa, el terrorismo del noventa y tres, la conspiración de los niveladores de Babeuf, el cartismo inglés y algunos otros movimientos más ó menos revolucionarios y sociales, entre los cuales pudieran incluirse los en varias ocasiones realizados por los comunistas de Andalucía, si bien llevados á un extremo impensado, demostrando una feroz maldad que oprime el corazón, y convirtiendo

el crimen en medio de propaganda por creer locamente que «con la muerte de pocas é inocentes víctimas, que naturalmente debía producir una reacción violenta en todos, obtendrían aquella adhesión que los opúsculos y las publicaciones no consiguen».

Con la palabra *Pan destrucción* resume Bakounine todas las ideas, planes, propósitos y actos que constituyen la *propaganda por el hecho*, defendida y propagada por él y sus cooperadores. «No admitimos—dice—otra actividad que la destrucción, cuyas armas pueden ser varias, puñal, veneno, nudo corredizo, pues la revolución lo santifica todo. Para conseguir nuestro objeto hay necesidad de una multitud de atentados y de empresas audaces hasta lo insensato, que llenen de espanto á los poderosos, reanimen la energía del pueblo, é infundan á éste la fe en la revolución.»

Estas y otras frases, que no queremos copiar por ser repulsivas en el mayor grado, pueden leerse en las *Cartas á un francés*, en la *Teología política de Mazzini* y la *Internacional*, y en *El imperio Knouto Germánico y la revolución social*. Ellas fueron prontamente recogidas y practicadas por los elementos menos sanos de los que forman las huestes anarquistas, por los para el mal predispuestos, por muchos de los llamados por Juan Grave para constituir un *Quinto Estado*. Apenas lanzada la idea tuvo su aplicación práctica: la *propaganda por la acción* no tardó en manifestarse en Alemania, en Francia, en Italia, en España y en América. Á ella responden numerosos y horribles atentados. De ella debe recaer todo el peso de la execración sobre el malvado, modelo de disipados, que la ideara.

La *propaganda por la acción* es la característica de la secta anarquista. Con tal propaganda se persigue la *Pan-destrucción*: ésta como fin, aquélla como medio. Hé ahí todo el programa del anarquismo. Desde el momento en que comenzó esa propaganda, ofuscando ó sobreponiéndose á la de la doctrina ó de la *idea*, comenzó también la verdadera vida de la secta. Antes, más que en otra cosa, se había manifestado en la lucha con Carl Marx, y en los trabajos de Bakounine para arrastrar, para conquistar á los internacionalistas. En

las huelgas de Lyon y en los sucesos de la *Commune*, cuyo programa fué redactado bajo la inspiración de las ideas anarquistas, se reveló cuál había de ser en lo sucesivo. De aquella fecha data su notoriedad: terminado el período de preparación, comenzaba el de acción.

Una secta que únicamente aspira á la *Pan-destrucción* y al caos, que deja detrás de sí ruinas y arideces, que entrega la sociedad futura al acaso, á los impulsos de la naturaleza humana, sin nada que los contenga y dirija, y que prepara el triunfo con la propaganda del *hecho*, no debería incluirse entre las que se dividen el campo socialista y comunista, entre las que, más ó menos equivocadamente, pero inspiradas por nobles y levantados sentimientos, se proponen resolver, y creen haberlo conseguido con sus respectivas teorías, el cada día más imponente y amenazador problema social; entre las que al efecto intentan cambiar las condiciones de la vida económica, política y social de los pueblos para mejorar la poco grata situación de la inmensa mayoría de los hombres, para dulcificar su existencia, para desarrollar sus facultades, y convertir á la humanidad en una inmensa familia donde el amor suceda á las rivalidades y á los odios, desaparezcan las miserias, se extingan los egoísmos, se dignifique y regularice el trabajo, colocándosele sobre sus naturales bases, se haga de la solidaridad un principio positivo, se distribuyan equitativamente los productos de las actividades, y el hombre, no teniendo ya que entregarse por completo á la ruda lucha por la vida, pueda, cultivando debidamente sus facultades, seguir la vía ascendente que el dedo de Dios le señala. El puesto que correspondería mejor al anarquismo sería entre las asociaciones que registran los anales de la delincuencia.

Su propaganda del *hecho* no es más que el crimen sistematizado; su *Pan-destrucción* no es más que el crimen en grande; y crímenes terribles, espantosos, friamente concebidos y con igual frialdad llevados á cabo constituyen su historia. En sus teorías no se descubre sino el odio y el engaño; en sus actos, nada más que la maldad. Si aparece en los escritos y las predicaciones algo que inspire simpatías, algo que pu-

diera hacer creer en un ideal humanitario, algo que semeje á una aspiración al bien general, ese algo se borra por la realidad: su negro estandarte, sus gritos de exterminio, sus repetidos hechos, concluyen con las ilusiones.

En un notable trabajo de Mr. A. Lenz se lee lo siguiente: «La propaganda anarquista se realiza de dos maneras esencialmente distintas. La propaganda del *hecho*, debida al anarquista ruso Netschagew, y predicada por el suizo Paul Brousse, recomienda la lucha contra la sociedad por medio de delitos que puedan provocar la mayor atención y agitación posibles. El asesinato, el incendio, el pillaje, en una palabra, la destrucción indeterminada de hombres y cosas deben producir, antecediendo á la ruina del Estado y á la anarquía, la demostración de la existencia del anarquismo, dándosela á conocer á los poseedores del poder y la riqueza. La noticia, difundida por todas partes por medio de delitos tan espantosos, constituye la propaganda de la doctrina anarquista por el hecho. El miedo y la inseguridad son los mejores medios de atraer al anarquismo á los partidarios de la doctrina del Estado actual. Los delitos anarquistas se caracterizan por su forma de ejecución y por su objeto. En los actos de violencia, cuyos efectos pueden extenderse á los atacados y á toda la sociedad, desempeñan un papel importante las materias explosivas. Como se trata de un delito *en abstracto*, el objeto del mismo es indiferente. Se buscan personas de alta posición para que el atentado sea más ruidoso, ó se procura, con igual objeto, que el número de víctimas sea grande.»

«Los discursos de los apóstoles de la libertad anarquista no se contraen á la exposición de la doctrina, sino que tras la argumentación sobre la miseria de los proletarios viene la apelación á las pasiones de las masas. Los discursos de los agitadores y las columnas de la prensa anarquista están llenos de excitaciones á la lucha contra la sociedad; son medios que como delitos deben castigarse en todas partes.»

Estos pasajes pueden ofrecerse como resumen de lo expuesto. Aun cuando en ellos se da á la propaganda *del hecho* un origen equivocado, pues si bien Netschagew y Brousse

la proclamaron, se debe á Bakounine, que fijó su verdadero alcance, que la sistematizó, que la dió forma y que sin descansar procuró llevarla á efecto, sirven para dar idea completa de su carácter y de su significación. Con mucho acierto hace notar Lenz que la propaganda anarquista tiene un carácter muy especial, y con no menor exactitud la divide en propaganda *del hecho* y en propaganda de *la idea* ó de la doctrina, señalando la labor de ésta en servicio de aquélla. Verdaderamente, atendiendo á la conexión entre ambas, á que mutuamente se apoyan, á que se complementan y contribuyen una y otra á la realización del mismo fin, á la destrucción de la sociedad actual, podrán ser consideradas como una sola. Prensa, discursos, agrupaciones y hechos, se compenetrán de tal modo que se hace muy difícil, ya que no imposible, separarlos. Su conjunto forma la vida del anarquismo militante, que es el que conmueve los ánimos, produce el desasosiego, siembra la alarma, excita la curiosidad científica, llama la preferente atención de los Gobiernos y motiva disposiciones legislativas y medidas de represión, más que preventivas, no siempre acertadas y eficaces. Vamos, pues, á estudiarlo, en especial con relación á España.

MANUEL GIL MAESTRE,  
ex juez decano de Barcelona.

(Continuará.)





# NOTICIAS DEL PÉNDULO

COMO APARATO GEODÉSICO (1)

---

## III

Eran, pues, los aparatos que acabamos de indicar el resumen en que se había dado forma á cuantos perfeccionamientos se habían hasta entonces ideado, y la determinación absoluta que hizo Borda de la pesantez en París debía considerarse como magistral; pero precisamente por esta misma circunstancia puso de relieve la deficiencia de los péndulos en que se persigue la similitud con el teórico, dando margen á que De Prony y Kater, iniciando una verdadera revolución en el procedimiento, concibieran sustituir al péndulo casi teórico por verdaderos péndulos *compuestos* ó *físicos*, como se les designa en mecánica, aprovechando el principio de la existencia en ellos del centro de oscilación, entrevisto y dado á conocer con el nombre de centro de *agitación* ó de *balance* por Mersenne en el año 1646, y cuya teoría fué por completo desarrollada por Huygens en el 73 de aquel mismo siglo.

Un péndulo compuesto ó físico está constituido, según

---

(1) Véase la pág. 73 de este tomo.

sabemos, por tantos péndulos simples como moléculas contiene, pero en él existe un punto en la perpendicular bajada desde su centro de gravedad al eje de rotación, que oscila de la misma manera que si estuviera aislado y concentrada en él toda la masa del cuerpo, y, por consiguiente, la distancia de este punto, que es el llamado centro de *oscilación*, al referido eje, dará la longitud del péndulo teórico ó simple isocrono al experimental ó compuesto.

Este punto goza de la propiedad de que si de él se suspende el péndulo del eje, el nuevo que así se constituye invierte en sus oscilaciones igual tiempo que el primero, y esta reciprocidad entre los centros de suspensión y de oscilación, que ha motivado que á dichos puntos se les llame *recíprocos*, fué la que inspiró á De Prony la idea de sustituir el péndulo casi teórico que venía empleándose por otro formado de una pieza metálica rígida y de gran masa, de conservación indefinida, en la que, por los procedimientos ordinarios, se pudiera medir con toda exactitud la distancia entre el punto de suspensión y el centro de oscilación, que hacía aparecer materialmente colocando en él un segundo cuchillo, y la cual distancia da la longitud del péndulo simple isocrono con el compuesto. Esta idea la desarrolló en una memoria que presentó al efecto á la Academia de Ciencias de Francia en 3 de Octubre de 1800, después de haber desechado, por sí mismo, la primera que concibió con motivo de las experiencias que con el péndulo debían hacerse para el establecimiento de una unidad de medida tomada de la naturaleza, y la cual consistía en sustituir el péndulo por una péndola de gran peso de fácil conservación, condición que era esencial, que pudiendo oscilar sobre ejes fijos paralelos y comprendidos en un mismo plano que pasase por el centro de gravedad del aparato, permitía calcular la longitud de tres péndulos isocronos, deducida del momento de inercia del sistema, obtenido por la determinación de la duración de las oscilaciones sobre dichos ejes.

No fué la idea de De Prony bien acogida en un principio á pesar de que Bohnenberger daba á conocer también en 1811 en su tratado de astronomía, cómo la teoría de recípro-

ciudad entre los centros de suspensión y de oscilación de un péndulo compuesto proporcionaba el medio de obtener, por modo inmediato, la longitud del simple que le fuera isocrono, haciendo constar á la vez que el error en que se pudiera incurrir, por el defecto de construcción ó de conservación en la situación del centro de oscilación, podía ser eliminado determinando, en función de cantidades conocidas, la diferencia relativa en las duraciones que por consecuencia de dicho defecto, tendrían las oscilaciones del referido péndulo en posición directa é inversa, y á pesar también de que Kater, encargado por el Comité de pesas y medidas de Londres de determinar la longitud del péndulo que bate segundos, construyera un aparato sujeto á la teoría de Bohnenberger, y primero en que se vió realizada la idea de De Prony, pues no se vió que respondieran los resultados prácticos á lo que de aquella teoría se esperaba.

Componíase este péndulo de Kater, al que Schumacher dió el nombre de *péndulo de inversión*, de una regla delgada de latón con unos taladros de forma triangular á la inmediación de cada extremo, en los que encajaban dos cuchillos de acero *wootz*, dispuestos de manera que en la arista de uno se encontrase el centro de oscilación del péndulo cuando estaba suspendido del otro, y alrededor de los cuales cuchillos debían efectuarse las oscilaciones sobre un plano de ágata bien fijo y nivelado, y con el objeto de que el centro de gravedad de este aparato estuviese distanciado convenientemente del de oscilación, ajustábase á la regla, en contacto con el cuchillo que no se empleaba en la suspensión, un disco macizo también de latón, entre cuyas caras paralelas pasaba la citada regla, pudiendo adicionársele un pequeño peso con el fin de que, modificando el momento de inercia, se pudiera conseguir igual duración en las oscilaciones al efectuarse éstas alrededor de uno ó de otro cuchillo. La comparación del tiempo se hacía con el auxilio de un reloj astronómico por el método ya expuesto de coincidencias, y la longitud de la regla determinábase por tanteos, aunque regulares empíricos, por la distancia entre las aristas de los cuchillos con el auxilio de microscopios micrométricos, pero como

para que pudiesen ser vistos era preciso que estuviesen iluminados, y la iluminación puede conseguirse haciendo que el cuchillo aparezca claro sobre fondo obscuro ó, inversamente, obscuro sobre fondo claro, y efectuando la medición en cada caso le resultaba una diferencia constante entre ambas de 11,50 micrones, Kater, limitándose á señalar el fenómeno, aunque sin darle explicación, eludía la dificultad tomando el promedio de las medidas con dichos dos sistemas de iluminación, el primero de los cuales sistemas realizaba iluminando, con el auxilio de un espejo plano convenientemente dispuesto, la cara superior del cuchillo, de manera que éste reflejase la luz en la dirección del eje óptico del microscopio, y el segundo colocando simplemente debajo de la arista, en el campo del microscopio, una hoja de papel blanco.

En el mismo aparato que acabamos de describir, y sin otra variante que la supresión del cuchillo inmediato á la péndola, consistía el péndulo *invariable* de Kater, destinado á la determinación de la pesantez relativa; pero, como ya hemos dicho, de una parte, lo largas y enojosas que con él eran las observaciones, y de otra, el entusiasmo con que fué acogido el péndulo de Borda, dió lugar á que éste no fuera por aquél suplantado, y á que, muy por el contrario, se pensase en eliminar los defectos que al estudiarlo resaltaban. Y siendo punto capital la determinación exacta de su longitud, el Marqués de La Place, analizándolo y con arreglo á principios anteriormente sustentados por Euler, observó que no siendo de hecho el filo del cuchillo de suspensión, una arista geométrica determinada por la intersección de dos caras laterales, sino realmente una superficie cilíndrica que al girar rueda sobre el plano de suspensión, dicha longitud no podía decirse fuera la distancia del extremo del péndulo al referido plano, pues que el centro del movimiento estaría más ó menos elevado sobre él y cambiaría además á cada momento, en el caso más probable de que tampoco la superficie cilíndrica fuese de base circular.

Bessel, al tratar de eliminar esta causa de error, por el procedimiento seguido ya de antiguo por Whitehurst, de determinar dicha longitud por la diferencia existente

entre dos péndulos de igual manera suspendidos, observó otra mayor, hasta entonces no tomada en consideración en las determinaciones de la pesantez, debida á la pérdida de fuerza motriz del movimiento, por ser en parte empleada en mover, á la vez que el péndulo, porción del aire que le rodea, observación hecha ya por Du Buat de una manera general y comprobada por experiencias de que daba cuenta en la obra *Principes d'Hydraulique* (París, 1786). Ambos reconocían como insuficiente la corrección llamada Bouguer, y ambos atribuían á distinta causa que la que daba lugar á ésta, la nueva que debía introducirse como resultado de sus experiencias, pero sin dar explicación satisfactoria de su origen; la masa de aire adherida á la superficie del péndulo y puesta en movimiento con él, que era una imagen de explicación del fenómeno para Bessel, era para Du Buat hecho seguro y efectivo, en armonía con lo que en hidráulica ya se llamaba *proa y popa fluida*, y este fenómeno, de cuya causa Poisson no pudo dar demostración satisfactoria, fundándose en los principios generales de hidrostática, lo explicó Stokes de una manera general en su teoría hidrodinámica de resistencia de los fluidos, admitiendo en ellos, además de la viscosidad, la existencia de un frotamiento interior cuando se les pone en movimiento, dependiente de la intensidad de aquélla, pero de distinta naturaleza, de la cual teoría, ya expuesta en los tratados de mecánica, resulta que, aunque la pérdida de fuerza viva que hace experimentar á un péndulo en movimiento la resistencia del aire, afecta sólo á la amplitud de las oscilaciones, sin influencia alguna, ó con ella, pero de orden muy inferior en la duración, según se tome por ley que rige á esta fuerza la de ser proporcional al cuadrado de la velocidad ó simplemente á la misma, como al moverse dichos péndulos en el aire, arrastran en parte, adheridas á la superficie, partículas de este fluido, á semejanza del canastillo formado de burbujas de agua que levanta y encadena á su proa todo barco que surca los mares, estas partículas de aire ó de agua que, resbalándose por las caras laterales ó costados con una velocidad relativa de signo contrario, aunque inferior á la de los cuerpos en movimiento, forman de-

trás de ellos una estela en que las moléculas fluidas se mezclan con velocidades muy variables, acrecentan por modo sensible la fuerza viva del sistema y, por lo tanto, afectan á la duración de las oscilaciones del péndulo.

#### IV

Se hacía, pues, indispensable introducir una nueva corrección, por esta causa, al determinar la longitud del péndulo, y recurrióse, por consiguiente, á experiencias semejantes á las efectuadas para la corrección hidrostática de Bouguer, según la materia y la forma de los aparatos que se empleasen, y estas experiencias para conocer el valor de esta corrección, que podemos llamar hidrodinámica, efectuada con anterioridad á la teoría de Stokes, por Sabine y por Baily y continuada después por Bessel, pusieron de manifiesto que la influencia del frotamiento interior de las moléculas fluidas, dependiente sólo de la forma y dimensiones del cuerpo oscilante y naturalmente de la naturaleza del fluido, era la misma para un cilindro que para una esfera y mayor á medida que era menor el diámetro de estos cuerpos, resultando, en su consecuencia, tanto más defectuoso el péndulo que más se aproximase al teórico.

Era, por otra parte, muy delicado y complejo el problema de la determinación de esta corrección, y aunque para eliminar esta causa de error juzgóse como medio el más radical hacer oscilar el péndulo en el vacío, como las observaciones efectuadas de esta manera implicaban no pocas complicaciones, sin dejar por esto completa certidumbre sobre la exactitud de los resultados, por la imposibilidad de obtener el vacío absoluto, y porque, habiendo sólo algunas partículas del aire adheridas á la superficie del péndulo, no se podía formular de una manera rigurosa la ley de la corrección correspondiente, pensóse de nuevo en el empleo del péndulo de Kater, en el que, á su vez, quedaban en pie los defectos inherentes de toda suspensión de cuchillo, de no poderse considerar los filos de éstos como líneas matemáticas y, por

consiguiente, idénticas, por delicada que fuese su construcción y por insignificante el desgaste, por el uso y la alteración, por la influencia atmosférica, y el de ser vistos en distinta situación á través de los microscopios, según se proyectasen sobre fondo claro ú obscuro, hecho atribuído por unos al fenómeno óptico que contrae ó aumenta las imágenes obscuras ó iluminadas, en cada uno de estos casos, y por otros á un error puramente personal, justificando en ambos supuestos el procedimiento por el mismo Kater iniciado, de tomar el promedio de estas observaciones.

Pero el ingenio de Bessel salvó gallardamente estas dificultades que parecían insuperables, recurriendo al sistema de inversión de Bohnenberger, con un péndulo simétrico de ejes recíprocos suspendido por cuchillos intercambiables, sujetos á las extremidades de un árbol á cuyo eje eran perpendiculares, y más allá de los cuales cuchillos se hallaban sendos discos de volumen considerable, macizo uno y hueco el otro, para que resultasen de distinto peso, condiciones de péndulo con las cuales fué construído algunos años después por Ropsold, en Hamburgo, con variantes de forma, el primer aparato de este género, con arreglo á los principios por él expuestos en su *Astronomische Nachrichten* en 1849, después de haber estudiado sin merecerle aceptación, por lo complicado de su construcción mecánica que hacía muy enojosas las observaciones, un péndulo propuesto por *Finger* llamado de *conmutación*, el cual péndulo, que no tenía sino un solo cuchillo, estaba basado, según su mismo nombre indica, en una conmutación de las masas, que venía á reemplazar la inversión, y con la que por medio de disposiciones especiales en las experiencias quedaba eliminada la influencia del aire.

Estos péndulos de inversión, que fueron construídos por Ropsold son de dos tipos distintos, ó mejor dicho, de dos dimensiones diferentes, puesto que en el fondo no varían, y sólo difieren en que en el uno la longitud del péndulo, propiamente dicho, es de un metro próximamente, y en el otro excede muy poco de medio, que dan lugar á oscilaciones de duración de uno y tres cuartos de segundo respectivamente,

y en los que las demás partes que componen el aparato, que son: *comparador regla-métrica* y *trípode ó soporte*, están contruídos naturalmente en tamaño proporcional.

El péndulo, según exige el principio fundamental de la inversión, es perfectamente simétrico con relación á un plano perpendicular á su eje de figura en su punto medio, y se compone, describiéndolo sólo á grandes rasgos, de un tubo de latón á cuyas extremidades están fijos dos discos del mismo metal y forma, macizo el uno y hueco el otro, al objeto de que la preponderancia de una de aquéllas separe el centro de gravedad del de figura, rebasando á los cuales discos, el tubo está terminado por unas pequeñas puntas constituídas por conos bastantes aplastados, y antes de los cuales está cortado para dejar paso á los cuchillos de suspensión, que quedan sujetos por un sistema de montura muy ingenioso que permite la intercambiabilidad, sin perjuicio de la estabilidad. El comparador se compone también de un tubo terminado por un remate que le facilita el giro y á cuyos extremos van unidos dos microscopios provistos de aparatos micrométricos que permiten apreciar en la regla métrica hasta la décima del micrón, estando también esta regla formada por otro tubo semejante, en cuyos extremos lleva dos piezas del mismo metal en donde están grabadas en plata y en el mismo plano de simetría las subdivisiones métricas, montándose estos tres elementos, que constituyen esencialmente el aparato, en el trípode, formado por tres tubos, en cuya cabeza ó platina superior va, formando con ella cuerpo, el brazo que contiene el *plano de suspensión* del péndulo, y en la basa ó inferior, y correspondiendo á este plano, un arco graduado y los apoyos del comparador y la regla.

Y entre las partes accesorias que acompañan al péndulo, cuales son: reflectores, niveles y termómetros, etc., figura en primer término el aparato destinado á determinar la situación del centro de gravedad del péndulo que en principio consiste en un doble cono circular, sobre cuya generatriz superior ha de quedar aquél en equilibrio, existiendo además como instrumentos auxiliares para la medida de tiempos los reguladores y cronógrafos, pues, según hemos visto, para la determi-

nación de la duración de la oscilación se compara un cierto número de oscilaciones de los péndulos al número de las que hace en el mismo tiempo un regulador cuya marcha sea conocida.

El método de observación de coincidencias que á este objeto se seguía y que hemos descrito, haciendo la versión española de como lo expuso Boscovich en su obra latina, surgió á Bessel la sospecha de que la proximidad del péndulo y el reloj, fijos en el mismo muro, podría favorecer una acción recíproca que perturbara de una manera apreciable el movimiento del péndulo, y á fin de evitarla y de que no pudiera ejercerse esta influencia ni aun por el intermedio del aire, este sabio autor de la geodesia moderna, distanció dos metros el péndulo experimental del reloj de comparación, colocó en la varilla del primero, hacia su parte media, un pequeño cilindro llamado de *coincidencias*, y á la extremidad inferior de la péndola del reloj una especie de pantalla negra con una abertura igual exactamente al cilindro; de suerte que, colocando detrás del péndulo una banda de papel negro también, con una flecha blanca vertical de igual longitud que el mencionado cilindro y una lente entre éste y la pantalla, que produce en el plano de ella una imagen del cilindro y la flecha, un antejo, que Bessel colocaba á diez metros del reloj, le permitía observar al mismo tiempo la abertura, el cilindro y la flecha, que en estado de reposo coinciden y aparece negro el campo del mismo, y en movimiento péndulo y péndola, si á su paso por la vertical van separados, se nota en cada oscilación, á través de la abertura de la pantalla, toda ó parte de la flecha, que desaparece cuando pasan juntos, siendo éste el principio de una coincidencia, y el fin cuando aquélla vuelve á empezar á aparecer, instantes cuyo medio da la hora de la coincidencia. Mas no por ser este el método de observación ideado por Bessel para la comparación del tiempo, fué el seguido con el aparato de su invención construido por Bepsold; se adoptó generalmente en su lugar el que ha sido designado con el nombre de *método de pasos*, que consiste en observar el paso del péndulo en movimiento, por detrás del hilo vertical del retículo de un antejo, colocado á

cierta distancia de aquél, perpendicularmente á su plano de oscilación y en coincidencia perfecta, en estado de reposo, el citado hilo y una ligera señal hecha en el péndulo, de manera que observados y registrados con el auxilio del cronógrafo, que hemos dicho existe como instrumento auxiliar, un cierto é igual número de pasos al principio y al fin de una serie se determina, aproximadamente, por ellos la duración de la oscilación.

Sin embargo, adecuadamente modificado por Vogel, también ha sido empleado el sistema de coincidencias en el aparato de Repsold. Consistió esta modificación en la supresión del cilindro llamado de coincidencias y de la lente intermedia entre éste y la pantalla, cuya abertura redujo á poco más de un milímetro, y en colocar una segunda pantalla fija y con idéntica abertura detrás de la móvil de la péndola, y arregladas en forma que, en reposo esta última, y por lo tanto vertical, la imagen de ambas en el campo de un anteojo situado detrás de la fija, se superponen y permiten ver por sus aberturas el arco dividido y la punta del péndulo convenientemente iluminados por medio de una combinación de lentes y espejos. Claro es, por consiguiente, que en movimiento sólo se verá por el anteojo, y por impresión instantánea de luz, el arco y la punta del péndulo cuando la péndola pase por la vertical, pudiendo rápidamente leerse la graduación correspondiente, y si se elige como instante de la coincidencia, el momento en que el péndulo se encuentre en el cero, desde este instante á otro análogo se habrá perdido ó ganado una oscilación, y, en general, visto el péndulo en dos posiciones equidistantes del cero, se puede, para tener el instante exacto de la coincidencia, interpolar los tiempos proporcionalmente á las distancias.

El péndulo rígido de forma invariable concebido por Kater, y con el cual hizo su autor varias determinaciones de la intensidad relativa de la pesantez en estaciones geodésicas de la Gran Bretaña, fué desde su invención muy usado, llegándose á construir hasta trece aparatos, copia con ligeras variaciones del primer modelo; pero hechas estas observaciones, que se sucedieron casi hasta mediados del siglo actual,

sin la necesaria unidad en el procedimiento, ni siquiera en el concepto teórico de lo que constituye un péndulo invariable, todas ellas resultaban de escaso ó ningún valor científico, motivo sin duda de que fueran interrumpidas durante un espacio de tiempo que alcanza veinte años, á pesar de que por aquella misma época, en que más en apogeo estuvo el péndulo invariable de Kater, el ingeniero Bucheporn dió á conocer una especie de aparato manométrico de su invención destinado al objeto de poder determinar estas intensidades relativas, y primero en el que se prescinde para este fin de la teoría del péndulo.

R. MÉNDEZ DE SAN JULIÁN,

Oficial de Artillería y Geodesta del Instituto Geográfico.

*(Continuará.)*





## EL CRITICISMO DE KANT

Y LA DOCTRINA DEL DOCTOR ANGÉLICO

---

La verdad á fuer de tal es invariable; por eso no debe extrañar que á doctrinas nuevas se opongan viejas doctrinas, si éstas son verdaderas. Y hé aquí dicho lo suficiente para que á nadie sorprenda el título del presente trabajo: el criticismo de Kant, nacido al finalizar el siglo XVIII, refutado por un escritor del siglo XIII. Porque si bien Santo Tomás de Aquino no conoció las doctrinas de Kant, ni pudo, por lo tanto, hacer de ellas una refutación directa, se elevó, sin embargo, en alas de su genio á las más altas regiones de la metafísica, y penetró con mirada de águila los secretos de nuestro ser y de nuestras operaciones, por lo cual, al exponer la doctrina verdadera respecto de estos puntos, legó á la posteridad en sus libros un arsenal de armas poderosísimas para refutar victoriosamente todos los errores que aparecerán en el transcurso del tiempo pretendiendo oscurecer el brillo de la verdad por él defendida.

Mas no se crea que al rechazar por erróneas las doctrinas del filósofo de Koenigsberg regateamos nuestra admiración á su claro talento. Justo es ante todo pagar tributo de admiración al genio.

La filosofía al terminar el siglo pasado no podía encontrarse en mayor estado de postración. Atacados por Hume los principios fundamentales de la metafísica, negada la espiritualidad del alma por los escritores de la Enciclopedia, confundidos lastimosamente por Locke y Condillac la sensación y el pensamiento, todo auguraba la ruina de los estudios filosóficos, corroídos por el más grosero materialismo, cuando apareció la gigantesca figura de Kant, que comunicándoles vigorosa sacudida los libró de un completo desastre al abogar incesantemente por el espiritualismo. Éste es el indiscutible mérito de Kant, que le hará eternamente célebre en los fastos de la filosofía.

¡Pero ojalá que se hubiera contentado con refutar el sensualismo reinante, y que, dominado por el prurito de originalidad, no hubiera enseñado un sistema tan absurdo como pernicioso!

No tuviera entonces la historia sino elogios y laureles para el pensador de Koenigsberg, ni se vieran precisados los doctos á descargar los golpes de su justa censura sobre un talento por otros conceptos grande é ilustre.

Kant, sin embargo, llamando á examen los sistemas filosóficos hasta entonces enseñados, los rechazó por absurdos é insustanciales, sustituyéndolos con su famoso *criticismo*, que tan perniciosa influencia ha ejercido en la filosofía contemporánea. Porque del sistema de Kant proceden las doctrinas panteísticas de Fichte, Schelling y Hegel; de Kant deriva el eclecticismo de la escuela francesa capitaneada por Cousin; de Kant provienen el positivismo y escepticismo que invaden la enseñanza, y si atentamente lo consideramos, casi todos los errores filosóficos que hoy oscurecen el brillo de la verdad en Kant encuentran su genealogía más ó menos directa.

Con objeto de proceder más metódicamente en la sucinta refutación que pretendo hacer ahora del *criticismo kantiano* con los principios del Doctor Angélico, expondré primero las doctrinas del filósofo alemán, aunque muy brevemente en atención á que son hoy tan conocidas que han pasado á ser uno de los lugares comunes de la ciencia.

La filosofía, según Kant, ha de ser esencialmente crítica y trascendental, ó lo que es lo mismo, ha de comenzar por el examen de los fundamentos primitivos y del valor real de sus afirmaciones y negaciones, para lo que es preciso hacer una crítica especial de las facultades cognoscitivas en todas sus fases y formas, discutiendo y fijando la posibilidad, las fuentes y las condiciones del humano conocimiento. Kant, por lo tanto, conforme á este principio, empieza por hacer un estudio crítico del conocimiento humano en la *Crítica de la razón pura*, libro capital entre los suyos, que comprende tres partes: *Estética trascendental*, que estudia la facultad de sentir; *Analítica trascendental*, que examina el entendimiento, y *Dialéctica trascendental*, que es la crítica de la razón.

El conocimiento humano, considerado en general, dice el filósofo de Koenigsberg, que se compone de un elemento empírico y sensible y de otro racional y apriorístico, de intuiciones sensibles que son su *materia* y de conceptos é ideas que son su *forma*, así como también el fundamento y razón suficiente de la universalidad y necesidad que posee el humano conocimiento en cuanto científico ó ciencia. Mas para que las sensaciones ó intuiciones sensibles puedan constituir el conocimiento científico es menester que se formulen en juicios, lo cual hace el entendimiento, que por lo mismo debe llamarse facultad de juzgar. Además de los juicios analíticos admite el filósofo alemán otros llamados sintéticos, en algunos de los cuales la adición del predicado al sujeto tiene por base la experiencia, mientras que en los restantes esta adición se verifica *à priori* y con entera independencia de los sentidos.

Á esta última clase de juicios es á los que Kant llamó *sintéticos à priori*, y en ellos, según el autor de la *Crítica de la razón pura*, consiste única y exclusivamente la ciencia, toda vez que los analíticos nada nuevo enseñan por no ser otra cosa que la definición del sujeto, al paso que los *sintéticos à posteriori* ó experimentales carecen de la universalidad y necesidad que el conocimiento científico requiere.

Después de hacer esta observación preliminar, pasa Kant á investigar las condiciones en que tienen lugar los juicios

sintéticos *à priori* y el valor que debe concedérseles, y en esta investigación consiste la esencia del criticismo kantiano.

Partiendo Kant de un hecho de conciencia, del *yo*, los primeros fenómenos que se le ofrecen son las sensaciones y las representaciones internas que de ellas resultan. El fin principal de las sensaciones es suministrar al entendimiento los materiales para la formación de los conceptos intelectuales, pero ni aun en el orden sensible dimana todo de la experiencia, sino que hay un elemento *à priori* preexistente en nuestro espíritu. Este elemento se halla representado por el espacio, forma general de las representaciones externas, y por el tiempo, forma y condición de la experiencia interna; de manera que el espacio y el tiempo deben considerarse como formas puramente subjetivas é intuiciones anteriores á todo ejercicio de la sensibilidad.

De aquí se sigue que cuando trasladamos al exterior lo que llamamos extensión ó afirmamos que hay en las cosas una sucesión real, atribuimos á éstas una cosa que no les pertenece, un hecho puramente subjetivo, y, por consiguiente, que todo esto que llamamos mundo corpóreo se reduce á un conjunto de representaciones internas á que damos sin razón un valor objetivo, puesto que lo que percibimos por medio de las facultades sensitivas no son las cosas en sí mismas, sino las cosas en cuanto aparecen en las formas internas del espacio y del tiempo.

Kant, según se ve, sienta en la *Estética trascendental* las bases de la tesis escéptico-idealista, la cual recibe completo desarrollo en la *Analítica trascendental* ó crítica del entendimiento puro.

Además de la facultad de sentir, admite el filósofo de Königsberg el entendimiento ó facultad de concebir; la primera es una receptividad que nos ofrece los objetos en intuiciones, y la segunda una actividad que los concibe. Las intuiciones sensibles subjetivadas ya de antemano por las representaciones del espacio y del tiempo, al pasar al dominio del entendimiento puro, reciben de éste ciertos moldes ó formas preexistentes, bajo las cuales se agrupan y ordenan,

resultando de esta unión los conceptos puros de las cosas, á la manera que de la unión de las impresiones sensibles con las formas del espacio y del tiempo resulta la intuición sensible ó sensación.

Estas formas, puramente subjetivas, que constituyen las categorías, no son, en realidad, otra cosa que el número de los predicados posibles de un objeto, y cómo los juicios acerca de los objetos pueden versar sobre su cualidad, su modo de ser, su cantidad y sus relaciones, se sigue que las categorías fundamentales son cuatro, á saber: *cantidad, cualidad, relación y modalidad*, cada una de las cuales comprende á su vez otras tres, que son: *unidad, multitud y totalidad*, con respecto á la cantidad; *realidad, negación y limitación*, respecto de la cualidad; *sustancialidad inherencia, causalidad dependencia y concurrencia ó simultaneidad*, respecto de la relación; y, por último, *posibilidad, existencia y necesidad* con sus tres contrarios respecto de la modalidad.

Tal es el cuadro completo de las categorías que Kant sustituye al de Aristóteles, rechazando de la lista de predicamentos dada por éste todos los que se fundan en datos empíricos. Estas doce categorías son, según Kant, conceptos *à priori*, formas puras del entendimiento y condiciones *sine quibus non* de la experiencia. En resumen, los predicados de nuestros juicios, aun hablando de aquellos que se refieren á cosas sensibles, carecen de valor objetivo; y por lo tanto, todos aquellos juicios en que entran dichos predicados nada pueden enseñarnos acerca de las cosas en sí, ó sea del *nóumeno*, que es y será para nosotros perpetuamente incognoscible, sino solamente del *fenómeno*.

Una vez sentada esta doctrina, la ruina de toda realidad no puede ser más completa; la *Estética trascendental* sólo nos autorizó para decir: de esta manera nos representamos los objetos, y lo único que la *Analítica trascendental* nos enseña de nuevo es el modo con que concebimos los objetos de la intuición.

El autor de la *Crítica de la razón pura* distingue, como es sabido, entre el entendimiento y la razón, y al estudio de esta última facultad dedica la *Dialéctica trascendental*.

La razón tiene también, según Kant, concepciones propias y peculiares, llamadas ideas, las cuales reducen á unidad los conceptos intelectuales. Porque á la manera que las categorías son las formas subjetivas en que se coordinan y ordenan las intuiciones sensibles, así también las ideas son como ciertos moldes más elevados en que se agrupan y ordenan las categorías ó nociones de las cosas, que constituyen los juicios. Juntando y aplicando á los actos internos las categorías de sustancia y de causa resulta la idea de *alma*, y reuniendo y aplicando á los fenómenos externos las categorías de ser, sustancia, totalidad, limitación y dependencia resultan las ideas del *mundo* y de *Dios*. Cada una de estas tres ideas es base de una ciencia psicológica, cosmológica y teológica, ciencias trascendentales del alma, del mundo y de Dios; pero sin que ninguna de las tres ideas dichas tenga valor objetivo, como no le tienen las formas de la sensibilidad ni los conceptos intelectuales. Y Kant, poseído del vértigo de la destrucción, pretende demostrar que á los ojos de la razón pura, la tesis cosmológica, la tesis psicológica y la tesis teológica son un tejido de paralogismos y de antinomias insolubles.

Nosotros no conocemos sino nuestras modificaciones, las formas subjetivas del conocimiento, pero ignoramos por completo la existencia de los objetos, que serán siempre para el espíritu una *X* insoluble y eterna. Por lo tanto, Kant rechaza los argumentos con que los más insignes metafísicos han probado la existencia de Dios y la existencia y propiedades del alma, diciendo que todo se puede demostrar y negar, ó mejor dicho, que no se puede negar ni demostrar nada por tratarse de *nóúmenos* inaccesibles á las facultades cognoscitivas.

La lógica inflexible del filósofo de Koenigsberg le había conducido, como vemos, al idealismo más absoluto y al escepticismo más desesperante, hasta el punto de que el mismo Kant, asustado de su propia obra y aun á precio de ser inconsecuente, trata de levantar en la *Crítica de la razón práctica* ó de la voluntad lo que había destruído en la *Crítica de la razón pura*. Así, después de sentar el imperativo

categorico: «obra de manera que la máxima de tu voluntad pueda servir al propio tiempo como principio de legislación universal», establece en tres postulados la existencia de Dios la libertad humana y la inmortalidad del alma; de modo que Kant nos dejó escrita en la *Crítica de la razón práctica* la refutación más completa de su primera obra, y es que en el pensador de Koenigsberg, como escribe el Sr. Menéndez Pelayo, «había dos hombres que se concertaban como podían: el filósofo crítico, inexorable con su agudeza dialéctica, y el filósofo ético, para quien la grandeza de la ley moral grabada en nuestros corazones no era menor que la del cielo estrellado (1).

Al leer las líneas que anteceden se llena el ánimo de extrañeza y no se acierta á comprender cómo un sistema tan absurdo y pernicioso ha podido ejercer tanta influencia y hacer tan numerosos prosélitos entre los sabios; porque si bien lo consideramos, el criticismo de Kant se reduce á un conjunto de errores á cual más nocivos, y lo poco bueno que en él se encuentra son principios que habían sido enseñados por los escolásticos, y sobre todo por Santo Tomás de Aquino, mucho antes de que apareciera la *Crítica de la razón pura*. Pero aun estos mismos principios los interpreta torcidamente el filósofo de Koenigsberg, porque «después de haber seguido á Santo Tomás al establecer la distinción y superioridad de la inteligencia sobre la sensibilidad; después de haber reconocido como él la existencia de estas dos facultades primitivas del espíritu humano, sin confundirlas ni identificarlas; después de haber señalado la línea que separa el orden sensible del puramente inteligible, Kant, exagerando aquí, como en otros puntos, la doctrina de Santo Tomás y separándose repentinamente de éste, subordina completamente el orden inteligible al orden sensible y exagera la influencia y relaciones de la sensibilidad sobre el origen, naturaleza y

---

(1) En el discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, que se titula: «Orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant».

desarrollo del conocimiento intelectual, para llegar por último á la negación de todo valor objetivo de las ideas ó conceptos del entendimiento puro, fuera de las intuiciones de la sensibilidad» (1).

Mas no es sólo el idealismo la consecuencia lógica del criticismo kantiano, sino que el mismo sensualismo encuentra su sanción en Kant, cuando dice que nuestros conceptos sólo tienen algún valor en el caso de referirse á intuiciones sensibles (2).

En el sistema de Kant se halla también afirmado el ciego instinto de Reid, porque ciego instinto intelectual lleva á nuestro entendimiento, según Kant, á formar los juicios *sin-téticos á priori*, en los que ni por la experiencia ni por la razón consta de la conveniencia ó no conveniencia del predicado con el sujeto; aun el innatismo de las ideas, sostenido en otro tiempo por Platon, tiene cabida en el sistema kantiano, toda vez que innatas son para el citado filósofo las formas subjetivas, esenciales en todo conocimiento; y, finalmente, del criticismo kantiano fluyen por lógica y terrible consecuencia el ateísmo, el materialismo y el nihilismo, porque todo se puede demostrar, según Kant, todo puede negarse impunemente, hasta la existencia del mundo y la del Hacedor Supremo.

Si punto por punto examinamos ahora las funestas doctrinas del pensador de Koenigsberg á la luz de los principios del Doctor Angélico, veremos que nada se sostiene en pie y que las teorías que Kant presenta como descubrimientos de región desconocida en el mundo filosófico no son sino ab-

---

(1) *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, por Fray Z. González, libro V, cap. 21.

(2) El primero que acusó de sensualismo las teorías filosóficas de Kant, fué Balmes, en el cap. 12 del lib. IV de su egregia *Filosofía fundamental*, acusación que, después del filósofo de Vich, han formulado y probado casi todos los que de crítica filosófica han escrito. D. Patricio Azcárate trata de defender de dicha acusación al pensador de Koenigsberg en el tomo III de sus *Sistemas filosóficos*, pero sin razones sólidas, porque la doctrina de Kant es realmente sensualista, como veremos más adelante.

surdos inadmisibles que, si revelan en Kant un gran talento, es tan sólo un talento extraviado y fuera de las rectas vías de la verdad y de la fe (1).

ELOY BULLÓN FERNÁNDEZ.

(Continuará)

---

(1) El criticismo de Kant ha producido por parte de la filosofía ortodoxa contemporánea una vigorosa protesta, y los más eminentes filósofos lo han refutado en sus escritos. Merecen especial mención y son dignos de leerse: Balmes, en la *Filosofía fundamental*, principalmente en el libro IV; el Padre Fernández Cuevas y el P. Mendive, en sus respectivos tratados de *Psicología*; el Emmo. Cardenal P. Z. González, en la *Historia de la filosofía*, t. III y en los *Estudios sobre Santo Tomás*, t. III, cap. 21; el P. Van der As, en su *Lógica*; el sabio jesuita alemán Tilman Pesch, en los *Grandes arcanos* y en las *Institutiones phylosophiæ*, y por último, el docto catedrático español de la Universidad gregoriana, Juan José Urraburu en su voluminosa obra de filosofía, particularmente en el t. II de la *Psicología*.





# ESTUDIOS Y ESTUDIANTES

---

## EL INGENIERO DE MINAS

### I

Acertada es la idea de abrir en la REVISTA CONTEMPORÁNEA una sección destinada á trazar, en una serie de artículos, los caracteres distintivos y condiciones principales de ese conjunto de profesiones científicas y literarias que vulgarmente llamamos *carreras*. Porque aumenta de un modo tan extraordinario el contingente de los jóvenes que se dedican al trabajo puramente intelectual, de los que quieren vivir del cultivo y ejercicio del entendimiento, que la competencia va siendo durísima, y aquellos que no poseen suficientes bríos y armas bien templadas para la lucha por la vida en el terreno que han escogido, ó no pueden entrar en liza, ó si lo hacen, caen rendidos, aniquilados, vencidos. El *declassé*, es decir, el caballero pobre, va formando en todos los países una verdadera clase, casi tan desgraciada, aunque sus dolores sean distintos, como los antiguos esclavos, y tal vez más que el proletariado moderno, y no tiene duda que los letrados ó personas instruídas sin ocupación son los que más contin-

gente aportan á sus filas. Ya se han preocupado algunos sociólogos y pensadores, como Max Nordau, de este nuevo problema social, preguntándose qué perturbaciones y desdichas nuevas podrán venir á la sociedad del engrosamiento de clase tan singular, formada de señoritos desvalidos, doctores sin trabajo, empleados sin empleo y caballeros postulantes.

Imposible parece que mal tan lamentable tenga remedio, ni siquiera puede irse á la mano en su desarrollo; mas en lo que toca á las profesiones mucho se conseguiría si cada cual consultase, para emprender y proseguir los estudios de una carrera, algo más que la vanidad, el afán de huir á toda costa del trabajo manual, el brillo un tanto chafado y pálido de ciertos títulos académicos y la obsesión de lograr á toda costa una patente, que luego resulta ilusoria las más veces, para alcanzar riquezas y honores. Bueno es que cundan la ilustración y la cultura, y ojalá los hombres todos lleguen pronto á ser capaces de gustar los placeres intelectuales y estéticos; pero no se vislumbra, al menos en muchos siglos, la posibilidad de que todas las gentes sean letradas y hagan del saber una profesión. Hora es de que cada uno estudie seriamente sus facultades y sus aptitudes, antes de determinarse á emprender tal carrera literaria ó científica y de que preceda á su elección un conocimiento suficiente de la índole y dificultades de las diversas profesiones, para descubrir á cuál nos llama la vocación y si en ella podremos valernos y ser hombres verdaderamente útiles á la sociedad y no sus parásitos.

Aparte de esto, no me parece, por otras razones, que es del todo inútil llamar la atención general acerca de los caracteres típicos, organización y fines de ciertas profesiones modernas, menos conocidas ordinariamente que las clásicas que ha muchos siglos se forman en Universidades y colegios.

Yo tuve ocasión de tratar á un Gobernador de provincia, por cierto excelente sujeto, que habiendo vivido en el mundo de la política menuda y lejos de las comarcas industriales de nuestro país, tenía de muchas cosas, por ejemplo, de

una mina, ideas sumamente confusas, y al encargarse del mando de una provincia minera supo, con cierta sorpresa, que existía allí, dependiente de su autoridad, un servicio oficial de ingenieros de Minas, dedicado sabe Dios á qué, porque él no tenía más noticia que de los ingenieros de Caminos, únicos ingenieros para él, pues, eso sí, sabía que el Estado corre con las carreteras y con los puertos y que alguien los construye y cuida de ellos. No quiero yo mostrar con este ejemplo que hay Gobernadores que parece que han vivido en el limbo, porque, á la verdad, es tan compleja la vida moderna, que considero difícil, aunque le nombren á uno Gobernador, conocer sin más ni más toda la intrincada red de especialidades profesionales que surgen y se desarrollan en nuestra civilización. ¿Hay, por ejemplo, muchos que sepan bien que existen ingenieros agrónomos, de creación reciente, cuál es su misión oficial y privada y en qué se distinguen de aquellos otros que se dedican al buen aprovechamiento de los predios forestales? Aun entre personas ilustradas y curiosas ¿son muchos los que conocen la organización de las distintas licenciaturas y doctorados que se contienen en la Facultad de Ciencias, lo que diferencia sus tres secciones y la importancia que tendría para nuestra patria que á sus desiertas aulas se dirigiera una parte de la flor y nata de nuestra juventud?

En fin, la cuestión de las profesiones es de mucha enjundia, presenta aspectos múltiples interesantes y hasta trascendentales en el sentido vulgar de esta palabra, y bien merece que esta REVISTA dedique sus páginas á discurrir sobre ella. Perdone el Sr. Ruiz Contreras, que de manera tan galana y discreta ha encabezado esta sección, que yo me haya atrevido á glosar sus ideas con estas tan frías y pedestres, y voy á decir algo de la ingeniería minera, que esto es lo que me ha encargado el Director, y no otra cosa.

Pero antes mi conciencia me obliga á confesar honradamente que los datos y observaciones que siguen no tienen nada de recónditos; cualquiera puede aprenderlos, consultando por encima lo que yo he consultado, el Diccionario Larousse, donde está todo lo que se busque, y si acaso al-

gunos números de la *Gaceta* y algún libro de minería, cosas todas que alcanza cualquiera sin más que alargar la mano. Habría asunto para estudio de mucha miga, pero en vano trataría yo de pasar de la corteza y tendré que limitarme á ver si consigo ahorrar al lector el pequeño trabajo que queda dicho. Lo que más siento es que ni siquiera voy á lograr ser breve, única manera de resultar menos enojoso.

## II

Si las escuelas técnicas son muy modernas, la ingeniería es tan antigua como la civilización. Porque ingeniería, en su sentido más amplio, viene á ser el ejercicio de la industria, y ésta es el trabajo útil sujeto á reglas, el arte de producir todos los objetos materiales necesarios para la vida. Hay también producción inmaterial, pero ésta no se incluye en la industria tal como se entiende generalmente. Desde los albores de las sociedades civilizadas ha existido el trabajo con arreglo á arte, aunque sea tosco y rudimentario, y ha habido, por tanto, artesanos, y entre éstos algunos más diestros é inteligentes que enseñaban y dirigían á los demás, perfeccionaban la labor, imaginaban nuevos productos y construcciones nuevas y eran, en fin, los *ingenieros* de los orígenes de la Historia.

Los que hace algunos miles de años discurrieron las trazas de los inmensos monumentos religiosos de la India, de las canalizaciones de la China y de las Pirámides de Egipto no podemos dudar que eran unos señores ingenieros, aunque no se llamaran así ni tuvieran título académico. También supieron *ingeniarse* los que se sucedieron durante cuatro mil años en el laboreo y beneficio de la más antigua mina que menciona la Historia, la mina de cobre del Sinaí, que comenzó á labrarse hace siete mil años, durante la tercera dinastía egipcia; más venerable establecimiento minero y metalúrgico, no sólo por su antigüedad, sino por su situación augusta cerca del monte prodigioso, no registra la memoria de los humanos. Allí han descubierto los egiptólogos

restos de bien trazadas galerías, de tornos, crisoles, herramientas, etc., y recientemente ha analizado Berthelot varias muestras de minerales y escorias procedentes de ella y hasta trozos de cobre fino que aquellos ingenieros supieron extraer del seno de la tierra y después de sus gangas y de los elementos con que estaba misteriosamente combinado. Y no hay que escatimar *competencia* á los autores, en tiempos más próximos, de aquellos inmensos puentes, vías y acueductos de la época romana, ni á los que alzaron los castillos y catedrales de la Edad Media.

Tales artífices solían ser enciclopédicos y su profesión estaba confundida con la de arquitecto. Es más, algunos grandes artistas, como Leonardo de Vinci y Miguel Ángel, eran arquitectos é ingenieros, además de pintores y escultores. Pero el gran movimiento científico de los siglos XVIII y XIX y, como consecuencia, el colosal desarrollo de las industrias tradicionales y el nacimiento de otras muchas han agigantado la profesión. ¿Qué hombre podría alardear hoy de tan vasto y recio entendimiento, de tan vario saber, para denominarse genéricamente ingeniero?

Ha venido la división del trabajo y se ha ido fraccionando la ingeniería en numerosas especialidades, y por sí sola la palabra ingeniero no tiene hoy sentido alguno. Y han surgido los ingenieros forestales, los agrónomos, los que tienen á su cargo las vías de transporte, los de minas, los militares, los navales, tres ó cuatro clases de ingenieros fabriles, los de comunicaciones, etc.; y desde mediados del siglo anterior se ha ido creando en todos los países un enjambre de escuelas técnicas para la enseñanza de las ciencias y de las artes de cada una de las ramas del inmenso árbol.

El tronco común está formado por las ciencias naturales, á saber, la física, la química, la botánica, la mineralogía, la geología, que dan el conocimiento de la naturaleza y de las leyes de sus fenómenos; como instrumento poderoso é indispensable, las matemáticas; luego las aplicaciones directas de las ciencias que, en mayor ó menor grado, todos necesitan, la topografía, las máquinas que permiten utilizar las formas diversas de la energía, el estudio de la resistencia de

los materiales, la construcción de los edificios y de las vías de transporte. Las ramas están formadas, bien por la ampliación de las aplicaciones mencionadas, bien por las demás artes.

Los ingenieros son los que dirigen toda la labor de la industria en grande, basada sobre la ciencia; de ellos, los que tienen espíritu creador, recogen y utilizan los descubrimientos científicos de los sabios para convertirlos diestramente en producción industrial, y de cuando en cuando en inventos maravillosos que cambian la faz de la humanidad. Unos y otros, sabios é ingenieros, callada y modestamente, sin la aureola y el aplauso que rodea á los artistas, á los literatos, á los oradores, á los guerreros, puede decirse sin hipérbole que son los instrumentos más eficaces é indispensables de la civilización y del progreso modernos. Porque las ciencias y las artes son hoy las que principalmente hacen ricas y poderosas á las naciones y las que tal vez algún día las harán felices.

### III

La única industria extractiva que exige conocimientos teóricos y es un verdadero arte basado en los principios científicos es la *minería*, arte de la extracción y beneficio de las sustancias minerales útiles, ó *menas*, que se hallan contenidas en el seno de la tierra ó de los mares. Singularmente cuando esas sustancias yacen en lo profundo de la corteza terrestre, es delicada cosa investigarlas, arrancarlas y sacarlas á la superficie. Un antiguo ingeniero español, que ha dejado cierta fama, Gómez Pardo, en un discurso leído el año 36 al inaugurarse en Madrid la nueva Escuela de Minas, escribió el siguiente párrafo, un tanto declamatorio, pero que condensa las dificultades y riesgos de la faena subterránea del minero, y no está exento de calor y de elocuencia:

«Guiado siempre por la antorcha inextinguible de la geognosia y de la geometría, auxiliado por la mecánica, el minero asedia los minerales en sus ciegas matrices, los alcanza y bate en lo más profundo de sus guaridas y, sea apun-

talando ó enmaredando los puntos ruinosos, sea amurallándolos ó sosteniéndolos con bóvedas ó con armazones de hierro, penetra por entre las grietas preñadas de metal que hienden las montañas, taladra las duras rocas, desquicia impávido sus inmensas moles, prestas á desplomarse, resiste á los torrentes de agua ó arena que amenazan inundarle ó soterrarle, á los gases mortíferos, á las explosiones, al fuego mismo con que la tierra defiende, por modo imponente, la profanación de sus vírgenes entrañas.»

Si cualquiera explotación ordinaria de minas, canteras ó salinas exige para ser conducida con regularidad y acierto variados conocimientos y el concurso de medios mecánicos y de obreros inteligentes é intrépidos, los establecimientos de la gran industria mineral asombran por la importancia de los medios que en ellos se acumulan para hacer la explotación con muchos cientos de obreros á profundidades que han llegado en algunas minas á 1.300 metros (1), y por las gigantes-cas instalaciones mecánicas que son precisas para arrancar, transportar y extraer miles de toneladas de zafras en un día, y para ventilar y desaguar tan vastas excavaciones. Compréndese desde luego que el problema es arduo y complejo y exige dotes nada vulgares en aquel que lo plantea y resuelve. Y como las dificultades que ofrece no son de hoy, se explica bien que la industria mineral haya ido de mucho tiempo acá á la vanguardia de las demás, y que en las minas hayan tenido origen ó se hayan empleado primero algunos de los grandes inventos: las máquinas de vapor, los caminos de hierro, las locomotoras.

Rara vez los productos que salen de los minados y de las labores á roza abierta pueden consumirse ó aplicarse desde luego con ventaja, como *valores de uso* ó *valores en cambio*, sino que necesitan ser modificados por el arte, sirviendo como materias primeras, y de esta suerte la industria extractiva tórnase desde luego en fabril por medio de los *lavaderos* y otros talleres de preparación mecánica de las minas, ins-

---

(1) En España la más profunda está en Hiedelaencina, próximamente á 600 metros.

talados á bocamina, donde aquéllos se limpian y concentran. Ya está en disposición de venderse, en la mayoría de los casos, el carbón de piedra, ó la calamina, ó el petróleo, ó el agua, ó la sal; pero algunas veces esta preparación no es suficiente para que el producto pueda cambiarse, y el minero se ve obligado á aglomerar ó á cokizar los menudos de la hulla, á recoger, como en una fábrica de gas, los alquitranes, aguas amoniacaes y gases de esta última operación, á convertir los fosfatos en superfosfatos útiles á la agricultura, á refinar los petróleos, etc.; por donde la minería vese forzada, para llenar necesidades del consumo y satisfacer conveniencias comerciales. á emplear las trazas y modos de la industria química, propiamente dicha.

Tampoco los productos de estas primeras metamorfosis mecánicas y químicas que tienen lugar en la mina son definitivamente aprovechados casi nunca. Algunos son vendidos al fabricante de productos químicos y salen fuera del círculo de la industria minero-metalúrgica; la mayoría pasan á manos del fabricante-fundidor para extraer de ellos, en las oficinas de beneficio, los metales y metaloides, el hierro, el cobre, la plata, el azufre... y ciertas substancias menos simples, el acero, el ferro-cromo... Nueva serie de operaciones que constituyen la gran industria metalúrgica, segunda de las dos secciones principales en que se divide la minería.

Sus productos son primeras materias de otras industrias fabriles y manufactureras, ajenas á la minería; pero del mismo modo que en las minas, ocurre por excepción en las fábricas metalúrgicas, que para hallar salida los metales es fuerza darles formas propias para ser empleados directamente en las construcciones; por ejemplo, con el acero hay que hacer viguetas, barras, carriles, etc.; con el plomo, planchas y tubos; lo cual requiere que la fábrica metalúrgica sea algunas veces, en cierto modo, taller de construcciones metálicas, rebasando la frontera que separa la ingeniería minera de la ingeniería mecánica; que las clasificaciones artificiales que hacen los hombres rara vez se deslindan absolutamente ni en la naturaleza ni en las mismas obras humanas.

Naturalmente, tanto el laboreo como la metalurgia exigen

la construcción de edificios para maquinaria, talleres y habitaciones, traídas de agua, talleres de reparaciones de máquinas, vías de transportes interiores y exteriores, algunas casi peculiares de estos establecimientos, como los ferrocarriles aéreos y los de cadena. Por último, para todos sus trabajos el ingeniero de Minas ha de conocer hoy á fondo la electrotecnia, y habrá de aplicar sus procedimientos, que están operando, como todos saben, una revolución en la industria, á causa de la facilidad con que la energía eléctrica se transporta, se distribuye y sirve de puente á las más útiles y peregrinas transformaciones de la energía. De sus aplicaciones, casi infinitas, no es ya la menos importante la electro-metalurgia, llamada tal vez á imperar, en no lejano plazo, sobre los métodos por vía seca y por vía húmeda de la metalurgia clásica (1).

#### IV

Hasta aquí el cuadro de los trabajos puramente técnicos que están comprendidos en la profesión minera. Mas hay que agregar otro aspecto muy importante, que es común al ejercicio de todas las industrias. Me refiero á cierta competencia inexcusable que hay que poseer en otra rama muy diferente de los conocimientos humanos, á saber: las ciencias sociales.

Aparte de que el ingeniero no puede ser ajeno á las nociones del derecho, tan necesarias á todo ciudadano, y con mayor razón al derecho administrativo y á la legislación especial que rija la industria á que se dedique, tiene que adquirir además, para la buena gestión de las empresas, algunos conocimientos económicos, comprendiendo la administración y contabilidad industriales, el lado comercial de los ne-

---

(1) El que desee detalles más circunstanciados acerca de los trabajos técnicos que abarca la carrera del ingeniero de Minas, consultará con fruto el notable informe oficial emitido por la Junta Superior de Minería acerca de los títulos de ingeniero, de acuerdo con el ponente D. Amalio Cil Maestre. (*Revista Minera*, Mayo, 1896)

gocios y los problemas cada vez más arduos y apremiantes de la riqueza, del capital y del trabajo. Imposible que un buen ingeniero sea hoy ajeno á las ideas que informan el movimiento económico-industrial y que no sean objeto de su atención benévola y de sus meditaciones las aspiraciones poderosas de las masas obreras.

De ningún modo quiero yo decir con esto que el ingeniero debe participar de ciertos radicalismos y dejarse arrastrar por la idea de llevar á la práctica prematuras reivindicaciones que se hallan en la primera gestación intelectual y que, en todo caso, habrán de ser el término de una larga evolución social. Sea en buen hora socialista si así le place, mas como ideal y como tendencia solamente, porque el que quiera ser socialista militante, apóstol de la escuela (1), no puede serlo desde el cargo que le han confiado en una empresa; aparte de que haría tanto daño á los obreros como al patrono, ya que en pleno régimen individualista, tanto como á éste importa á los obreros que viva y prospere el capital.

Pero tampoco puede, en conciencia, prestarse á los procedimientos detestables de empresarios codiciosos y sin entrañas, siendo instrumento de la explotación inicua del infeliz proletario. Y á fe que esto viene á cuento en este artículo, aunque quizá no lo parezca. Precisamente nuestra minería se halla más atrasada aún en el aspecto indicado que en el técnico, y es menester que los jóvenes que á ella se dediquen, en esa edad de los impulsos generosos, miren desde luego con interés tan magno asunto y se habitúen á examinarle y á sentirle antes de que respiren demasiado la atmósfera de frivolidad y de egoísmo que nos envuelve.

Cierto que hay en España establecimientos mineros, seriamente administrados, en que se procura mejorar la suerte de los obreros por medio de instituciones materiales, morales y económicas y donde no se desampara á los inválidos del trabajo. Otros hay que por el corto número de trabajadores que en ellos se emplean no permiten ciertas institu-

---

(1) Ya ha habido ingenieros fuera de aquí que se han puesto al frente de las huelgas de sus propios obreros.

ciones, pero en los cuales existe, al menos, algún espíritu de probidad y de justicia. Pero son muchas las minas y fábricas de nuestro país cuyos dueños se preocupan de eso como de las nubes de antaño; por el contrario, se explota y exprime al obrero de todas las maneras, se le engaña en los contratos y se emplean medios indirectos, como el *pago en especie*, para mermar su pobre salario y hasta el pedazo de pan que lleva á la boca, medios que son verdaderas estafas que el Código creo que no castiga (1). Y todavía queda en España una zona minera, que conozco bien, donde después de veinte siglos de civilización cristiana está organizado el trabajo, con escasa diferencia, como en tiempo de los romanos y cartagineses, y son labradas las minas por rebaños de hombres que, si no son esclavos, lo parecen.

En otros países, Alemania, Bélgica, Inglaterra y Francia, no estarán los obreros en la gloria, mas precisamente la minería es la industria que va delante en la multitud de disposiciones para proteger al obrero con variados auxilios, ya pecuniarios, ya morales, para cuidar de su instrucción y hasta de sus recreos. Son innumerables los montepíos y fundaciones diversas que se han discurrido y están en práctica, encaminados á elevar la condición material y moral del minero (2). Valga como ejemplo la Compañía hullera de Mariemont et Bascoup, en Bélgica, que tiene funcionando las siguientes instituciones sostenidas entre el explotador y el obrero:

- I. Caja de pensiones vitalicias á los inválidos del trabajo y á las viudas y huérfanos de los trabajadores.
- II. Caja de socorros á heridos, enfermos y necesitados.
- III. Servicio sanitario para costear medicinas y 40 médicos y farmacéuticos.
- IV. Montepío de empleados.

---

(1) Véase el notable folleto *El porvenir del distrito metalífero de Cartagena y las reformas necesarias en su minería*, por D. Ricardo Guardiola, ingeniero de Minas, 1895.—Entérese especialmente, el que sea aficionado á cuestiones obreras, de la llamada *cuestión de los vales* y verá lo que es bueno.

(2) Malo de Molina, *Tratado de laboreo de minas*, t. II.

V. Montepío de capataces, maquinistas y obreros ancianos.

VI. Casas para obreros. Éstos pueden hacerse con una casa en propiedad.

VII. Escuelas elementales é industriales. Orfeones.

VIII. Calefacción gratuita. Cada obrero recibe 7 hectolitros de carbón al mes.

En otras minas se han inventado auxilios distintos, y algunos de ellos tienen un carácter de verdadera solicitud paternal; por ejemplo, la Sociedad del Wurm, cerca de Aquisgram, dota con 200 marcos á los que se casan y sirve gratuitamente á los trabajadores una sopa abundante y alimenticia y á la salida del interior una buena ración de pan y café (1).

Por su parte, los mismos obreros se asocian para constituir *Sociedades de ahorros*, de *socorros mutuos* y de *cooperativas de consumo* con el fin de proveerse, á precio de costo, de toda clase de artículos de buena calidad. Las empresas subvencionan estas Sociedades.

Para que se tenga una idea de lo que cuestan á algunas Compañías mineras estas ayudas, citaré la célebre Sociedad de Blanzky, que en 1888 gastó 1.116.860 francos, lo cual corresponde á 200 francos por obrero y á un 50 por 100 del beneficio repartido á los accionistas. Es decir, que el obrero ha participado de las utilidades en un 33 por 100.

No es esto sólo. Hay distritos, como el Sur del país de Gales y el Monmontshire, en que se ha pactado entre los obreros y el sindicato de propietarios una escala móvil de salarios, basada en el precio medio de venta del carbón. De suerte que, como dice un ingeniero de minas español, «ya no es el obrero minero un jornalero á quien se le retribuye simplemente su trabajo con un salario mayor ó menor; es un asociado al productor, y si éste realiza mayores ó menores utilidades por el alza ó baja que sufre el valor del mineral, el obrero también participa como él de ese beneficio ó de ese daño. Es, en cierto modo, su compañero. Ninguna

---

(1) Guardiola, obra citada.

otra grande industria puede presentar un ejemplo como éste» (1).

Muy lejos estamos aquí de este admirable cuadro. Nuestros pobres mineros, tan buenos y tan valientes, ya lo hemos visto, viven abandonados á sí mismos, sin que nadie piense en sacarlos de su ignorancia y de su miseria, y todavía pueden mostrarse contentos si no se les explota y veja demasiado.

Aunque sea escandalizando á los individualistas, yo me atrevo á decir que serian muy convenientes algunas disposiciones legislativas como las que repetidas veces han estado en estudio para remediar tan agudos males. Un poco de socialismo del Estado, como en Alemania, no estaría de más. Ya sé que son difíciles ciertas reformas en la minería menuda y efímera de ciertos distritos y en aquellos establecimientos que no están en marcha normal y remuneradora; pero mucho puede hacerse con la asociación, y sobre todo con buena voluntad, antes de que los mismos obreros lo recaben por la fuerza, á costa de sangre y lágrimas. Después de todo, está demostrado hasta la saciedad que todo lo que sea mejorar la condición del trabajador y dignificarle perfecciona la mano de obra y aumenta la producción; es decir, que á la larga tales reformas se traducen en fomento de la industria.

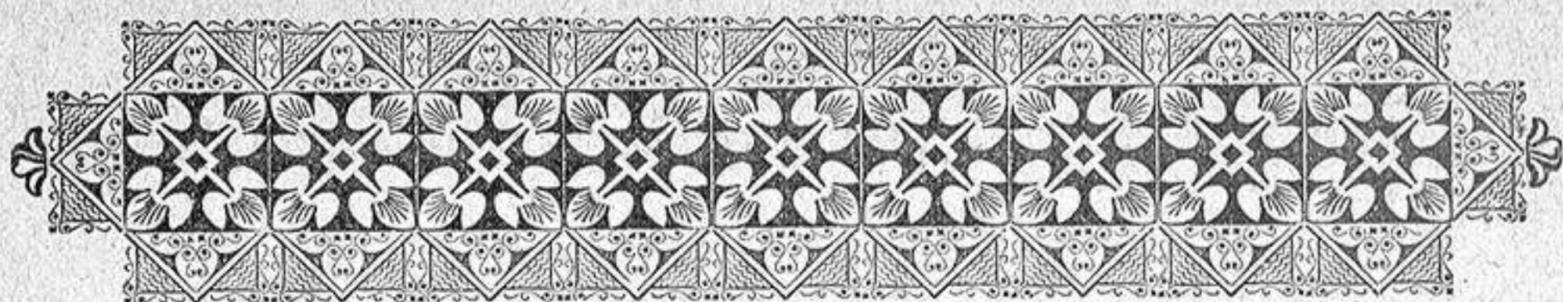
En esta grande obra, el ingeniero de Minas, que al fin no es más que un trabajador más ilustrado que los otros, tiene la misión de despertar los sentimientos dormidos de los propietarios mineros, de ser un defensor de todas las aspiraciones justas y viables de los trabajadores y de desvelarse por generalizar en nuestra tierra las hermosas instituciones de otros países. Y ya lo saben los jóvenes de la generación que empieza, los que se sientan animados de nobles ideales, en esta profesión tienen ancho campo para llevar adelante una obra de mejoramiento social.

ADRIANO CONTRERAS,  
Profesor de la Escuela de Minas.

*(Concluid.)*

---

(1) Malo de Molina, obra citada.



## ACUERDOS CURIOSOS

DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

---

12 Junio 1568.

En este Ayuntamiento se acordó, en presencia de Francisco Álvarez, platero, vezino desta villa, que, por quanto ay diferencia y se trata pleyto sobre la paga de las andas de plata (1) para el día de Corpus Xpi., que sin perjuycio del derecho del dicho Francisco Álvarez, el citado Francisco Álvarez acabe y ponga á punto las andas para el día del Corpus Xpi., para que salgan en la procesión, y que, en acabándose la procesión, luego aquella tarde se buelban las dichas andas á su casa y poder al dicho Francisco Álvarez hasta que sea determinado y pagado dellas, y el dicho Francisco Álvarez dixo quél está presto de lo hacer y cumplir como está acordado. Testigos: Garci Sánchez nieto y Alonso Rosel, estantes en Madrid.—*Francisco Alvarez.*

---

(1) Esta custodia se conserva en el Ayuntamiento, está firmada por Francisco Alvarez, platero de la Reina, y lleva la fecha de 1568. De Alvarez dice el erudito Pons, en su *Viaje por España*, que «era sujeto no menos digno de perpetuar su memoria que lo fueron Becerril, los Arfes y otros que hicieron custodias en España».

Resulta curiosa la noticia de que la primera vez que salió en público la custodia fué de fiado.

3 Julio 1570.

En este Ayuntamiento se dió una petición por parte de los trompetas y atabales desta villa, en que piden se les mande pagar diez ducados por lo que se ocuparon ayer en ir, por mandado desta villa, á pregonar el jubileo, y por el Sr. Corregidor vista, dixo quel Vicario desta Villa, de parte del Illmo. Sr. Cardenal, le pidió que diese trompetas y atabales para publicar el jubileo, y quéel le respondió que la Villa no los tenía asalariados, ni era obligada á darlos para pregonar jubileo, que aquellas cosas eran á cuenta del Perlado y no de Justicia y Regimiento, y que no tenían que darle nada, y que de á dos días vino Arze, un paje de cámara del Illmo. Cardenal, á mandarle *que si la villa no los tenía que embiase por ellos al cabo del mundo* (1), y tenerlos para las cinco de la tarde, y quéel los hizo buscar y binieron, y se concertó con ellos que les daría á cada persona lo que les da Pedro Hurtado de Montalván, ques el que suele hazer pregonar estos jubileos, y que así se sepa lo que les suele dar el Montalván y se les pague.

5 Enero 1571.

En este Ayuntamiento, el Sr. Corregidor dijo que el señor D. Juan de Austria dize y pide al Ayuntamiento que le zerquen un pedazo de tierra que está á las Caballerizas del Príncipe (2) nuestro señor que está en gloria, para que se pone allí una tela para justar, y ansimismo que D. Diego de Córdoba le dixo al dicho Sr. Corregidor que S. M. mandava se hiziese lo que le dixo el Sr. D. Juan, que lo abía embiado á pedir á esta villa con el Sr. Teniente, y que no le abían respondido: Que los dichos señores respondan lo que más convenga hazerse y responder al Sr. D. Juan.

(1) Subrayo la frase para que el lector se fije en ella. Cuando el Corregidor la pronunció en sesión, claro es que así se la transmitió el paje de parte del Cardenal. Aquí se prueba que el Ayuntamiento de Madrid ha venido sirviendo siempre de cabeza de turco donde todos descargaban sus fuerzas.

(2) Las caballerizas del Príncipe estaban junto á los Caños del Peral. (Libro de acuerdos.—13 Octubre 1567.)

Y por los dichos señores visto dixeron que esta villa tiene mucha boluntad de servir á S. E., como lo mostrará por obra siempre que se ofrezca ocasión, y que este particular, á causa de los grandes gastos que se an hecho con el recibimiento de la Reina nuestra señora, tiene tomados setenta mill ducados, de los que les paga cambios y zensos, y que a tratado con los señores del Consejo de S. M. la forma que a de tener en desempeñarse, y que estando el negocio en este estado no puede resolverse en hazer gasto ninguno, y que como esté resuelto lo que en esto se a de hazer, procurará de enderezar lo que S. E. manda.

El Sr. D. Pedro de Vargas dixo qué se quiere informar lo questo costará, y hasta que se informe no responde nada.

El Sr. Miguel de Zerezeda dixo lo quel Sr. Pedro de Vargas.

El Sr. D. Pedro de Cárdenas dixo que yendo el otro día acompañando á el Corregidor toparon con D. Diego de Córdoba, el que les significó de parte de S. M. que se cercase este corral y que dello sería servido, y qué lo a visto esta mañana, por mandado del Sr. Corregidor, y lo hizo medir, y á toda costa quien lo midió dixo que con veinte y cinco mill maravedís se haría, y qué es en que el Sr. Corregidor lo mande dar á destajo en el mesmo precio que pudiere, y lo mande hazer, pues S. M. es servido dello, y el Sr. D. Juan recibe gusto.

El Sr. D. Pedro de Bozmediano dixo que, atento á que de parte de S. M. se lo dixo D. Pedro de Córdoba al Sr. Corregidor, qué es en que los Alarifes vayan á ver lo que podría costar lo que se manda zercar, y que bengan á hazer relación al Ayuntamiento para quel Ayuntamiento determine lo que se a de hazer sobre ello.

El Sr. Corregidor dixo quel Sr. D. Juan se a mostrado agrabiado de la Villa, diziéndole á el dicho Corregidor qué con el Teniente les avía embiado á pedir que le hiziesen plazer de zercarle un corral en que quería poner una tela, y que la Villa ni le abía respondido, ni hecho lo que les abía embiado á rogar, y qué respondió: yo no e estado aquí, mas yo sé cierto que á la Villa no le an dicho palabra de parte

de V. A., porque el Teniente me a dado cuenta de quanto allí a pasado, y me dixo que se le abía olvidado de tratar lo que V. A. le mandaba, y quel Sr. D. Juan dixo: *Pues señor, Corregidor, de mi parte lo pida á esos caballeros Regidores, que me arán muy gran placer, y yo se lo haré á ellos en todo lo que me quisieren encomendar* (1). Lo qual pasó en presencia del Sr. D. Pedro de Cárdenas, y que después D. Diego de Córdova le a dicho dos ó tres veces que S. M. recibiría gusto en que se haga lo quel Sr. D. Juan manda, y le parece que más merced haze el Sr. D. Juan á la Villa en pedírsele que la Villa servicio en hazerlo luego. El no puede mandarlo hazer; que me manda á mí el presente escribano el lunes lleve á los señores del Consejo lo aquí contenido para quel Consejo provea lo que convenga.

El Sr. D. Pedro de Medina dixo lo quel Sr. D. Pedro de Bozmediano a dicho. Los dichos señores dixeron que se lleve al Consejo, como el Sr. Corregidor lo manda.

15 Marzo 1571.

En este Ayuntamiento se acordó que se le den al maestro Juan López (2) trecientos ducados por el trabajo que a tenido en lo que escribió y hizo para el recibimiento de la Reina nuestra señora, lo qual se comuniqué con el Illmo. Señor Doctor Hernández de Liébana para que su merced lo bea y haga en ello lo que fuese servydo, que si fuese necesario dar petición en el Real Consejo pidiendo licencia para ello se de: los quales se an de pagar de los dineros del recibimiento, y quel Sr. D. Pedro de Ribera lo comuniqué con su merced del Sr. Francisco Hernández de Liébana, y haga en ello lo que conbenga hasta que haya efecto. El Sr. Doctor Jerónimo de

(1) Confío en que estas mismas palabras fueron las que pronunció D. Juan de Austria, porque el Corregidor procuraría reproducirlas tales y como salieron de los labios de aquel ilustre capitán.

(2) Juan López de Hoyos fué maestro de la escuela de gramática costeada por el Ayuntamiento, y publicó en 1572 un libro titulado *Recibimiento que hizo la Villa de Madrid á la Serma. Reina D.<sup>a</sup> Ana de Austria*. La obra es de pesada lectura, pero contiene curiosísimas noticias acerca de la historia de esta población.

Pisa dixo quél no es en ello, y los dichos señores dixerón que se haga sin embargo.

29 Abril 1583.

En este Ayuntamiento el Sr. Corregidor dixo que de parte de S. M. se le a mandado proponga en este Ayuntamiento como a sido servido por hazer beneficio á estos reinos de mandar dar orden en las rrepúblicas principales dellos se lea y enseñe el arte del arquitectura y las demás que son necesarias para el buen fabricar, para que los alarifes y personas que en las fábricas an de juzgar tengan la ciencia que se requiere; y que manda que la primera y prinzipal parte donde se enseñe y lean estas ciencias sea en esta Villa, y porque lo entendía así, y probea y dé orden donde se ponga el Estudio della, da noticia dello á su señoría para que con su autoridad e ynterbención se haga, cumpla y execute lo que sobre esto S. M. tiene ordenado.

Y por los dichos señores vista la dicha provisión acordaron que los señores Bartolomé Belázquez de la Canal y don Grabiél de Muxica, juntamente con el Sr. Corregidor, entiendan de Juan de Herrera, arquitecto de S. M., lo que en esto tiene probeydo y mandado, y den orden como en el *Estudio* de esta Villa se dipute y señale un aula y lo demás que fuese necesario para que aya efecto lo que S. M. manda, y bayan haziendo relazió de lo que fueren haziendo, en este Ayuntamiento, para que si fuese necesario yrse probeyendo otra cosa, se haga (1).

8 Febrero 1584.

En este Ayuntamiento, habiendo tratado los Sres. D. Diego de Córdoba y D. Juan de Tasis quán necesaria é yn-

(1) Ignoro si este pensamiento llegó á realizarse, y si, realizado, subsistió la escuela mucho tiempo; pero es lo cierto que la iniciativa de fundación de la Academia de las tres nobles artes corresponde sin ningún linaje de duda a Felipe II, y que el primer profesor que tuvo la Escuela de Arquitectura fué Juan de Herrera. Esta noticia, enteramente desconocida, viene á dulcificar, en parte, con otras que van saliendo á luz, el áspero concepto que muchos tienen formado del hijo de Carlos V.

El *Estudio* á que se refiere el acuerdo era el que regentaba en 1571 el maestro López de Hoyos, y se hallaba en la calle de la Villa, núm. 4.

portante cosa es que aya en esta corte una persona esperta y qual conbiene como la ay en todas las demás cibdades y villas destos Reynos que tenga cuenta con el exercicio de la xineta (1), y con dar lanças y adargas y petrales para los que corrieren, y á los noveles los yndustrie y enseñe en este exercicio, y tenga cuydado de despegar (*sic*) la carrera cuando la obiere; y abiéndose entendido lo susodicho por ser tan ynportante, abiéndolo tratado y conferido acordaron que por el tiempo que fuere la voluntad desta Villa, y otra cosa no se probee, Juan de la Aya, residente en ella, de quien se tiene noticia que tiene la agilidad que conbiene para este negocio, entienda en este mynysterio, el qual, guardando la orden que le dieran los Señores Corregidor, D. Francisco de Herrera y D. Gabriel de Muxica, se le den en cada un año veinte mill maravedís de salario, pagados de sobras de rrentas, precediendo licencia de S. M. para que se le puedan (*sic*) y desde agora se otorga para ello petición; y de las mismas sobras se repare y adereze la cadra que está hecha en el Prado junto á la huerta de Pedro de Herrera, y haciéndole un petril por la parte de abaxo y puniéndola en la forma que conbenga y lo que se gastare sea de las dichas sobras, y con la dicha licenzia se pague por sus libranzas.

Por la copia,

CARLOS CAMBRONERO,

Oficial del Archivo municipal de Madrid.

---

(1) La afición al arte de pelear á la jineta tuvo muchos prosélitos en la época de Felipe II. Un caballero á la jineta —dice cierto escritor— está tan dispuesto y defendido, que no rehusará ningún encuentro ni escaramuza, siendo diestro, aunque sea con un caballo ligero. Son sus armas espada ancha, lanza, adarga y cota, borceguíes y espuela; que las demás embarazan más que guardan. Pruébese la valentía y ligereza de esta caballería con lo que se dice de D. Diego Ramírex y Rey Díaz Rojas, caballero valeroso, que en las guerras de Pavía anduvo siempre á la jineta, y hubo día que á la vista del ejército derribó seis hombres de armas.



## COMENTARIOS MILITARES... Y ALGO MÁS

---

Desde el número de la REVISTA correspondiente al 15 de Mayo último van transcurridos cerca de tres meses, en los cuales he interrumpido mi comunicación con los lectores de aquélla. Razones exclusivamente particulares impidieron esta mensual exposición de impresiones, sin que bastara á contrarrestarlo toda mi buena voluntad. Por fortuna, todos esos impedimentos accidentales no suelen ser muy duraderos; muy al contrario, sólo significan momentáneo eclipse, transcurrido el cual reanúdase la labor con nuevos bríos; que no parece sino que los economizados en el período de forzosa inacción pugnan por exteriorizarse con tanto mayor ímpetu cuanto más prolongada fué la interrupción.

Este prefacio significa, pues, que, desvanecidas ó terminadas por ahora las circunstancias particulares que suspendieron mi comunicación periódica con los lectores de la REVISTA, vuelvo á la tarea con los mismos alientos y mejor voluntad que antes.

### NUESTRAS GUERRAS COLONIALES

Es notorio que la insurrección filipina, si no ha desaparecido por completo, ha perdido su gravedad, hasta el extremo de que los rastros y chispazos que quedan no merecen

entretener la atención de esta crónica. Acaso pueda el movimiento retoñar en su día, acaso pueda decirse que se requiere hoy una habilidad política gubernamental mayor que nunca; pero el problema concreto de la acción de fuerza ha terminado, al menos en su período interesante.

---

Por lo que atañe á la campaña de Cuba, podría decirse que nos hallamos á la misma altura que hace tres meses, que hace seis, que hace un año... Mas en tales asuntos ¿la inmovilidad no representa efectivamente otra cosa que el estacionamiento, ó por el contrario, el mero estancamiento, la prolongación de un mismo estado de cosas lleva envuelto cierto fracaso latente?

Con la historia en la mano me atrevería á responder categóricamente á esa duda, ó mejor dicho, á resolverla en concreto. Prefiero, á mi juicio, referirme al testimonio de la opinión del Gobierno, ya que se encuentra muy trasparente y no podrá negárseme su incontestable autoridad.

Á partir del comienzo de estas crónicas, y no quiero retroceder más porque sería innecesario para mi objeto, el Gobierno ha empleado un procedimiento que pudiéramos llamar *procedimiento ruso*, esto es, decretar los acontecimientos por medio de *úkases*. Y así como dice un autor que en Rusia por *úkase* se anda y se descansa, se come y se bebe, se duerme y se vive y se muere, asimismo puede asegurarse que el Gobierno que nos rige ha dispuesto los acontecimientos en Cuba por medio de *úkases* ó decretos, y mediante ese sencillo procedimiento pacifica territorios, ordena victorias, interpreta la opinión pública á su antojo, adivina los deseos y aspiraciones del país... en suma, arregla y dispone los acontecimientos históricos contemporáneos de la Isla, ni más ni menos que si estuviese investido con la representación inmediata de la Providencia.

Digo que ésa es la prueba más convincente de la desfavorable significación del *statu quo*; porque si eso no fuera así, como lo es, ningún interés tendría el Gobierno en forjar los acontecimientos, y saldría del paso sin violentar la exactitud

de los sucesos, lo que, al cabo y al fin, no deja de ofrecer sus quiebras.

.....  
 Mejor que seguir por cuenta propia he considerado copiar á continuación los párrafos en extracto de un discurso tan famoso como reciente, el del Sr. Moret en Zaragoza (1).

Decía el Sr. Moret que «hace dos años está planteado el problema de Cuba y que ese mismo tiempo ha empleado el Gobierno del Sr. Cánovas en presentar soluciones para la resolución del conflicto, proponiendo el sistema de la guerra con la guerra, dando ese mismo Gobierno una prueba de su inconsecuencia.

.....  
 Por el camino emprendido ¿adónde se nos lleva?—dice el Sr. Moret.—Nuestro ejército peleando en Cuba, pasando multitud de penalidades y sufriendo mil privaciones, sin conseguir adelantar un paso en la obra de la pacificación.»

Hace un análisis del sistema de guerra empleado en Cuba, y dice «que destruyéndolo todo y reconcentrando á los campesinos en los poblados, haciéndoles pasar vergonzosas necesidades, se dió por pacificada la provincia de Pinar del Río, como se dieron después la de la Habana y Matanzas.

Nuestras tropas tocan hoy los resultados, siendo víctimas de continuas asechanzas en esas mismas provincias que se han dado por pacificadas, y si algo práctico habría de conseguirse tendría que ser por medio de una ocupación militar en ese mismo país destruído y aniquilado so pretexto de conseguir la paz.

Es, pues, indudable que el sistema de la guerra con la guerra es de todo punto improcedente.»

.....  
 Pero el Sr. Moret, cuando decía eso último, se olvidaba que el Gobierno, mediante sus más recientes actos, ha ana-

(1) Los párrafos copiados pertenecen al extracto telegráfico del *Heraldo de Navarra*. Los he referido al discurso porque, además de interpretarlo fielmente, manifiestan una expresión más concreta y sucinta.

tematizado el procedimiento de la «guerra con la guerra», y aun cuando en el fondo y en la esencia continúe inspirándose en aquellos procedimientos, desde el punto y hora en que los ha declarado ineficaces, ha venido á darnos la razón á los que desde el primer día pensamos de distinta manera.

Es cierto también que esos cambios de opinion bastarían á derribar un Gobierno en otro país que no fuese el nuestro, y no es menos verdad que esas experiencias *in anima vili* producen como triste resultado la muerte de millares de españoles, peninsulres é insulares.

Aún queda otra parte de la cuestión, que si no es tan importante, porque nunca el dinero es tan importante como las vidas, puede asegurarse que viene inmediatamente detrás de éstas.

Según el balance oficial publicado por el Ministro de Ultramar en la *Gaceta*, en 30 de Junio de 1896 se habían gastado con motivo de la guerra y con cargo á los recursos extraordinarios arbitrados para ella 66.700.000 pesos (en números redondos).

De modo y manera que, aun suponiendo que hasta el mes de Junio del presente año no se han gastado otras tantas cantidades como en el año anterior, sino la mitad, esto es, unos 34 millones, ascienden en total, agregándolos á los anteriores, á unos ¡100.000.000 de pesos!

.....

.....

Á pesar de tales resultados gravísimos y considerables, no puedo menos de reproducir unas líneas de mi último artículo de *Comentarios*:

«No importa, decía allí; el Gobierno ha decretado la paz, ha establecido la sucesión de los acontecimientos, mediante disposiciones oficiales publicadas en la *Gaceta*, los españoles las hemos acatado y reconocido, y no es cosa de que la sesuda y formal REVISTA CONTEMPORÁNEA aparezca con la nota discordante.»

Tampoco he de añadir hoy una palabra más.

## EL CONFLICTO DE ORIENTE

De una ó de otra manera, la guerra entre Turquía y Grecia puede considerarse terminada, pues en esto se hallan de acuerdo las grandes potencias, aun cuando discrepen en las consecuencias, que cada cual desearía redundasen exclusivamente en su provecho particular. No obstante, bien sea para estudiar *à posteriori* el corto desarrollo de la campaña, bien para tomar en cuenta los datos aplicables á las complicaciones que en un plazo próximo habrán de sobrevenir, comencé en el artículo último de *Comentarios* una reseña geográfica, política y general acerca de las naciones adversarias.

Para terminar la descripción meramente geográfica entonces suspendida, debería hoy tratar de las vías de comunicación y de trazado fronterizo.

Reduciéndome á describir la línea fronteriza, tomaré por norma el tratado de Berlín.

En dicha conferencia diplomática tratóse de satisfacer las aspiraciones helénicas que pretendían recabar para Grecia el Epiro y la Tesalia; mas es lo cierto que Turquía defendió sus derechos palmo á palmo, y aunque le fué cedido á Grecia ese último territorio, no logro lo mismo respecto al primero y esencialmente respecto á los puntos de Janina y Metzovo, este último frente al paso de su nombre, en el camino de los Meteoros.

Resumiendo: la frontera de Grecia con Turquía comienza en el valle de Tempe, formado en las vertientes meridionales del Olimpo, y después de dos sucesivas inflexiones, corre por la orografía septentrional del Salamvrias, quedando, por tanto, esta corriente en poder de Grecia; va por los montes Volutza, alcanza la cordillera del Pindo en el monte Peristerri, al Sur de Metrovo, y desde ahí, mediante un trazado arbitrario, llega á la corriente del Arta, que sigue hasta desaguar en el golfo de su propio nombre.

Como se ve, esta frontera debe considerarse precisamen-

te compartida en dos secciones, oriental y occidental, con relación á la sierra del Pindo. Ambas poseen obstáculos naturales que las marcan, si bien no en toda su extensión, porque á su vez tienen trozos arbitrarios; pero lo que principalmente hace decaer bastante el interés estratégico que pudiera ofrecérsenos, es la pequeñez y condiciones topográficas del terreno que atraviesan.

Lo mismo en la porción de Albania-Epiro que en la de Macedonia-Tesalia, el país quebrado, la situación excéntrica de las comarcas y la falta de enlace con las restantes son condiciones poco adecuadas para prestarse á caracterizar operaciones estratégicas de alguna magnitud.

No debe olvidarse, sin embargo, que la aspiración de Grecia no pudo satisfacerse con el pequeño aumento de territorio, toda vez que quedaron fuera de su alcance los puntos y el paso antes citado, los cuales constituían para ella lo verdaderamente interesante.

Hé aquí explicada una de las razonables aspiraciones que han contribuído á la guerra actual, y puede apostarse que el fracaso no apagará ciertamente los deseos de reivindicación.

Como quiera que las notas históricas, etnográficas y políticas, por breves que fueren, ocuparían demasiado espacio, prefiero aplazarlas para el siguiente artículo.

L. BARRIOS.





# LAS TRES VÍRGENES NEGRAS

DEL

**AFRICA ECUATORIAL**

POR

F. BOUHOURS (1)

---

Sólo quince esclavos pudieron rescatar aquel día, quedando aún más de 150, que, al ver desvanecer la última esperanza, exhalaban tristísimos lamentos, lamentos que llegaban al cielo.

—¡¡¡Oïbo, rami! ¡Oïbo, rami!!!...

¡Qué dolor! Al pensar que con los gastos de una orgía escandalosa más de un rico impudente de nuestra Europa puede libertar centenares de esclavos... al pensar que en Francia tal bailarina ó tal cómico ambulante gana en una noche en los tablados de la prostitución ó de la vanidad el rollo de oro que podría libertar doscientos, ¡qué digo doscientos! quinientos esclavos... al pensar en estas iniquidades, ni pueden sorprendernos los males que afligen á la estragada Europa, ni admirarnos las guerras intestinas y bárbaras

---

(1) Véase la pág. 104 de este tomo.

en que se destrozan las naciones cristianas. Esas guerras desastrosas son justo castigo de Dios, á quien se debe el que la pena merecida no sea más terrible. Meditémoslo bien: la sangre de nuestros hermanos clama venganza al cielo y Dios usa también de su justicia.

.....

Al separarse los misioneros del buque con su preciosa adquisición, vieron á Caniata que circulaba libremente sobre cubierta y á Nyandea derramando abundantes lágrimas.

—¡Oh Padres blancos—suspiró la virgen negra—rescatadme á fin de volver al Asilo, al lado de la estatua de nuestra Madre blanca del cielo!

—¡Ánimo, hija—dijo el Padre Dromaux,—ánimo! ¡No tenemos recursos ya!... ¡Ora!... Dios no confunde jamás á los que en Él esperan.

Nyandea, cubriéndose la cara con las manos, prorrumpió en amarguísimo llanto. ¡Ah, cómo se hubiera lanzado á los misioneros pidiéndoles la bendición, si los lazos no la aprisionaran!

Caniata se acercó á los Padres blancos, sabedores ya de su extraña determinación, para decirles estas palabras:

—¡Nos veréis á todos antes de que el sol toque doce veces al ocaso .. pero rogad por nosotros!... Cuando el buque surcaba rápidamente las aguas con las velas desplegadas á los vientos, el capitán quitó los lazos á Nyandea, su sirvienta desde aquel momento, y encargó á Caniata, como esclavo voluntario, de la distribución de víveres á las víctimas del entrepuente y de la sentina.

Dos días después el capitán, sentado en la popa, fumaba tranquilamente del tabaco superior que le regalaban en sus expediciones los comerciantes de Zanzíbar, mientras Nyandea, descalza, sin hierros y adornada con túnica blanca, llevaba en una bandeja una botella de *pombé* (licor fermentado, de mucho gusto para los africanos, á quienes sirve de aguardiente) y se disponía á servirle la bebida... El capitán, con familiaridad ignominiosa, la arrastra hacia sí y quiere sentarla á su lado. Caniata, lanzándose al infame, grita con voz de trueno, levantando sobre su cabeza un terrible cabestán:

— ¡No la toques, ó eres muerto!

La respuesta del capitán fué aprisionarle en el entrepuente. Cuando á medianoche todos los tripulantes descansaban de sus fatigas, los guardas oyeron un canto grave, solemne, lúgubre, en el entrepuente; era que Caniata, bajo la forma de un canto del país, preparaba los demás esclavos á la sublevación. Poco después resonaba en todo el barco la furibunda voz del capitán, que amenazaba á los infelices, vomitando execrables blasfemias, con las que restableció luego el más profundo silencio. Caniata pareció al día siguiente sobre cubierta con la cara herida, pero con arrogancia y resolución como la víspera.

Apenas le vió Nyandea, se dirigió á él y le dijo con acento desgarrador:

— Hermano mío, libranos pronto, ó no te expongas más, porque el capitán te quitaría la vida.

Viendo Caniata que no estaba cerca el intérprete, pidió *una lima* y se acostó en el combis con la espalda vuelta á su hermana.

— ¿Qué has dicho á ese esclavo? — preguntó el capitán á Nyandea, descargándole un terrible bofetón.

— Que no debe exponerse más á vuestra cólera.

El capitán la abofeteó por segunda vez y mandó encadenar á Caniata: estaba lejos de sospechar el significado de las pocas palabras de los dos hermanos.

No obstante, Caniata, encerrado con los otros esclavos, los exhortaba día y noche á tentar un generoso esfuerzo para recobrar la libertad perdida, hablándoles del reducido número de blancos y haciéndoles notar la negligencia siempre creciente de los guardas desde que navegaban por el lago.

Pasaron dos días, y una mañana, á la hora en que los esclavos subían á tomar el aire sobre cubierta, Nyandea tiró á su hermano, haciéndole una señal incomprensible á los demás, una raíz de yuca, donde ocultó una pequeña lima que la joven cogió en el arsenal del barco, lima de que dependía el buen resultado de la aventura. Caniata se guardó muy bien de enseñarla á sus compañeros, hasta que por la noche, murmurando algunas palabras que los blancos del espionaje no po-

dían comprender, la hizo circular sin dificultad de mano en mano. Al rayar la aurora, cincuenta esclavos de los más valientes habían limado los hierros de tal manera que el menor esfuerzo bastaba ya para romperlos.

Llegó la hora de tomar el fresco, y después de haber respirado el aire algunos momentos, los esclavos se tomaron de las manos, poniéndose á bailar, mientras Caniata entonaba el canto bélico de los wabikari.

El capitán estaba de humor placentero aquel día.

—¡Ya se van domesticando!—exclamó al verlos bailar— ¡ya se van domesticando!—¡Esto va muy bien! ¡Así no enfermarán y nada perderé en mi mercancía!...

Y, contra su costumbre, cumplimentó al oficial por su maniobra, declaró á la tripulación que rebosaba de gozo, añadiendo que recibirían todos una gratificación en Liemba, donde llegarían dentro de pocos días.

Después de algún tiempo de danza, Caniata se tendió á la larga como si estuviera excesivamente cansado, á los pies de un marinero, apoyado perezosamente á bordo; imitáronle los demás conjurados, consiguiendo por este medio el que cada marino estuviera rodeado por varios negros.

De repente rompe Caniata sus hierros, lanzando un grito que debía servir de señal, estrecha con violencia las piernas del marinero, le arrastra, y poniéndole una rodilla en el pecho, le arranca el fusil, con el que quita la vida al oficial.

Al mismo tiempo fueron asaltados y degollados todos los marineros; elévase de todas partes un grito de guerra. El contramaestre, dueño de la llave de los hierros, sucumbe entre los primeros. Una multitud de negros libertados inunda la cubierta de la nave, empuñando, los que no encuentran armas, cabestrantes ó remos, bajo cuyos golpes perece la tripulación esclavista; pero vive aún el capitán, que no ha perdido nada de su ferocidad; y notando que Caniata es el alma de la conjuración, espera, si consigue matarle, dominar á todos los secuaces.

Y agarrando con furor el sable, se lanzó, cual terrible fiera, al intrépido y valiente Caniata, que se precipita sobre su adversario, sirviéndose del fusil como de terrible maza. Los

dos adversarios se encuentran cerca del palo mayor; Caniata descarga el primero; pero el blanco evita el golpe con un ligero movimiento del cuerpo; cae con fuerza la culata sobre el puente, se quiebra, y el negro se queda sin arma en las manos. El capitán, con sonrisa diabólica, levanta el brazo para atravesar al indefenso... Pero Nyandea, ágil y valerosa como las leonas de su país, se adelantó con rabia, y clavó un puñal en el corazón inmundo del esclavista. Caniata se salvó; la victoria no era dudosa. Los marineros restantes imploraban la piedad de los negros, pero todos pagaron con la muerte sus enormes crímenes.

—¡Nada hemos conseguido!—exclamaron entristecidos los esclavos, cuando, libres ya de todo opresor, notaron que las velas, henchidas por un viento fresco, obedecían aún á los verdugos, conduciendo la tripulación vencedora á la tierra de la esclavitud, á pesar del triunfo obtenido sobre aquéllas infames y crueles fieras! ¡Caniata sabrá dirigir el buque!—dijeron algunos. ¡Que venga Caniata!...

—¡Sálvanos de este peligro!—gritaron todos á una voz, al verle sobre cubierta; y obedeciendo á las voces confusas de sus hermanos, el esforzado Caniata se acercó lentamente al timón. Los negros habían notado la influencia que ejercía una rueda en los movimientos del barco; pero aquel mecanismo encerraba un misterio para ellos. Aquel héroe, después de mandar á su hermana que hiciera fervorosa oración para no ser confundidos, dió media vuelta al timón, consiguiendo por este medio la dirección que deseaba, no sin haber antes sufrido mortales congojas, efecto de los rápidos vaivenes del buque.

A los tres días de navegación, los negros alcanzaron á ver ciertos paisajes inmediatos á la residencia de los misioneros; mas notaron también, en medio del regocijo que les causaba la vista de aquella tierra bendita, que el agua penetraba con impetuosidad en el buque. Queriendo Caniata conocer detalladamente la gravedad de la avería, encontró en las escotillas á un sobreviviente de la tripulación esclavista que, escondido detrás de unos barriles vacíos, había agujereado la concha del buque, para vengarse de los victoriosos negros. El mise-

rable pagó con la muerte su atrevimiento y una huella de sangre en la superficie del agua señalaba poco después el punto á que le había arrastrado un cocodrilo.

Pero el buque se hundía más y más; llegaba el agua á las escotillas cuando estaban ya enfrente de la misión; mas ¡ay! á una milla de los bordes del lago, el puente se desplomó con estrépito, y aquellos desgraciados temían con sobrado fundamento, al ver que las aguas les cubrían hasta las rodillas. Fué preciso poner los botes á flote, pero cargados con un peso superior al que podían sobrellevar, se sumergieron los dos en menos de un minuto y casi todos los tripulantes murieron ahogados ó arrastrados por los cocodrilos. Diez barcas acudieron precipitadamente desde la orilla al socorro de los naufragos; así es como unos cien negros pudieron arribar á la misión, norte de sus más nobles deseos y ardientes aspiraciones.

—¡Oh Madre blanca del cielo!—exclamó Nyandea, precipitándose en los brazos de Marrasilla, loca de gozo al ver también á Caniata.—¡Oh, Madre blanca del cielo, no permitáis que volvamos á caer en manos de musulmanes, mestizos y rougas-rougas! ¡Concedednos la gracia de ver aquí á nuestra hermana Nyemoena, y vuestras hijas os bendecirán fervorosamente todos los días de su vida!..

## CAPÍTULO XII

Dejamos desmayados á Nyemoena y á su huerfanito, y á Daouda escondido en el hueco de un árbol.

La casualidad, ó la Providencia, mejor dicho, dirigió los pasos de Daouda á pocos metros de distancia del lugar en que cayó Nyemoena. La deliciosa frescura de la noche reanimó á la pobre virgen negra, y cuando los primeros rayos de la aurora, atravesando la espesura del arbolado, llegaron á reflejar en la desgraciada joven, tendió ésta una mirada á todos los objetos que la rodeaban, cubrió de besos la frente del huerfanito, inmóvil á su lado, con los ojos clavados en ella, sonriéndola cariñosa é inocentemente.

Al doblar la rodilla para dirigir tiernas plegarias al cielo, oyó algunas voces y el ruido de hojarasca que se deshacía bajo el pie de hombres que se acercaban. Un temblor repentino circuló por todos los miembros de su cuerpo... pero armándose del cuchillo de Siriatomba, se apoyó en un árbol, resuelta á vender cara su libertad, su honor y su vida.

—¿Dónde diablos—decía una voz—quería conducirnos nuestro Ghehala por los desfiladeros del Shamato? ¿Se figura él que la trata ofrece menos peligros en el Bakombé que en el Urundi? No es ése mi parecer, pues en el Urundi encontramos salidas por todas partes; Ujiji Kaonclé, Karema, Kitota, Liemba son puntos por donde podemos recorrer con nuestras caravanas, sin que nos falten las probabilidades de un éxito feliz. No será lo mismo cuando el perro Joubert reciba refuerzos de Europa; pero hasta ese día fatal nos será muy posible, con ayuda de los rougas-rougas que se asocien á nuestro comercio, realizar beneficios incrativos, abundando como abunda la carne esclava de estas regiones. De aquí mi proposición de volver la espalda á nuestro Ghebala, pidiéndoos que me acompañarais por Voira al lago Tanganyca, obrando en adelante por nuestra cuenta. ¿Qué os parece?

—Convenimos en todo—respondieron otras dos voces.

Eran éstos tres mestizos de la banda de Siriatomba, que, como hemos visto, rehusaron seguir á su Ghebala, con objeto de obrar en calidad de jefes. El que primero había dirigido la palabra se llamaba Mata-Jafa, Mona Pheo el segundo y Monzé-Tonga el tercero.

En lo brutos y en lo feroces corrían parejas con los jefes árabes.

—Joubert está ya lejos—dijo Mata-Jafa,—podemos avanzar sin temor.

—¡Hola!—añadió al momento.—La caza nos cae en las manos...—y se detuvo á tres pasos de Nyemoena.

—¡Por Satán y el Profeta!—vociferó Monzé-Tonga.—¡Esta es la sultana de Siriatomba!

—¡Hermosa joven, tú serás el encanto de nuestro viaje!...—dijo Mona-Peho, acercándose á la virgen negra.

—¡Deteneos, monstruos!—contestó enérgicamente Nye-

moena, blandiendo con furor el cuchillo.—¡Muere el primero que ose poner en mí su inmunda mano!...

—No se nos oculta lo que pretendes hacer, aunque no sabemos el kiswahili, hermosa negra.

—Yo os lo traduciré, si gustáis—declaró el gigante Daouda, presentándose á los mestizos con su maza de marfil al hombro.

—¡Por las huríes del Profeta, éste es Daouda!—exclamó Mona-Pheo. —Te creía en el campo esclavista.

—¡Jamás!—afirmó el coloso.

—No obstante—notó Mata-Jafa,—tú diste la muerte á nuestro jefe...

—¿Por qué me redujo á la esclavitud después de tantos servicios?...

—¡Tienes razón! Si quieres, serás el primer recluta de la banda que pretendemos formar.

—Y vuestro intérprete además, pues yo sé el árabe y vosotros no habláis el kiswahili.

—¡Por Satán! Todo comienza á medida de nuestros deseos.

—¡Estoy perdida! ¡estoy perdida!—suspiró Nyemoena, que comprendió pronto de lo que se trataba.—¡Oh, Madre blanca del cielo, siempre atenta á nuestras súplicas, salvadme por el amor de vuestro Jesús!...

—¿Qué dice nuestra sultana?—preguntó Monzé-Tonga.

—Pide por favor que no la privéis del niño huerfanito...—contestó Daouda, cuyas astucias iban á costar caro á los *reyezuelos* mestizos.

—¡Está bien! Pregúntala si quiere acompañarnos de buen grado, ó si es preciso recurrir al rigor.

—No temas—dijo con aspereza Daouda, volviéndose á la vírgen negra;—no temas, Nyemoena; quiero ser cristiano; te defenderé; no juzgues de mi corazón por el acento de la voz... Ruega y ora por los dos, y ponte resignada en camino, pues nos acercamos al Urundi, porque se dirigen al lago Tanganyca.

—¿Qué responde nuestra sultana? Tú has hablado del lago Tanganyca y del Urundi.

—¡Cierto! He dicho que no oponga resistencia alguna, y

que el camiuo que debe recorrer no es más largo que la distancia que nos separa del lago y del Urundi.

—¡Enterados! Daouda, pronto serás el Ghebala de nuestras caravanas. Cuando nos secunden una docena de valientes de tu heroísmo, podremos empezar impertérritos nuestras grandes operaciones, y armar á los esforzados rougas-rougas con el precio de esta soberbia criatura y del hermoso niño que la acompaña, sin preocuparnos de las armas que han de empuñar nuestras fuertes manos, pues bien ves que nada nos falta de este elemento necesario á nuestro oficio. ¡Vé, pues, andando!... mas di antes á la joven que nos entregue ese cuchillo, el de Siriatomba, si no me engaño.

Daouda, siempre astuto, se apresuró á decir:

—¡Guarda el cuchillo, Nyemoena; no caiga jamás de tu mano! ¡Ora! ¡Yo velo por ti! Haz un signo negativo con la cabeza, pues quieren que se le entregues.

Obedeció Nyemoena, contestando el mismo Daouda que la joven no quería desprenderse de su arma.

—Pero ¿cómo se explica que esta hermosa joven no haya seguido la cadena libertada?

—¡Sencillamente!—contestó Daouda.—La he libertado yo antes de que llegaran los antiesclavistas y...

—Basta: por vengarte de Siriatomba, ¿no es cierto?

—¡Por vengarme de Siriatomba, sí!

—¿Y se perdió en la espesura de la selva antes de tener noticia de la llegada del maldito Joubert?

—Probablemente: de otro modo no estaría aquí. En cuanto á mí, es muy distinto, pues me preocupa el caer en manos de los antiesclavistas.

—¡Es evidente! Ea, emprendamos nuestro viaje. Que se quede con el cuchillo; pero si noto el menor movimiento para servirse de él, ya contra ella misma, ya contra nosotros tengo aquí una cuerda muy sólida, mírala...

—¡Cuidadito con usar de ella!—interrumpió Mona Peho.

—¿Con qué derecho te metes en asuntos que no te incumben?—le preguntó Mata-Jafa.

—¿Y qué derecho puedes alegar para constituirte en único poseedor de esta hermosa esclava?

—¿Qué derecho? ¿qué derecho?—dijo Mata Jafa, lanzándose á su adversario con los puños cerrados.—¡El derecho de quererlo así!...

—¡Por la media luna!—juró Mona-Peho, agarrando el puñal.—¡Somos dos á quererla de ese modo!...

—¡Ah! Si se enzarzaran—se decía Daouda,—nada me costaría dejarlos tendidos á los dos...

—Si éste es nuestro comienzo—notó Monzé-Tonga,—jamás podremos formar sociedad, y puesto que vosotros dais el mal ejemplo, Daouda y yo tendríamos también derecho á poseerla, no tratándose más que de querer.

—Basta de hostilidades—dijo calmándose Mata-Jafa.—Tratemos de nuestras atribuciones. Renuncio por este momento á la posesión de la hermosa negra, no obstante haberla visto el primero... La sortearemos, y el que tenga la dicha de sacar el palito más corto, será el dueño de esta mujer, sin que esto impida el que dividamos, como hermanos, la ganancia que nos ha de reportar más tarde.

—¿Y cuáles son nuestras atribuciones personales?

—Yo, Ghebala—dijo Daouda.

—Corriente—respondieron los mestizos;—pero ¿y nosotros?...—le preguntaron.—Vamos á ver: ¿hay alguna buena idea sobre el particular en la cabeza del negro?...

—Vosotros—respondió Daouda—procederéis como los jefes árabes: eran dueños los tres, y no había discordias.

—¡Vamos! No eres tan estúpido, Daouda; ésta fué nuestra primera idea, y es, sin duda, la mejor—dijo Mona-Peho.—Consintamos en esto, amigos. ¡Guerra á la raza negra! Dentro de pocos días no sabremos qué hacer de todas nuestras mujeres.

Los tres desalmados se apretaron recíprocamente la mano, y se pusieron en camino, abriendo la marcha Daouda, á quien seguía Nyemoena, cargada de su querido huerfanito.

—Si sois de mi parecer—dijo Monzé-Tonga,—pasaremos por Voira, siguiendo después la costa occidental del lago Tanganyca. Ya encontraremos alguna barca en que pasar el lago y desembarcar entre Giji y Karema, pues siguiendo la ribera opuesta, nos expondríamos á encontrarnos con los anti-

esclavistas del perro Joubert, que no abandona jamás esos parajes, y tendríamos que lamentar las consecuencias de ese encuentro fatal.

—Efectivamente, nos has propuesto el partido más prudente.

—Pero notad—dijo Daouda, á quien no agradaba el itinerario propuesto, por alejarle mucho de la misión,—que siguiendo ese camino nos exponemos á caer en manos de las tribus antropófagas...

—¡Calla, hombre!—dijo riendo Mata-Jafa.—No hay tribus antropófagas más que en el On-Konmon y en el Onton, en las dos riberas del Congo. Además, los antropófagos son esclavistas y sólo engullen á sus vecinos.

Calló Daouda, é iba meditando el proyecto de libertad. ¡Ah! ¡Si no fueran más que dos mestizos!... ¡Pero tres y tan bien armados!... ¡No podía pensar en la lucha! Sin embargo, no desesperaba quitárselos pronto de por delante.

—¿Conoces los desfiladeros del Kagundo, Daouda?—le preguntó Mona-Peho.

—No hay un sendero ni un árbol que me sean desconocidos en estas regiones. Veinte veces las he recorrido con las caravanas esclavas.

—Corriente: pasemos por el Kagundo.

Tomaron, pues, una dirección oblicua hacia la derecha y no tardaron en llegar á un país compuesto sólo de una cadena de montañas desoladas. Como el camino cruzaba por desfiladeros y rocas de granito, tan pronto se veían obligados á escalar masas de rocas, lastimándose las manos y las rodillas, como á descender al fondo del desfiladero, para evitar el encuentro de peñascos que impedían el paso, siéndoles necesario agarrarse á los bejucos que brotaban de las grietas del peñasco para subir al nivel del camino recorrido.

Nyemoena cayó rendida y sin fuerzas al pie de una peña de granito.

—No quiero dar un paso más—dijo;—matadme si queréis: no puedo proseguir ya.

—No te matarán mientras yo sea Daouda. Voy á decirles que estás muy cansada y que no puedes continuar hoy.

—La negra—dijo á los mestizos—no puede andar más. Es absolutamente necesario que le concedáis algún tiempo para recobrar las fuerzas perdidas.

—Es preciso que ganemos mañana lo que perdemos hoy. Si el cansancio obedece al peso del negrito que lleva, pronto la libraremos de tal embarazo quitándole la vida... no sin sentimiento, pues es un hermoso niño; pero no vamos á perder á la sultana por causa suya. Pasemos, pues, la noche al abrigo de aquella peña que tenemos á la vista.

Encontraron á la entrada de esta especie de caverna numerosos esqueletos con trabas y horcas, unidos á osamentas, descarnadas huellas del diabólico comercio.

—¡Dios mío!—exclamó Nyemoena, cubriéndose la cara con las manos.—¡Dios mío, tened piedad de mí! ¡Oh, Madre blanca del cielo, no me abandonéis!

—¡Vamos, vamos, hermosa africana—dijo en tono burlón Mata-Jafa,—no dirijas tantas lamentaciones al cielo! . Según la media luna, perteneces á una raza inferior: te lo demostraremos esta noche jugándote á la suerte. Díselo, Daouda.

—Nyemoena—dijo el coloso con voz temblorosa,—piensan sortearte.

—¿Eres sincero, Daouda, al decirme que me protegerás? ¿No eres su cómplice?

—Te juro que quiero ser cristiano y obtener perdón de tu Dios y del capitán blanco, cuyo nombre no quiero pronunciar, porque los mestizos sospecharían alguna cosa y me creerían en connivencia contigo.

—Te creo, Daouda. ¿Por qué quieren sortearme?

—El que tenga la suerte de acertar con el palito más corto tendrá derecho esta misma noche á disponer de ti, como cosa que le pertenece.

—Gracias, Daouda; esperaré hasta el último momento... todo el tiempo que brille para mí la esperanza de escapar de entre estos monstruos. Cuando me vea perdida, este cuchillo rasgará mi corazón; tú cuidarás de este pobrecito huérfano, y le conducirás á la Misión.

—¡Qué tal! ¿Juzgará cómico, sin duda, el ser sorteada?...—preguntó Mona-Peho.

—Dice que si pensarais en vuestras madres y hermanas, desistiríais de ese propósito—respondió el gigante.

—¡Nuestras madres!... ¡Nuestras hermanas! ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Todo eso es viejo y bueno para otros. Ella es joven y hermosa; ¡esto es lo que vale!... Hoy mismo pertenecerá al que saque el palito más corto. Díselo.

—Nyemoena, ruega por ti, y especialmente por mí; me lanzaré sobre ellos al primer peligro que te amenace y lucharé hasta morir. No hieras tu corazón antes de verme exhalar el último suspiro.

—¿Se lo has dicho ya, Daouda?

—Sí.

—¡Vaya, vaciemos nuestras calabazas!—y los mestizos se pusieron á beber pombé.—Ya encontraremos más y en abundancia en alguno de los pueblos esclavistas del trayecto. Desocupemos las calabazas—repitió Moncé-Tonga—y tú, Daouda, si tienes sed, no lejos de aquí brotá un hermoso manantial.

—Y si la sultana tiene hambre, aún hay un poco de sorgo en mi saco.

Daouda se acostó sin replicar palabra entre Nyemoena y los mestizos, pero brilló un relámpago en su terrible mirada.

Los esclavistas bebieron sin tino y pronto se vieron bajo la influencia del licor, secundado por la temperatura ecuatorial. Reían, gesticulaban, vomitaban horribles blasfemias, placer y regocijo de los espíritus inmundos del abismo infernal.

—¡Al sorteo! ¡al sorteo!—gritó más tarde Mata-Jafa, y los tres monstruos se dispusieron al diabólico juego.

Por la traducción,

FR. JULIAN RODRIGO,

Agustino.



## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

---

**Introducción al estudio de la cristalografía óptica**, por D. RAFAEL BREÑOSA, *Ingeniero jefe de Montes, C. de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Obra premiada por la Escuela de Ingenieros de Minas y publicada por la misma por cuenta del legado Gómez-Pardo.—Madrid, 1897. —En 4.º mayor, XVI-326 páginas, 88 figuras en el texto y 3 láminas fuera de él.*

Dice el autor en el discreto prólogo que precede á la obra que «se ha propuesto exponer en forma sencilla y asequible á toda persona de mediana cultura científica algunas teorías de la óptica cristalográfica, no enumerando y describiendo solamente los fenómenos como se hace en los libros más elementales, sino tratando de inquirir su encadenamiento lógico é indicando las deducciones á que se ha llegado por el cálculo, una vez adoptadas las hipótesis fundamentales en que está basada la moderna óptica, y las que se relacionan con la constitución de los medios cristalinos».

Ardua empresa, en verdad, la acometida por el sabio ingeniero Sr. Breñosa, uno de los que más honran el Cuerpo de Montes, á que pertenece, y de la cual ha salido triunfador, como lo demuestra el fallo de la Junta de profesores de la Escuela de Minas, otorgándole el premio en público certamen, y se comprueba con la lectura del libro, modelo de rigor, método y claridad.

---

(1) Los autores ó editores que deseen se haga de sus obras una nota crítica remitirán dos ejemplares.

Tócanos sólo en la CONTEMPORÁNEA anunciar la publicación del importante libro á los inteligentes y enviar calurosos plácemes á su ilustre autor.

\*  
\* \*

**Le socialisme en Angleterre**, por ALBERTO METIN, *profesor auxiliar*.—*Paris, Félix Alcan, editor, 1897.*—En 8.<sup>o</sup>, 309 páginas; 3,50 francos.

Inglaterra, patria del *Laissez-faire* manchesteriano, pasa por ser el país á la vez más industrial y menos socialista del mundo. Sin embargo, allí fué donde en la época de Owen y de los cartistas, en los primeros tiempos de la gran industria, se formó la doctrina económica del socialismo. Hoy, sin duda, son escasos los socialistas revolucionarios y carecen de diputados en Inglaterra, pero el socialismo de Estado se extiende por donde quiera, hasta en las masas profundas de las *trade unions*, como se ve por los acuerdos tomados en los últimos congresos (1893 á 96).

Á consecuencia del reciente movimiento de descentralización democrática, se ha desarrollado en Inglaterra la forma curiosa del «socialismo municipal», cuyo programa y aplicaciones expone el autor. Al lado del socialismo intelectual y artístico (W. Morris) y del socialismo cristiano, muy interesantes en Inglaterra, vienen los varios movimientos para la nacionalización del suelo, protestas contra el régimen particular de la propiedad en la Gran Bretaña. Bajo un régimen de libertad política, en un país acostumbrado á la asociación, tales propagandas toman un color especial que el autor procura explicar valiéndose de documentos y de sus recuerdos propios.

\*  
\* \*

**Cuentos piadosos**, por VICENTE DíEZ DE TEJADA. *Tánger, imprenta de la Misión Católica.*—En 8.<sup>o</sup>, 156 páginas: 2 pesetas.

Difícilísimo es el género religioso en literatura y expuesto á repetir lo muchas veces dicho por los grandes místicos, ó á caer en las vulgaridades de los Gerundios que escarnecen la religión pretendiendo defenderla.

El Sr. Díez de Tejada ha sabido evitar estos escollos con tal arte, que su libro será leído con fruición hasta por los más indiferentes en materias religiosas.

Con el acierto de un teólogo, expone, razona y resuelve, convenciendo, problemas morales y religiosos, avalorados con las galas del literato y el interés del narrador.

Como modelos de cuentos pueden citarse *La felicidad*, *Cien pesetas*, *Puerto de refugio* y *¡Viva la muerte!* Como trabajos descriptivos, *Riada*, *La Muerte* y *Resurrexit*, y entre otros, *El tío virtudes*, *Remordimiento* y *Justicia*, como filosóficos.

El libro, primorosamente editado, lleva una portada que acredita al notable artista Parada Justel.

\* \* \*

**Introduction à la médecine de l'esprit**, por el DR. MAURICIO DE FLEURY, exalumno interno de los hospitales. Segunda edición.—París, Félix Alcan, editor, 1897.—En 4.<sup>o</sup>, x-477 páginas: 7,50 francos.

Esta obra se compone de dos partes: en la primera estudia el autor las principales ideas generales admitidas desde hace un cuarto de siglo por los médicos que se ocupan en el estudio del sistema nervioso y sus enfermedades, y examina las explicaciones de su ilustre maestro Charcot, en la Salpêtrière (hipnotismo, sugestión, telepatía, etc.), las relaciones de la ciencia médica con la justicia, literatura y crítica de arte, con la psicología (localizaciones cerebrales, etc.).

La segunda parte, que le es más propia, la consagra al estudio clínico y terapéutico de las pasiones y emociones humanas, que desenvuelve en cinco capítulos denominados como sigue: La pereza y su tratamiento, La tristeza y su tratamiento, La medicina de las pasiones, La cólera y su tratamiento y La moral moderna.

\* \* \*

**El Procurador Yerbabuena** (reverso de una medalla), novela por el CONDE DE LAS NAVAS. Ilustraciones de B. Gili y Roig.—Barcelona, Juan Gili, librero, 1897.—En 8.<sup>o</sup>, 188 páginas: 2 pesetas.

No cabe duda de que el Conde de las Navas se halla ahora, para fortuna suya y de las letras, en el período ascendente de su inspiración y talento. Cada obra que publica parece mejor que las anteriores. De un tirón se lee *El Procurador Yerbabuena*, porque interesa el argumento y se deleita el ánimo con las descripciones de tipos, costumbres y paisajes de Andalucía; cierto que el autor de la novela es maestro peritísimo en todo ello.

De propósito callamos cuanto con el enredo que sirve de base al libro se relaciona: quienes gusten de obras castizas y gallardamente escritas, quienes deseen ver con sus propios

ojos un rincón de la bendita tierra andaluza, que se apresuren á leer *El Procurador Yerbabuena*, reverso, según declara el Conde de las Navas, de *El Capitán Veneno*, pero reverso tan acabado y fino, que ocurre con él lo que con ciertas telas: se marea el comprador antes de distinguir el derecho del revés.

\*  
\* \*

### Otras publicaciones.

*Tipos cómicos*, por Luis Taboada. Dibujos de R. Cilla. Fotógrabados de Páez. Madrid, librería de San Martín, editor, 1897. En 8.º, 251 páginas: 3,50 pesetas.—Luce en este precioso volumen el popularísimo escritor todas sus condiciones de literato chispeante y salado. Tan fecundo es el manantial de su ingenio, que resultan graciosos y originales todos los cuentos, tipos y cuadros de la última obra, elegantemente presentada al público por el inteligente editor D. Antonio de San Martín.

*Li Pirenèu*. Trilougio catalano de Vitour Balaguer, revirado au prouvençau e precedido d'unis esclargimen per Marius André. Avignoun, 1897. En 8.º, LXXIII—117 páginas. Esmerada traducción al provenzal de la magnífica trilogía *Los Pirineos* del insigne D. Víctor Balaguer.—Marius André, joven literato nacido en la hermosa tierra de Provenza, acierta á vestir con el lenguaje de su país los pensamientos profundos y grandiosos conceptos de la obra que tanto enaltece al afamado vate catalán.

... *De la vida*, poesías por José Abad. Barcelona, 1897. En 8.º, 103 páginas.—El joven autor de esta obra sigue la lucida carrera de ingeniero industrial, que á punto se halla de concluir. Su mente soñadora y su corazón sensible no se satisfacen con el estudio de las ciencias, y buscan en las regiones de lo desconocido solución á los grandes problemas que inquietan á todo hombre pensador. Por fortuna, José Abad es creyente sincero, y no reniega de este mundo. Al sentirse herido por las miserias de la vida, como al contemplar los dolores de esos mil desdichados que sufren; al ver la ingratitud y la falsía, imperantes al parecer, convierte su pensamiento á Dios y á Él se acoge para que devuelva la calma á su espíritu... Los versos, primera obra de su ingenio que publica, están escritos con soltura y correctamente; hay en ellos algo que enamora al lector, como enamoran siempre las penas lealmente expresadas y la juventud, abierta á las

generosidades y sacrificios. Nuestra cordial enhorabuena al poeta que por modo tan brillante se da á conocer.

*El Correo Ilustrado, El Cronista de Correos y El Cartero Español* aumentan cada día en interés y prosiguen la noble tarea de defender los importantes servicios de aquel ramo, que es merecedor de especial estudio por los grandes bienes que presta á los países civilizados.

*Estadística minera de España correspondiente al año de 1896*, formada y publicada por la Junta superior facultativa de Minería. Madrid, 1897. En 4.º mayor, 148 páginas.—Contiene multitud de datos referentes al expresado ramo de la riqueza nacional, que muchas personas consultarán con provecho.

*La Ciencia Moderna*.—En el núm. 67 de esta excelente revista ilustrada de medicina, que dirige el Dr. D. Juan Cruz y Vázquez, hemos leído una notable necrología del nunca bastante llorado Letamendi, admirablemente escrita por el Dr. Calatraveño.

Los días 20 y 29 del mes próximo pasado fueron de gala para la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, como que ingresaron en la docta corporación don Práxedes Mateo Sagasta y D. Lucas Mallada, ingeniero de Caminos el primero y de Minas el segundo. Ambos, por causas muy diferentes, disfrutaban de nombradía: como político el uno, como verdadero hombre de ciencia el otro. Acertados anduvieron al examinar en sus excelentes discursos (folletos en 4.º de 66 y 88 páginas respectivamente), aquél, la *Historia de las Academias*; éste, los *Progresos de la Geología en España durante el siglo XIX*, oración la última en que se hace justicia á los grandes talentos del ilustre geólogo don Federico de Botella. Contestaron á los noveles académicos otros dos varones eminentes: el Sr. Duque de la Victoria y D. Daniel de Cortázar, quienes, á más de poner de realce los méritos de los Sres. Sagasta y Mallada, completaron con sus atinados disertaciones los temas elegidos por sus apadrinados.

*Instituto de segunda enseñanza de Huelva*.—Memoria correspondiente al curso de 1895 á 1896, por D. Silvano Fernández, secretario del Instituto y catedrático numerario de Geografía é Historia. Madrid, 1897. En 4.º, 38 páginas.—Está muy discreta y correctamente escrita, lo que no nos causa sorpresa, porque tuvimos ocasión de apreciar lo mucho que vale el autor de la Memoria cuando presenciámos la reñida lid en que alcanzó la cátedra que desempeña. Hojeando las páginas del folleto se advierte que el Instituto de

Huelva, merced al celo y competencia del claustro de profesores, obtiene resultados en la enseñanza que le enaltecen por modo singular.

Con los cuadernos 17 á 20 termina la interesante novela *Juana la obrera*, moral, instructiva y amena, de que son editores Bailly-Baillièrè é Hijos, los cuales regalan á los suscritores unas elegantes tapas para la encuadernación del volumen. La misma acreditada casa acaba de repartir los tomos IX y X de la *Pequeña enciclopedia electromecánica*, que dirige el ingeniero francés Sr. Graffigny; se titulan *El transporte eléctrico de las fuerzas motoras* y *Redes telefónicas y campanillas*, y abrazan cuanto se refiere á los puntos expresados.

*Odas de Anacreonte*. Versión gallega de Florencio Vaamonde. Coruña, 1897. En 16.º, 152 páginas: 1,25 pesetas.— En un tomito muy coquetón nos presenta el conocido librero de la Coruña D. Eugenio Carré Aldao la fiel y correctísima traducción que el Sr. Vaamonde ha hecho de las principales odas del famoso Anacreonte. Con su difícil trabajo ha enriquecido aquel erudito escritor la literatura gallega.

*Instituto provincial de Valencia*. Memoria del curso de 1894 á 1895, por el Dr. D. Emilio Ribera y Gómez. Valencia, 1897. En 4.º, 55 páginas.— Dentro del marco que la ley impone á esta clase de trabajos, el inteligente profesor saca el mayor partido posible y expone con método y claridad las noticias oportunas. Se ve que el Instituto goza de vida desahogada y que los centenares de alumnos que concurren á las aulas aprovechan, con rarísimas excepciones, la enseñanza que en ellas se les da.

A.

